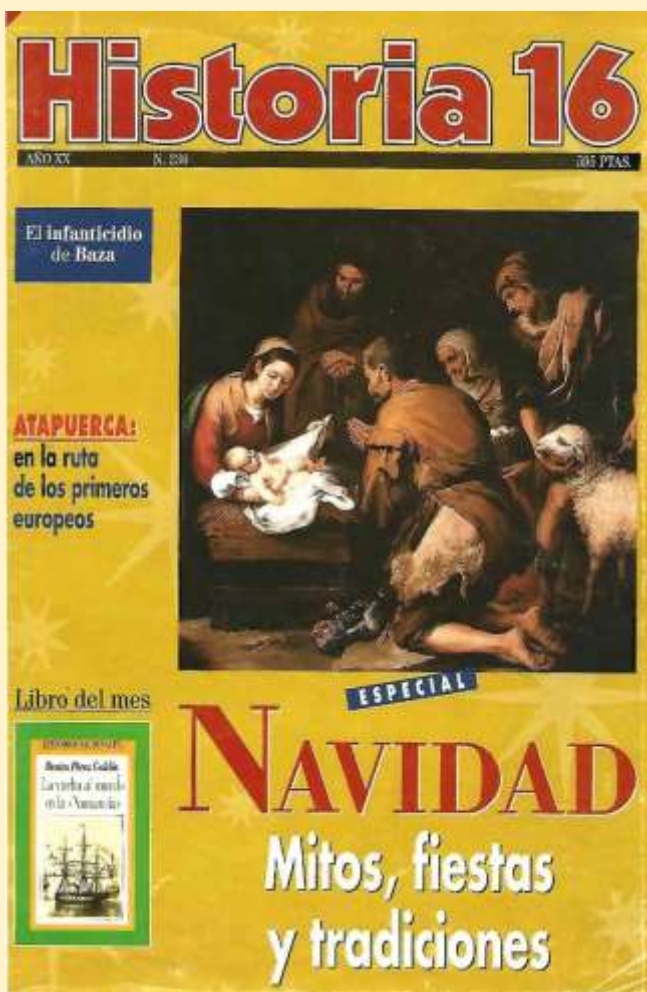


“CONEXIONES HISTÓRICAS DE CIERTAS FIESTAS HISPANAS”



H16 #242



Artículos publicados en *Historia 16* por:

Demetrio Enrique Brisset

Doctor en Periodismo (Facultad de Ciencias de la Información, UCM)
GHAC (UCM/UMA)

ARTÍCULOS SOBRE FIESTAS EN *HISTORIA 16*

Después de haber sido colaborador habitual en la sección de Cultura de la revista *Cambio 16* (desde febrero 1975) y el periódico *Diario 16* (a partir de junio 1976), me trasladé a Granada para dedicarme a la antropología, especialmente para investigar sobre las fiestas tradicionales. En 1987 inicié mi colaboración (ayudado por la historiadora M^a Luisa Parrondo) con la revista mensual de divulgación histórica *Historia 16* -del mismo grupo editorial-, que se prolongó hasta 1996, poco antes que el equipo de dirección fundase en 1998 una nueva revista, *La Aventura de la Historia*, a la que me invitaron como colaborador fijo, dedicado a su sección de Antropología, donde sigo en 2020.



Aquí se reproducen la mayoría de mis artículos publicados en la década 1987-1996, que tratan sobre varios aspectos históricos de las fiestas españolas: los relacionados con sus formas en la España musulmana; los modelos instaurados por los organizadores cristianos (nobles como el Condestable Lucas de Iranzo, monarcas como Felipe II, órdenes religiosas entre las que destacaron los jesuitas); así como las influencias en la evolución de grandiosas fiestas cíclicas tan populares como la Pascua de Navidad y el Corpus Christi.

Página

| | |
|---|----|
| 1987 nov., nº 139: Las fiestas de Felipe II | 3 |
| 1989 abril, nº 156: Las fiestas Andalusíes | 10 |
| 1989 junio, nº 158: La agitada historia del Condestable Iranzo | 16 |
| 1989 dic., nº 164: Las fiestas de los Jesuitas en España | 22 |
| 1995 dic., nº 236: La Navidad | 28 |
| 1996 junio, nº 242: La fiesta del Corpus | 55 |

- Síntesis biográfica del autor: [Investigador en comunicación](#); [Antropólogo](#)

Las fiestas de Felipe II

Por María Luisa Parrondo y Demetrio Brisset
Antropóloga e historiador

MUY pocas personas han disfrutado de tanto poder como Felipe II de Habsburgo. Y conociendo la meticulosidad con la que personalmente trataba los más nimios asuntos públicos, no se le podrá negar una trascendental influencia en el desarrollo de las diversiones hispánicas. Gracias a las crónicas y relaciones que registraban sus múltiples actividades, su *personalidad festiva* puede ser rastreada con el mismo rigor documental que cualquiera de sus otras facetas humanas y políticas.

El prudente Felipe fue engendrado en un éxtasis amoroso en la Alhambra granadina, lo que para un astrólogo sería evidente signo favorable. Trasladada la corte a Castilla, será en la severa

Valladolid donde la emperatriz Isabel le traiga al mundo.

El satisfecho progenitor se afanaba en organizar los festejos para celebrar el feliz natalicio cuando recibió las noticias del saqueo al que sus tropas sometían a Roma y la prisión del Papa. Corría el año de gracia de 1527 y el glorioso Renacimiento quedaba sentenciado. Pero en el verano vallisoletano no se avistaban nubarrones que ensombrecieran el fasto suceso, entregados los nobles borghones del séquito imperial a un torneo contra la flor y nata de la caballería hispánica. No podía faltar diversión tan castiza como la corrida de toros, y el satisfecho Carlos, pletrónico de virilidad, se animó a salir al ruedo de la plaza mayor de Valladolid y alancear un toro.

A los pocos días se vertió el agua bautismal sobre la cabeza del infante y heredero, y en las calles de la ciudad se representaron cinco dramas a lo divino, entre los cuales uno directamente alegórico: *El bautismo de San Juan* (1).

El joven príncipe fue educado especialmente por el arzobispo Silíceo, impulsor de los *estatutos de pureza de sangre*. A los dieciséis años fue desposado por voluntad paterna con su prima, la infanta María de Portugal. Lo primero que sorprendió a la novia al entrar en España fue la danza de hombres disfrazados de gitanas con la que la obsequiaron en la fronteriza Alcántara. Muy cerca, en Coria, otros danzantes aparecieron con un tocado en la cabeza en forma de chimenea.

En Salamanca se la distrajo con una batalla de cohetes entre una gran sierpe (de la que salían 12 caballeros) y un castillo. En Medina del Campo, por entonces en el apogeo de su Feria de cambios, Sus Altezas fueron recibidos por los zamorranos con gran estruendo de bocinas, en un bosque de pinos postizos, *cargados de perros y ballestas, arrastrando ciertos hombres vestidos con pellejos de osos y de jabalíes... y carretones de oficiales en donde no se representó otra cosa sino la propia arte de cada uno* (los hortelanos con una noria, los tejedores con un telar, etcétera)... *los carpinteros sacaron un castillo muy bien*



Felipe II (detalle del grabado de Morin, según Tiziano, izquierda). Anverso y reverso del sello matrimonial de Felipe II y de María de Inglaterra (derecha)



hecho a la traza de la Mota de Medina y hasta doscientos soldados lo combatieron (2).

La boda se realizó en Valladolid, honrada por un brillante torneo. Pero la felicidad no sonrió a la joven desposada: pronto moriría.

La aventura del castillo tenebroso

El príncipe Felipe crecía en edad y sabiduría, y al cumplir los veintinueve años el tromamundo de su padre le manda llamar, para presentarlo a Europa. Acompañado por la más selecta nobleza hispana, embarca en el puerto catalán de Rosas para navegar hasta la península italiana.

Desde su llegada, el heredero Felipe será destinatario por parte de los súbditos de su padre de una especie de liturgia política. Las fiestas con las que le agasajan se convierten en representaciones alegóricas, signo de sumisión y exigencia de respeto a las tradiciones locales. Así, se adornan con mensajes políticos los arcos triunfales con los que es recibido.

A lo largo de su recorrido por Europa, Felipe tendrá ocasión de conocer los máximos exponentes festivos de cada cultura, lo que le proporcionará una amplia gama de opciones para luego elegir las que más le convengan.

En Milán se le obsequió con torneos, justas, juegos de cañas, *carrousels* o cortejos alegóricos, un par de comedias con intermedios mitológicos, bailes y banquetes (3). Como este tipo de actividades, junto con los arcos triunfales, se repetirán a lo largo del viaje, sólo se mencionarán en adelante las más significativas.

A finales de enero de 1549 llega a Trento, donde un par de años antes se había celebrado el primer período de sesiones del trascendental Concilio, siendo recibido con un singular combate: de una parte se hallaban cuatro centauros y varios turcos defendiendo un castillo, aliados con cuatro gigantes disfrazados de fieros salvajes alrededor de

una cueva que llamaban Infierno, donde estaban Hércules y el can Cerbero; por el otro bando, ocho soldados cristianos con picas. Durante dos horas estallaron centellas, rayos, llamas y truenos, con gran contentamiento del príncipe y admiración de todos, por ser cosa tan nueva y de tan artificiosa invención, como dirá el cronista (4).

Al día siguiente prosiguió el combate: uno de los gigantes fue vencido, y en busca de su cadáver salieron del Infierno varios diablos con un asno, que tuvieron que rechazar a una gran sierpe antes de conseguir rescatarlo. Entonces surgieron cincuenta arcabuceros con la bandera del cardenal de Trento, que tras varios intentos fallidos consiguieron escalar y tomar el castillo, colocando su bandera en lo alto. Como remate, se incendiaron el castillo y el Infierno.

Tras celebrar con saraos y bailes el victorioso asalto de las huestes conciliares al castillo de centauros y turcos, la comitiva prosiguió viaje. En varias localidades se repitieron escenas de triunfo sobre turcos e indios, a veces aliados con los protestantes de Sajonia o Hesse.

En Lille fueron obsequiados con varios cuadros vivientes, representando entre otras hazañas la toma de La Goleta: el emperador Carlos, ayudado por Marte, penetra en la fortaleza de turcos y demonios para liberar a una bella cautiva encadenada (Túnez), obligando a huir al protervo Barbarroja (5).

El esperado encuentro entre padre e hijo se produjo en Bruselas, siendo premiado Felipe con el nombramiento de heredero de los Países Bajos, aunque la voluntad paterna era proclamarle heredero imperial, en contra de la opinión de los alemanes, que preferían antes la alianza con los turcos. Para influir sobre ellos, su tía María, reina de Hungría y regente de los Países Bajos, ayudada por su otra tía, la reina de Francia, organizaron en el palacio de Binche (cercano a Bruselas) las que se pueden incluir entre las mayores fiestas de todos los tiempos.

El día 22 de agosto de 1549 la corte imperial, que incluía a gran parte de la alta nobleza europea, llegó a Binche. Un par de días después se efectuó un torneo a pie, interrumpido por asaltantes disfrazados de peregrinos alemanes que se pusieron a cantar y por cazadores que soltaron conejos y gatos.

Por la noche, en un baile, mientras se repartían los premios a los vencedores del torneo, un mensajero entregó al emperador una carta que le solicitaba protección contra el mago Norabroch, habitante del Castillo Tenebroso, cubierto de perennes nubes. La ayuda la pedía la Reina Encantada, quien informaba que en la rocosa isla Afortunada sobre una columna se encontraba la Espada Mágica. A su lado, una antigua inscripción rezaba: *El caballero que consiga sacar la espada romperá el encantamiento, liberando a los prisioneros cautivos en el castillo, que se desplomará.*

Para acceder a la espada, el aventurero debía presentarse ante la barrera del Paso Afortunado. Entonces sonaría un cuerno de marfil y un enano iría presto a avisar al Grifo Rojo, contra quien ha de combatir. Si cae será hecho prisionero, pero si venciere podría pasar a la Torre Peligrosa, donde aguarda el Caballero del Águila Negra, contra quien ha de luchar a dos lanzas y siete golpes de espada. Si le vence, aún le queda un nuevo rival: el Caballero del León de Oro. La victoria sobre éste le permitirá subir a la barca-dragón que conduce hasta la isla. Allí es menester que extraiga la espada al primer intento, lo que desatará la lengua profética del capitán de la barca para explicar el único modo de acceder al castillo antes de su desaparición por arte diabólico. El valiente que no consiguiera extraer la espada podría regresar al punto de partida sin ser molestado, recibiendo como premio una joya de oro.

A la mañana siguiente, entre la excitación general, el César Carlos dio licencia a sus campeones para intervenir, y comenzaron los combates, que se celebraban simultáneamente ante las tribunas del palacio. Los caballeros que no superaran los escollos son apresados, hasta que al alcanzar la Reina Encantada les libera para que puedan participar de la cena.

El 26 de agosto se reanudó la aventura, acudiendo a probar fortuna los Caballeros de Hungría con doncellas transportando sus armas, y el Caballero de la Muerte con su comitiva de esqueletos plateados que entonaban respuestas. De cuando en cuando se oían truenos y gritos provenientes del interior del castillo. Pero nadie consiguió sacar la Espada, siendo así que una profecía informaba que *un príncipe ha de vencer.*

Al atardecer se presentó ante la barrera el Caballero Beltenebros, apuesto y arrogante, con el rostro oculto por un antifaz. Tras vencer sin titubeos a los diferentes enemigos, llega a la isla y sin aparente esfuerzo extrae la Espada Mágica de la columna. En ese instante tiembla la tierra y surge el castillo, protegido por numerosos caballeros encantados en actitud amenazante. Sin in-

mutarse, el valeroso Beltenebros avanza y con la Espada rompe un frasco colgado que contenía la fuerza del encantamiento, con lo que se abren las puertas del castillo y vuelven en sí los caballeros cautivos, ante quienes se desenmascara su liberador, que resulta ser... ¡el príncipe Felipe!, convertido en el héroe al que besan las damas y admiran los otros caballeros.

Dos días más tarde, en medio de un animado baile, entró en el salón un grupo de damas y caballeros enmascarados. Mientras danzaban, apareció una tropa de salvajes que raptó a las damas y se las llevaron a una fortaleza cercana. Al día siguiente marchó la corte en romería a sitiar la fortaleza, intercalándose operaciones bélicas y convites. Todavía el día 30 siguieron las invenciones festivas, con torneos a caballo, fuentes de vino y manjares adornados, que culminaron en un grandioso baile nocturno en la Cámara Mágica, cuyo techo replandecía con estrellas, para cubrirse luego de nubes y desencadenarse una tormenta de confettis y perfumes (6).

Estas fiestas fueron tan famosas que cuando se quería alabar un festejo, con la frase *¡Más bravas que las fiestas de Bains!*, quedaba todo dicho. Entre los abundantes elementos míticos que las integraron se podrían destacar:

— Las aventuras ficticias, mezcla de torneo y novela de caballerías, configuradas como modelo fantástico y norma moral. En este contexto, el sobrenombre adoptado por Felipe, *Beltenebros*, procede del *Amadis de Gaula*, cuando el propio héroe oculta su personalidad para retirarse como ermitaño y adopta tal seudónimo.

— En cuanto a la Espada, simbólicamente se expresa la voluntad paterna de transmitir la herencia imperial: cuando Carlos fue coronado emperador en Bolonia en 1529, el papa le entregó una espada al nombrarle *Caballero de San Pedro y Defensor de la Cristiandad*. Este signo del poder será el que una parte de la casa de los Habsburgo destine al joven príncipe mediante el fantástico artificio de la liberación de la Reina Encantada.

Las otras esposas de Beltenebros

Durante cuatro años el príncipe Felipe tuvo ocasión de meditar en su tierra las promesas, con seños y advertencias recibidas aliende los Pirineos. Por entonces asistió a las humorísticas representaciones teatrales de Lope de Rueda, que fueron de su agrado, y permitió que los pasos se exhibieran públicamente (7).

Pero los deberes de la alta política le llamaron de nuevo. Esta vez los designios de su padre perseguían un objetivo muy ambicioso: la corona de Inglaterra y, para acceder a ella, la boda con su madura y beata tía María Tudor.

El dócil Felipe, que ostenta ya los títulos de rey de Nápoles y Sicilia y duque de Milán, embarca rumbo al sacrificio nupcial. Para ilustrar la mentalidad con la que se acogió en España esta boda

pueden señalarse los festejos públicos de Toledo; hubo mascaradas, toros y juegos de cañas por la *reducción de Inglaterra al gremio y unión de la Santa Madre Iglesia* (8).

Comprobada la ineficacia de su esfuerzo por dotar de un heredero católico al trono inglés, Felipe, proclamado rey de los Países Bajos en 1555 y rey de España al año siguiente, residió un tiempo entre los flamencos. Allí tuvo ocasión de gozar con las fiestas organizadas por las Cámaras de Retórica, uno de cuyos animadores era Bruegel el Viejo. En 1558 queda huérfano de padre y viudo, y tras ver rechazada su petición de matrimonio con la nueva reina de Inglaterra, Isabel I, se casa rauda con otra Isabel, la hija del rey de Francia, y considerando que su puesto está en el corazón del imperio, emprende el definitivo regreso a la Península, que ya no volvería a abandonar.

El día de la Natividad de Nuestra Señora de 1559 desembarca en Laredo, y su primer acto es oír misa. Al mes justo, en su Valladolid natal, preside en la plaza mayor un Auto de Fe con la quema de varios protestantes (o más bien iluminados) hispanos (9). La situación económica era mucho más grave de lo que suponía, sin que la bancarrota decretada hubiera solucionado gran cosa, y Felipe rey se ve obligado a instalarse en la capital financiera donde se concretan los empréstitos: Valladolid.

Poco después entra por Roncesvalles Isabel de Valois para consumar el matrimonio. El recibimiento que le hizo la imperial Toledo fue sonado: ya al entrar tuvo que atravesar un suntuoso arco triunfal centrado en el tema del himen y la virginidad ofendida; una fuente manaba vino sin cesar, lo que ocasionó una borrachera colectiva; tres gigantescas estatuas mostraban a los sometidos tiranos de España: Hércules, Gerión y Baco.

En la catedral se montó un castillo de fuegos

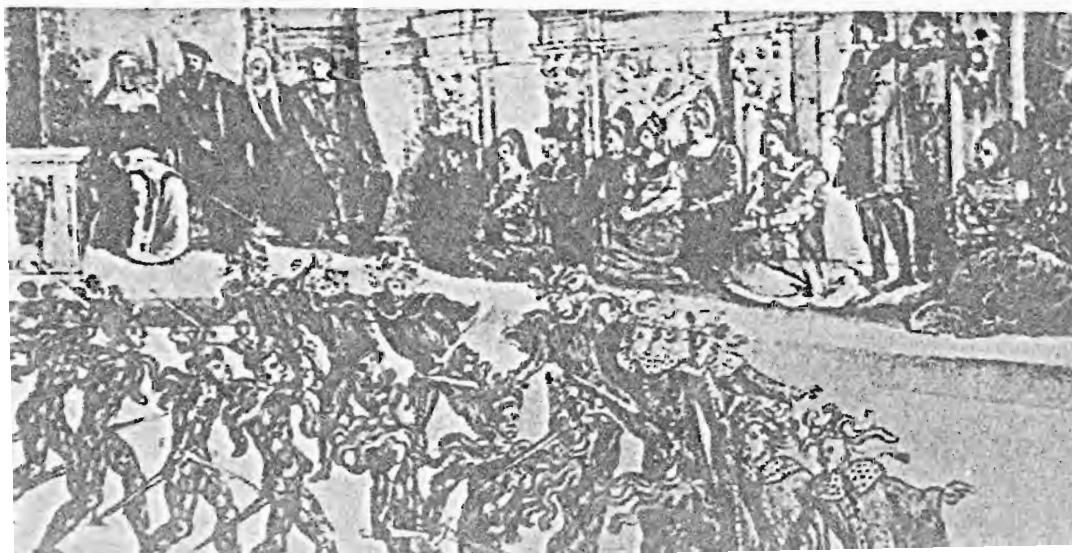
entre los dos coros, mientras los clerigos (disfrazados de mujer) cantaban villancicos y danzaban, culminando con una escaramuza entre dos ejércitos de niños, vestidos unos de soldados españoles y los otros de franceses, disparando arcabuces *con sorprendente habilidad*. Como el tema era la paz franco-española, materializada por la cúpula real, al término de la batalla confraternizaban ambos bandos (10). Pero perseguiría la mala suerte a don Felipe con su bella esposa francesa, pues su hijo Carlos se enamoraría de la gentil madrastra. Y la *belle* Isabel tampoco disfrutó de larga vida.

En busca de su cuarta esposa, el escarmentado monarca acudió de nuevo a la familia, llamando a una sobrina de la casa de Austria. A finales de 1570 llegó a Burgos la comitiva que conducía a doña Ana, siendo recibida por una danza de 12 hombres y 12 mujeres sobre altos zancos, equilibristas gitanos, un juego de cañas encabezado por el enano del cardenal de Sevilla y un torneo basado en historias de *Amadis de Gaula*, con diez galeras, un galeón y una fragata (11).

La acogida recuerda las viejas aventuras del joven Felipe en Binche. En Madrid se construyó un estanque en el paseo del Prado, combatiendo con mucho artificio ocho galeras contra un sólido castillo (12). La repetición del tema naval parece indicar la decisión real de seguir los consejos del papa y los jesuitas y enviar una gran flota contra los turcos.

En Valverde, penúltima etapa del viaje de la novia, entraron de noche en su aposento todos los habitantes de la aldea para celebrar su vieja costumbre pre-nupcial llamada *espigar*: cantaron y danzaron delante del tálamo o lecho, ofreciendo a la novia una serie de objetos (sábanas, vasos, cucharas, sartenes, etcétera) para *montar el hogar*.

Doña Ana de Austria se sintió feliz ante este es-



pontánea muestra de cariño de sus futuros súbditos. Al día siguiente partió para Segovia, en cuya catedral tuvo lugar la ceremonia de la boda, amenizada por varios muchachos *mozos de coro*, en *hábito de pastores*, que *salieron del sagrario y danzando cantaron un villancico* (13).

Esa noche varios ingenieros flamencos habían preparado una radiante sesión de fuegos artificiales sobre un castillo de madera. Apenas iniciada, estalló un cohete en tierra incendiando un sector del castillo, lo que causó grandes explosiones y la huida desahogada de los flamencos, mientras uno de ellos tuvo el valor de cubrir con una manta dos barriles de pólvora que a punto estuvieron de estallar. La sesión fue un fracaso, pero el público lo pasó en grande con los apuros de los ingenieros (14). ¡Mal presagio para los recién casados!

Aparentemente, el cuarto matrimonio filipino marchó por mejores cauces que la noche de bodas. El hermanastro don Juan de Austria regresó a Madrid con el aplastamiento de la rebelión de los moriscos de Granada en su haber, y fue premiado con otra batalla naval contra un castillo defendido por moros (15). Muy poco después de presenciar este simulacro, don Juan partió para dirigir la flota hispano-veneciana-papal, que obtendría la sangrienta victoria de Lepanto. Mientras la corte festejaba el suceso con un combate de carros alegóricos (16), el mal tiempo impedía a las naves vencedoras sacar provecho de la acción.

Dos meses más tarde el rey Felipe tuvo un nuevo motivo para sentirse eufórico: Ana le daba un hijo varón, el príncipe Fernando. Se unió este acontecimiento con el de Lepanto, y por todo el imperio se festejaron con carros triunfales y combates contra castillos moros.

Aunque Fernandito no vivió mucho, la fuerte doña Ana tuvo otro varón, que sí heredaría el trono. Esta reina fue no sólo una buena paridora,

sino también actriz. Por los inventarios de bienes reales se sabe que poseía máscaras, trajes y otros objetos para representar comedias. Será en este período cuando los italianos Ganassa y Bottarga difundían la *comedia dell' arte* y triunfen los corrales de comedias. Hasta el mismo Felipe II llegó a participar en una *Fiesta del Zapato* de índole carnavalesca que Ganassa representó el día de San Nicolás (17).

Las invencibles escaramuzas

En 1580, con la anexión del Imperio portugués, Felipe de Habsburgo llegaría a la cima de su poder. Residió casi tres años en Lisboa, y puede ser esta la época en la que se estructuran las fiestas públicas de acuerdo con sus instrucciones, sin que apenas varíen durante los mandatos de los sucesivos monarcas de la casa de Austria.

Gracias a la minuciosa crónica redactada por el archero Enrique Cock (18) se pueden revivir las diversiones ofrecidas al real séquito durante un largo recorrido por el Reino de Aragón el año de 1585. El inicio ya era prometedor: en Cariñena, tierra de apreciados viñedos, brotaba a borbotones el vino de dos fuentes, tinto y blanco. Al día siguiente, visita piadosa a Daroca, donde se enseñó el milagro y misterio de los Santísimos Corporales, y los ciudadanos, queriendo manifestar su alegría, *corrían vacas a la puerta de palacio y representaban un San Jorge matando un grandísimo dragón, echando humo por boca y narices* (19).

En Zaragoza, a finales de febrero, abundan los festejos. En el aniversario de la victoria del César Carlos en Pavia, se reunieron cuatro escuadrones de caballeros a jugar a las cañas, *esta costumbre quedó de los moros en España, para com-*

Fiestas en Binche, presididas
—ángulo superior izquierdo— por Carlos V, Felipe II y las reinas de Hungría y Francia (izquierda).



Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II y una de

placer a sus damas enamoradas..., después se soltaron dos toros con fuego puesto en los cuernos. A los dos días hubo procesión general: Primeramente los mentecatos, con su cruz..., los hombres iban todos con sus tamborillos vestidos con paño de dos colores..., seguían los santbenitados por el Santo Oficio, con sus ropillas..., las cofradías de los oficios mecánicos, cada una con sus pendones..., las reliquias... (20).

Impresionante escena, la del emperador del universo pasando revista a sus tropas de mentecatos y sentenciados por la Inquisición! Pero la piedad no excluía el goce de la carne, y a principios de marzo celebraron por tres jornadas las Carnestolendas: *Y es en España la costumbre que van en máscaras por las calles diciendo coplas y cosas para reír, echando huevos llenos de agua de olores donde ven doncellas en las ventanas, ésta es la mayor inclinación de los desta tierra, que son muy deseosos de lujuria..., también echan manojos de harina, o nieve si cae, o narajas* (21).

Llegados a Barcelona, el 11 de mayo se organiza la procesión general, con los mismos participantes y orden que la del Corpus. Entre otros temas que llaman la atención del extranjero Cock, estaban: *Dos dragones con algunos vestidos como diablos combatiendo con ellos..., ventidós caballeros con caballos fingidos... haciendo saltos y galopas..., el obispo de Barcelona con reliquias, tocando delante veinticuatro ángeles con las alas extendidas* (22). En diciembre, poco antes de Navidad, están en Tortosa. Se había levantado una torre de madera en la ribera del Ebro, y los moros la defendían y los cristianos la tenían cercada por mar y por tierra, con muchas piezas de artillería. Los pescadores, muy hábiles y diestros, fingían los moros... Por la tarde fue destruida la torre y vencidos los moros, a los cuales tra-

jeron los cristianos triunfando por las puertas del palacio (23). El penúltimo día del año se celebraron justas en el Ebro, embistiéndose desde los botes y provocando el chapuzón en las frías aguas de los contrarios.

En febrero del año siguiente la estancia es en Valencia. El día de San Blas salieron en procesión los oficios mecánicos, distinguiéndose entre las representaciones de cuadros vivos la de los pescadores, que tiraban con cuerdas de una barca rodante sobre la que navegaban los apóstoles Pedro, Andrés y Juan, que echaban sus redes. Otro día tuvo lugar un concurso de invenciones para honrar al monarca, obteniendo premio una escaramuza de moros y cristianos: habían construido una gran colina artificial que representaba la isla de Malta, en poder de los turcos, asaltada por una flota cristiana, que la conquistaba.

Felipe el Grande debió confundir sus deseos con la realidad, y estimulado por la invencible serie de escaramuzas festivas, a los dos años lanzó una flota real, la Gran Armada, contra otras islas con el nefasto resultado tan conocido. Meses después del hundimiento de la Armada aplicaría una política que luego sería muy utilizada, culpar a las fiestas de los desastres militares, y prohíbe las comedias *contra las buenas costumbres* (24).

La última década del siglo xvi estuvo marcada en la Península por el hundimiento económico y la guerra en tres frentes (contra Francia, Inglaterra y los corsarios berberiscos), lo que repercutiría en el alejamiento de las diversiones del *ermitaño del Escorial*, incapaz de frenar la decadencia de su Imperio. En 1597, a los setenta años de edad, sólo tiene ánimos para salir a cazar lobos a la sierra de Guadarrama (25).

Ese mismo año muere su hija Catalina, y en señal de luto ordena la suspensión de sus queridas comedias, acatando las presiones moralistas del



Felipe II asiste a un Auto de Fe en Valladolid en 1559 (pintura de Valdivieso, siglo xx izquierda). Felipe II, a la derecha y cubierto con capuchón, preside la procesión funeraria de su padre, el emperador Carlos V, en 1558 (derecha)

arzobispo de Granada, don Pedro de Castro. Al enfermar de gravedad al año siguiente, se vuelve a suspender.

Por una Real Provisión del 3 de mayo de 1598, su última disposición relativa a las diversiones públicas hace constar que: *Nos fuimos informados que en nuestros Reinos hay muchos hombres y mujeres que andan en compañías, y tienen por oficio representar comedias y no tienen otro alguno de qué sustentarse, por lo que se siguen inconvenientes de gran consideración..., por lo cual os mandamos que por ahora no consintáis ni déis lugar que en esa ciudad ni su tierra las dichas compañías representen en los lugares públicos, destinados para ello, ni en casas particulares, ni en otra parte alguna* (26).

Tras una confesión general que duró tres días, el 13 de septiembre expiró en El Escorial. En todos sus extensos dominios fueron suspendidas las diversiones públicas como duelo por su muerte.

NOTAS

(1) M. G. Ticknor, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1856, t. II, pág. 130.

(2) *Relación del recibimiento a doña María, infanta de Portugal... cuando vino a España a desposarse con Felipe II* (1543), en la CODOLIN, Madrid, 1843, pág. 414.

(3) J. Jacquot, «Panorama des fêtes et cérémonies du régime», *Fêtes et cérémonies au temps de Charles V*, CNRS, Paris, 1960. Una idea de la grandiosidad de los arcos triunfales la da el de Amberes, que exigió el trabajo intensivo de 280 artistas durante 17 días.

(4) J. C. Calvete de Estrella, *El Felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe Don Phelippe...*, Anvers, 1552, fol. 49.

(5) J. Jacquot, *op. cit.*

(6) D. Devoto, «¡La famosa fiesta de Bains!», *Fêtes et cérémonies*.

(7) Jovellanos, en su *Memoria sobre las diversiones públicas* llega a calificar a Lope de Rueda como *el embeleso de la corte de Felipe II*.

(8) J. Alenda y Mira, *Relación de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, I, pág. 52. La fiesta coincidió

con Carnestolendas, y salieron máscaras de locos, disciplinantes, amazonas, cardenales, las mujeres de la mancebía distraídas de hombres, diablos, Lutero en cueros sobre una mula, a deanos con el virgo de la novia (*que era una sábana ensangrentada en un gran plato...*) y bailaron delante del reverendísimo Sr. Arzobispo de lo que él se holgó mucho, y el alcalde llamaba al escribano para que diese testimonio del virgo. Hasta los ciegos salieron en comitiva. Una escultura de la Fama mostraba la inscripción: *Felipe castellano convirtió al pueblo profano*.

(9) F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, F. C. E., 1976, II, pág. 407.

(10) Sebastián de Horozco, «Entrada rey Felipe y nueva reina Isabel», *Relaciones Históricas Toledanas*, CSIC, Toledo, 1981, II, 191-8, y en C. A. Marsden, *Fêtes et cérémonies...*, pág. 398.

(11) De la famosa obra de caballerías de Feliciano da Silva se sacaron los romances del rey Lisuarte y el rapto de la infanta Oriana, con los correspondientes desafíos, embajadas y torneos. En *Relación verdadera, del recibimiento, que la muy Noble y muy / mas leal ciudad de Burgos, cabeza de / Castilla... hizo a la Reyna N.ª S.ª D.ª Ana de Austria*, Burgos, 1571.

(12) J. Alenda y Mira, *op. cit.*

(13) M. G. Ticknor, *op. cit.*, I, pág. 292.

(14) C. A. Marsden, «Entrées et fêtes espagnoles au XVI^e siècle», *Fêtes et cérémonies...*, pág. 393-6.

(15) J. López de Hoyos, *Real aparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid (como casa y morada de S. M.) recibió a la serenísima reina D.ª Ana de Austria*, Madrid, 1572. El 26-XI-1570 tuvo don Juan su recimiento triunfal, con una soberbia batalla (fol. 24).

(16) Se unió tal alegría con la del nacimiento del príncipe don Fernando. Alenda y Mira, *op. cit.*, pág. 81.

(17) N. Díaz Escobar, *Historia del teatro español*, Barcelona, 1924, I, pág. 126.

(18) H. Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, Madrid, 1876.

(19) J. Bernal y Soriano, *Tradiciones histórico-religiosas de todos los pueblos del Arzobispado de Zaragoza*, Zaragoza, 1880, pág. 138.

(20) H. Cock, *op. cit.*, pág. 36.

(21) *Ibidem*, pág. 38.

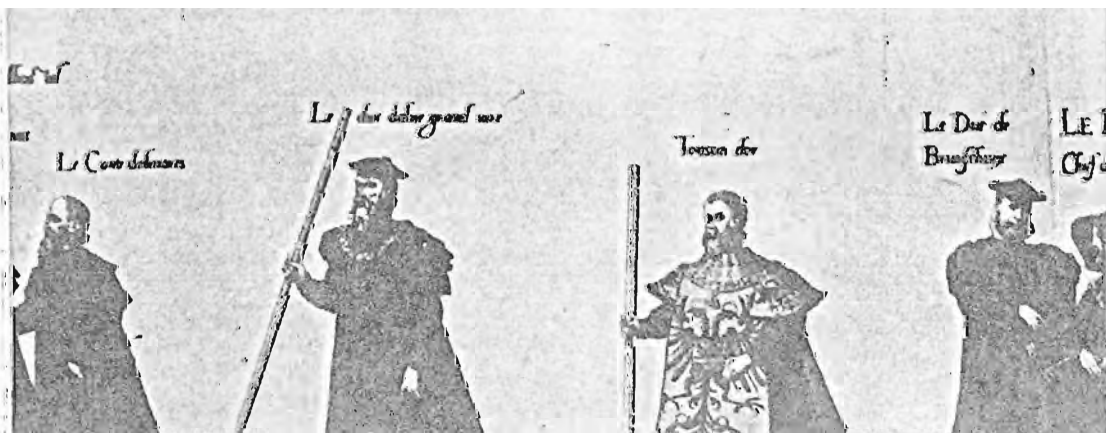
(22) *Ibidem*, pág. 130.

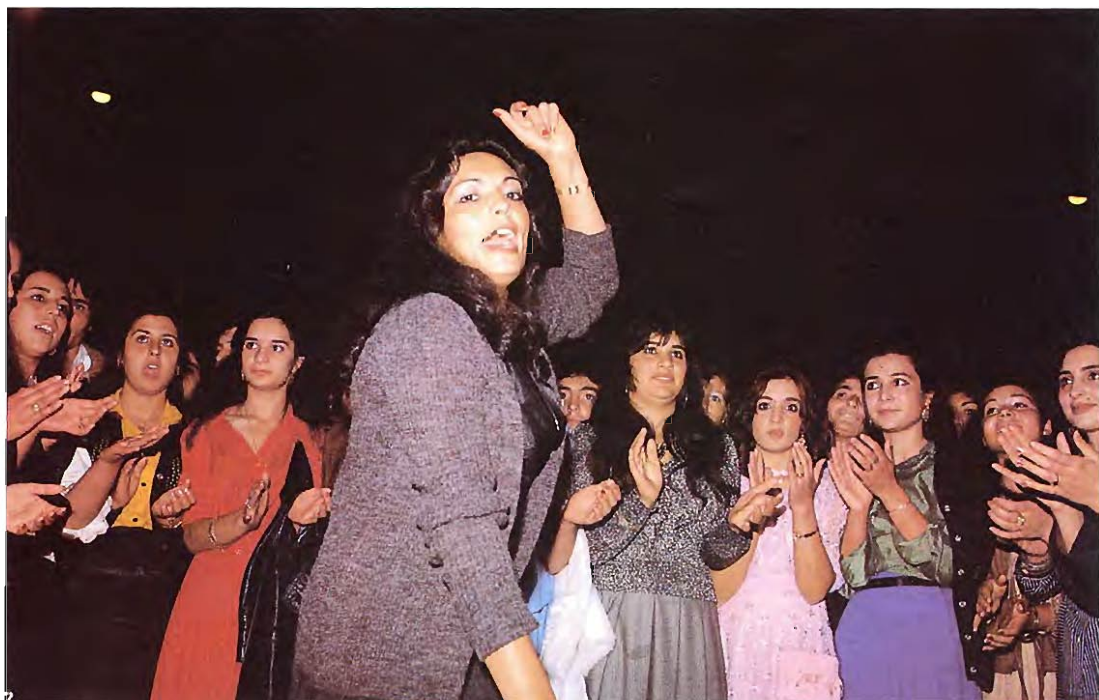
(23) *Ibidem*, pág. 186.

(24) G. Tejedor, *Sobre el teatro en Granada*, Granada, 1979, pág. 230. El arzobispo Pedro de Castro no cejó en solicitar la prohibición total.

(25) F. Braudel, *op. cit.*, I, pág. 530.

(26) F. de P. Valladar, *Fiestas del Corpus en Granada, estudio histórico-crítico*, Granada, 1886, pág. 45. Las presiones directas al rey por el arzobispo Castro consiguieron su objetivo.





Juerga gitana (por Pablo Neustadt)

Las fiestas andalusíes

Por M.^a Luisa Parrondo y Demetrio E. Brisset
Historiadora y antropólogo

NO abunda la documentación sobre el desarrollo festivo durante el largo período en el que los pueblos ibéricos profesaron la religión musulmana. Sin embargo, parece razonable suponer que los caudillos árabes y beréberes aportarían sus propios gustos, influenciando así las costumbres de los peninsulares, que eran designados genéricamente como *andalouch* (1).

En la actualidad, lo que se considera herencia directa de los hispano-musulmanes es la música andalusí (tal como se ha conservado en el norte de África) y las zambras del Sacromonte (a cargo de las familias gitanas). Aunque por *zambra* se conozcan ciertas cuevas con una o varias dependencias, de paredes encaladas, decoradas con vasijas de cobre bruñido y cerámica local, donde se ofrece bebida, canto y baile acompañados con guitarras, para el *Diccionario* de la Real Academia Española la palabra proviene del árabe *samra*, *fiesta nocturna, velada, sarao*, y se describe como *fiesta que usaban los moriscos con bulla, regocijo y baile*. / *Fiesta semejante de los gitanos de Andalucía*.

Conocida la afición trashumante del pueblo gitano, desde que a mediados del siglo xv comenza-

ron a llegar a Andalucía las extensas familias de los *Condes del Pequeño Egipto* (2), no resulta descabellado suponer que se les unieran luego muchos de los moriscos que se dedicaban a oficios tales como arrieros, trajineros, herreros y albañiles, que les permitían la movilidad conveniente para escapar al creciente control y a las órdenes de expulsión. Así, en las caravanas de gitanos y moriscos se habría perpetuado el arte musical hispano-musulmán en su vertiente popular, originando el flamenco al confluir con las tradiciones propias de los gitanos.

Las fiestas hispano-musulmanas

El primer poeta andalusí conocido fue Abu-l-Majsi, quien por enfrentarse a los poderes con sus sátiras, fue castigado a que le arrancasen los ojos y la lengua. A pesar de ello siguió componiendo, acompañado por un joven que recitaba las poesías. Según cuentan, siendo anciano le volvió a crecer la lengua. Murió el año 794 en Elvira, capital por entonces del reino de Granada (3).

En el siglo ix, en el Emirato Omeya de Córdoba, ►

algunos juristas fanáticos arremetieron contra la música de los hispano-musulmanes, destruyendo sus instrumentos. Pero lo habitual fue la tolerancia de los cadíes hacia las borracheras colectivas a las que los indígenas eran tan afectos, y su fomento de la creación musical: en el 822 se funda un conservatorio en Córdoba, que difundirá las *nubas* o especie de sinfonías profanas, con predominio de la música sobre el canto (4).

Mientras, en los zocos o mercados se congregaban los paseantes en torno a los *rawi*, narradores o recitadores gesticulantes de leyendas épicas y amorosas, en prosa y verso, a veces en colaboración con músicos, semejantes a los que aún hoy día integran el decorado de los zocos de Marrakech, Fez y otras ciudades marroquíes. Esta especie de juglares fueron bien acogidos en varias cortes de reyes cristianos peninsulares, al igual que eran muy valoradas las esclavas cantoras y danzarinas.

En la Córdoba califal de Abderramán III (siglo x), que marca el apogeo de Al-Andalus, gozaba de esplendor la Pascua de Ansara o fiesta del solsticio de verano, el 24 de junio, que conmemoraba tanto la Natividad de Juan el Bautista como la hazaña de Josué al detener el curso del sol para conseguir el exterminio del ejército de los amorreos (5). En tal día destacaban las carreras de caballos, ejercicios de destreza, disfraces carnavalescos, certámenes poéticos y hogueras, preferentemente encendidas junto a higueras. Otras costumbres típicas, como regar las casas y sacar los vestidos al rocío, eran criticadas como propias de incrédulos (6).

El influjo de costumbres de los cristianos sobre los musulmanes es denunciado en un documento enviado al poeta y rey de Toledo y Córdoba Al-Ma'mun (siglo xi), respecto de una de sus mayores fortalezas, la de Magerit, posterior ciudad de Madrid: *En las noches de San Juan y de San Pedro se tenía que reforzar la vigilancia en las murallas de la plaza, porque los infieles y enemigos de Alá se juntaban a pretexto de sus devociones a los benditos siervos del Señor, y recorrían los campos con lascivos bailes y gritos de alegría, así los hombres como las mujeres, que sin velos que tapasen sus rostros corrían desordenadamente ofendiendo a Alá con sus gritos, y a pesar de las advertencias en sentido contrario, los musulmanes acudían a estas escandalosas fiestas a pretexto de encender luminarias, en las que oían azalás (preces) subversivas y blasfemias contra el profeta querido de Dios, por lo que se solicitaba del poderoso monarca que tales noches prohiba ir a los cristianos a la ermita de la Virgen de las Tochas, que contra la ley del Corán se les permite adorar como gentiles ídolos de los ídolos, y que mande se cierren las casas de los ídolos cristianos, que cercando la población eran cuarteles donde además de juntarse para maldecir a Alá y al Profeta, tramaban conspiraciones para apoderarse de las fortalezas (7).*

Respecto al rey Al-Ma'mun, fue el organizador de una de las más famosas fiestas de su época, con motivo de la circuncisión de su hijo y herede-

ro el año 1063 (8). Esta especie de *presentación en sociedad* de los varones a los ocho días de nacidos era esplendorosamente celebrada, con bailes y banquetes, sacrificando animales según las posibilidades económicas del padre. Posteriormente se trasladó la fiesta de la circuncisión a cuando el niño cumplía los ocho años.

Buena prueba de la dificultad para rastrear los datos sobre la evolución de las fiestas la ofrece el último rey zirí de Granada, Abd Allah, contemporáneo de Al-Ma'mun y que asimismo fue destronado por los almorávides y exiliado en Marruecos. Allí, a finales del siglo xi entretuvo su exilio con la redacción de unas *Memorias* de su linaje y reinado, inéditas en castellano hasta 1980. Entre sus recuerdos son escasísimas las pinceladas descriptivas de cómo eran las fiestas de la corte granadina. Según cuenta, se practicaban carreras de caballos en la rambla, y *eran mis secretarios los que solían recitar poemas en las sesiones de aparato organizadas cuando había que vagar para ello, con objeto de pasar el tiempo si no había otra ocupación... A ello añadía yo, tomados de obras literarias o de vidas de personajes, algunos trozos escogidos, de los que se quedan en la memoria (9).*

Cerca del final de sus *Memorias*, Abd Allah se defiende de los ataques lanzados contra su vida privada: *También busqué a veces diversiones frívolas y me entregué, sin que hubiera en ello afrenta para el reino ni mengua para mi autoridad, a esas distracciones que suelen tomarse a hurtadillas, al acabar el trabajo, para cobrar ánimos y consolarse de las dificultades que nos rodean. Los sabios sostienen, en efecto, que prescindir, en absoluto, de los placeres es causa de indigestiones, de enfermedades de la piel y otras perniciosas dolencias... Sólo te queda que digas: El rey de Granada no deseaba más que amontonar riquezas, amar a las bellas mujeres y convidar efebos. Pero si tal haces, demostrarás no haber reflexionado sobre las cosas. ¿Es que no sabes, ignorante, que un rey no utiliza el dinero más que para liberarse de los fardos que sobre él pesan?... En cuanto a que yo invitaba efebos a mis fiestas, dado que era fuerza hacer un uso moderado del vino —cosa de la que ya Dios me habrá perdonado—, ¿por qué tienes que ocuparte de mis libaciones y de mis convidados? No se trataba de reuniones de Estado (10).*

En aquel tiempo las mayores fiestas del calendario religioso de los hispano-musulmanes eran la ruptura del ayuno tras el Ramadán, en la luna nueva del décimo mes del año, y la Pascua del Sacrificio, que conmemoraba el sacrificio de Abraham con la muerte de carneros. Como los habitantes de los países conquistados por el Islam tenían ya arraigadas sus tradiciones festivas cristianas, había varias que se celebraban conjuntamente, entre las cuales:

— La circuncisión de Jesucristo, al séptimo día de su Nacimiento.

— El Jueves Santo, llamado por los sirios *Jueves del arroz* o *de los huevos*, porque se comían tales manjares.

— La ya mencionada Natividad del Bautista o



Bailes gitanos en las Cambroneras, a comienzos de siglo.

Pascua de Ansara, que en Granada gozaba de un fenómeno particular: según documentos anteriores al siglo XIII, en el cerro que domina al Albaicín había una ermita cristiana, una fuente y un olivo. Al despuntar el sol en tal fecha, aumentaba el caudal de la fuente y florecía el olivo. A medida que transcurría la jornada se veían nacer y crecer las olivas, y la muchedumbre que subía en romería al monte *toman cuanto pueden de aquellas aceitunas y de aquel agua, guardando lo uno y lo otro para sus remedios, y así se consiguen entre ellos grandes beneficios* (11). Actualmente se sigue celebrando la romería al cerro, en honor del Arcángel Miguel, y un rito imprescindible es beber de la fuente. *Milagro de las olivas*, no se aprecia, porque a finales de septiembre ya están maduras de por sí.

— La Natividad de Jesucristo, tan arraigada que provocó el asombro de Abu I-Qasim al-Azafi, rey independiente de Ceuta a finales del siglo XIII, quien escribió: *¿no es maravilla cómo (los musulmanes) llevan el cómputo de las fechas de los cristianos... se preguntan acerca de la Navidad de Jesús, del 7.º día de su nacimiento y del día del nacimiento de Yahya (sobre él y sobre nuestro profeta sea la paz), este Yahya no es otro que Juan el Bautista, y prosigue: Se han añadido innovaciones reprobables ... en estas fiestas se hacen unos a otros preciosos regalos ... mesas adornadas para comilo-*

nas..., poner una col debajo del lecho para la buena suerte ... Todo esto se ha propagado (como una enfermedad) a esta orilla del Estrecho ... causadas por la vecindad de los cristianos ... en Al-Andalus está la sede del saber en Occidente ... quien imita a gente extraña se convierte en uno de ellos (12).

Para evitarlo, instauró este rey la fiesta del Nacimiento del Profeta Mahoma en sustitución de la de Jesús, arrinconando así la Navidad al interior de los hogares cristianos en el Occidente musulmán. Llamada *Mawlud*, en esta fiesta competían los poetas con versos y casidas elogiosas para el Profeta y el monarca reinante, en el precedente de lo que serían los *villancicos*.

Diversiones en el siglo XIV

Cuando sólo permanecía musulmán el reino de Granada en la Península, a mediados del siglo XIV, el rey nazarí Yusuf I firmó una tregua con los cristianos y se volcó en reglamentar la vida de sus súbditos. Así, para uniformar el culto proclamó unas ordenanzas en las que incluye: *Las fiestas para celebrar las Pascuas de Ruptura del Ayuno y de las Víctimas han sido causa de alborotos y escándalos... Cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose aguas de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas, limones dulces y manojos de flores, mientras tropas de bailarines y juglares turban el reposo de la gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, canciones y gritos: Se prohíben tales excesos...*

— En los regocijos de bodas, en los que se ce-



Dos instrumentos típicos en la música andalusí: el laúd (al-'ud) y el rabel (rbab)



lebran para poner a los recién nacidos bajo el auspicio de las buenas hadas y en reuniones familiares sea lícito divertirse con zambras y convites espléndidos, pero obsérvese el mayor decoro, reine la discreción y no incurra convidado alguno en el abuso de la embriaguez...

— Siendo las calles y plazas lugares impropios para rogar a Dios, se prohíbe hacer en ellas procesiones ni rogativas en tiempos de seca (deberán salir al campo) (13).

Durante el reinado de Yusuf I ocupó el cargo de visir el historiador y poeta Ibn al-Jatib, quien refleja las costumbres populares: *Los días festivos son hermosos de ver en esta ciudad, dando ocasión para la composición de versos y poesías, resonando el canto por todas partes, y hasta en los bazares, donde concurre gran muchedumbre de jóvenes, añadiendo que en tales días se come pan de trigo, frutas, uvas y frutos secos* (14). *Es costumbre trasladar al campo su domicilio, para pasar la pascua del otoño en vendimia, así como también el salir a regocijarse a las campiñas con sus hijos y familiares, si bien yendo prevenidos y confiados en su valor y en sus armas* (15), por miedo a las incursiones de los cristianos fronterizos.

En otro lugar habla del Valle de la Plata, cerca del Generalife, donde: *destinado a lugar de recreo y esparcimiento estaba el palenque abierto en el que los caballeros, así moros como cristianos, solían ventilar sus recíprocos agravios y querellas, la plaza de torneos, corridas de toros con perros alanos y otras fiestas* (16). Estos toros o vacas salvajes eran atacados primero por fuertes perros alanos, que se colgaban de las orejas como si fueran pendientes, restándoles vigor (en función parecida a la de los actuales picadores), para entrar luego en la lidia los hombres, que solían montar a caballo y emplear el rejón. También menciona el juego *al-taba*, consistente en un blanco de madera colgado en el aire, contra el que los caballeros tiraban sus lanzas (17).

Otro conocido poeta del siglo xiv, Ibn Jaldun, refiere que por entonces la música andalusí ejercía gran influjo en todo el norte de África, y destaca *las bailarinas vestidas de muchachos, montadas en caballitos de madera ... que simulaban ... verdaderos combates singulares* (18).

En este siglo, ingredientes imprescindibles de las figuras eran el vino y el hashish. Respecto al vino de Málaga, diría el poeta granadino Ibn Sadra: *En esta tierra puede ser lícito beber vino a pesar de estar prohibido. Y si el fuego del infierno será nuestro castigo, en un día frío como éste el infierno parece delicioso*, mientras que para el también poeta Ibn Jamis, el hashish era preferible (19).

El calendario anónimo y los juegos de cañas

Ciertamente, hay penuria de datos sobre las fiestas de Al-Andalus, no recogidas por cronistas cristianos y perdidas las fuentes de información directas. Por este motivo es destacable el hallazgo, hace pocos años, de un calendario manuscrito granadino, que ilumina ciertos aspectos de la vida

popular en los últimos tiempos de la Granada nazari.

Son escasos los tratados conocidos donde los astrónomos musulmanes asociaron un sistema de combinaciones astrológicas de la India con otro propio, para previsiones meteorológicas y agrícolas, en almanaques anuales. En Occidente tan sólo se conservan uno de Córdoba del siglo x, otro marroquí del xiv, basado en el anterior, y este granadino del siglo xv. Para el cómputo del tiempo se emplea el calendario romano *juliano*, mientras que para las fiestas se sigue otro lunar. El conjunto, al que se añaden consejos prácticos y creencias populares, constituye un complejo religioso-técnico-moral para cubrir las necesidades de los agricultores pertenecientes al Islam.

Así, sabemos que se conmemoraba entre los nazaries de Granada:

Enero:

1 *Noche del destino.*

6 *Día bendito.*

10 *Muerte de Abu Bakr* (suegro de Mahoma y sucesor suyo).

12 *Y le sucede nuestro señor Umar* (califa conquistador de Siria, Palestina, Persia y Egipto).

14 *Nuestro Señor Jesucristo.*

15 *Salen los caballos.*

Febrero

3 *Día bendito y Alá es más sabio.*

8 *Día nefasto y Alá es más sabio.*

21 *Entra el husum* (??).

Marzo

8 *Nacimiento de Moisés, sobre él sea la paz.*

18 *Se vende a José, sobre él sea la paz.*

23 *Fiesta de la Ruptura del Ayuno* (que es variable).

30 *Fin de la fiesta.*

Abril

11 *Muere Adán, sobre él sea la paz.*

17 *Se reveló el Evangelio* (20).

Por desgracia, a partir del mes de mayo el ejemplar está incompleto, sin apenas detalles. Pero por las fiestas anteriores se pueden establecer curiosas relaciones: permanencia festiva del 1 y 6 de enero; cambio del José del *Antiguo Testamento* por el José esposo de María un día después; posible que el San Marcos Evangelista de la liturgia católica tenga que ver con la fiesta nazari ocho días anterior; recuerdo de la muerte del primer padre, Adán, tiempo ha olvidada.

Para el romancero morisco, elemento esencial de toda fiesta nazari era el Juego de Cañas, asimilado en los reinos cristianos de tal modo que fue luego, junto con las corridas de toros y las comedias, la diversión más extendida. Se sabe que aún subsistió en Andalucía hasta principios del siglo xix, aunque hoy día tan sólo quede su recuerdo en la frase *las cañas se tomaron lanzas* y en algunas representaciones populares de *Moros y Cristianos*. Para el orientalista Mercier es un *juego pasado por alto por los historiadores y que es el único que sigue vivo en Oriente ... me inclino a su*

origen árabe puro, por participar del carácter del jinete oriental ... basado en la concepción de la guerra que el beduino expresa en su táctica de la carga y el repliegue brusco, la huida simulada ... su persistencia en Abisinia, donde se sigue practicando en el campo de competiciones de Addis Abeba con ocasión de las grandes fiestas religiosas, como Epifanía, Pascua, Día de la Cruz ... me hace descartar la hipótesis del origen Cruzado. ¿Serían ellos los inventores de este tipo de torneo, exportados al sur de Arabia desde el siglo i, y luego extendido al emigrar las tribus árabes hacia Siria y Mesopotamia? ... En Siria figura en el programa de toda fiesta o feria en centros urbanos (21).

Llamado *Jerid* (que significa en árabe palma deshojada, vara de palma/jabalina de justa —sin hierro—), consiste en la lucha entre dos o varias cuadrillas, separadas por líneas de demarcación que sólo al ser traspasadas por un atacante se permite a uno o varios de los caballeros defensores contraatacar, intentando rodear al agresor y hacerlo prisionero, lanzando sus cañas o *jerids*, que son detenidas con los escudos. El golpe recibido de frente no es deshonoroso, pero si lo es por la espalda, lo que exige la venganza del bando humillado. A veces los adversarios se desafiaban recitando versos. En la Península Ibérica, los caballeros solían disfrazarse con marlotas moriscas y costosas libreas, cabalgando a la *jineta*, que era la técnica de los árabes. En vez del *jerid* o palma se usaban cañas afiladas con un corcho (a menudo plateado) en su punta.

Para terminar con la mentalidad festiva de los descendientes de hispano-musulmanes, se puede traer a colación el alegato editado en Huesca en 1612 por el padre Aznar, donde justificaba la expulsión de los moriscos. En el capítulo titulado *De la condición, trato, traje, comida, oficio, vicio y pestilencia pegajosa de los moriscos*, expone lo siguiente: *Eran muy amigos de burlerías, cuentos, berlandinas y sobre todo amicissimos (y así tenían comúnmente gaytas, sonajas, adufes) de baylas, danzas, solazes, cantarillos, albadas, paseos de huertas y fuentes, y de todos los entretenimientos bestiales en que con descompuesto bullicio y gritería, suelen ir los mozos villanos vozinglando por las calles. Vanagloriábanse de baylones, jugadores de pelota y de la estornija, tiradores de bola y del canto, y corredores de toros, y de otros hechos semejantes de gañanes. Eran dados a oficios de poco trabajo... echados al sol en invierno con su botija al lado* (22).

Volviendo al principio, resulta difícil de entender el odio que llegó a despertar la diversión de la zambra. En una pragmática de 1566, Felipe II se opone a los rasgos culturales diferenciales de sus vasallos moriscos, entre otras prohibiciones con: *Que en bodas, velaciones y fiestas semejantes siguieran las costumbres cristianas, abriendo ventanas y puertas, sin hacer zambras, ni leilas, con instrumentos y cantares moriscos, aunque éstos no fueran contrarios al Cristianismo* (23). Y para que nadie se olvidase, durante muchísimos años se publicaba en las iglesias de España, tras la misa del



Extras con atuendos árabes durante el rodaje de la serie Cervantes, ante una de las viejas puertas de la Alhambra

tercer domingo de Cuaresma, el *Edicto de las delaciones* de la Santa Inquisición, conteniendo, entre otros motivos de denuncia, que *alguno se haya casado según rito y costumbre de moros. O que haya cantado cantares de moros o hecho zambras o leylas con instrumentos prohibidos* (24).

Y a pesar de todo, las zambras han persistido.

NOTAS

(1) En su crónica de la invasión de España, Ibn-el-Athir (muerto en 1233) refiere que los primeros habitantes se llamaban *Andalouch*, que se arabizó en *andalus*, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, Alger, 1898, p. 42.

(2) En los anónimos *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo* se mencionan dos tribus viajeras de paso por Jaén en 1470, *faciendo penitencia por mandado del Santo Padre* y que portaban una carta del rey recomendándolos, por lo que fueron muy obsequiados por el Condestable. Espasa-Calpe, Madrid, 1940, cap. XLIII.

(3) M. 'Ali Makki, «Las aportaciones orientales en Al-Andalus», *Revista del Instituto de Estudios Islámicos en Madrid*, vol. IX-X, 1961-2.

(4) Juan Orellana, *l Encuentro de música andalusí*, Málaga, 1980.

(5) En el calendario mozárabe de Córdoba del año 961, la fiesta del 24 de junio conmemoraba juntamente *Cuando Josué detuvo el Sol* y la Natividad de Juan, hijo de Zacarías. Ed. R. Dozy, Leyde, 1873.

(6) Fernando de la Granja, «Fiestas Cristianas en Al-Andalus», *Al-Andalus*, t. XXXV, Madrid, 1970.

(7) Basilio S. Castellanos, «Costumbres españolas...», cit. por Julio Caro Baroja, *La estación de amor*, Taurus, Madrid, 1979, pág. 151.

(8) M. 'Ali Makki, op. cit.

(9) 'Abd Allah, *Memorias del último rey zirí de Granada*, Alianza Tres, Madrid, 1980, pág. 304. El manuscrito fue encontrado en 1930.

(10) Ibidem, pág. 330.

(11) F. J. Simonet, *Cuadros históricos y descriptivos de Granada*, Granada, 1896, pág. 71-2.

(12) Fernando de la Granja, op. cit., t. XXXIV, Madrid-Granada, 1969.

(13) M. Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, Granada, 1846, t. 3, pág. 168.

(14) F. J. Simonet, op. cit., pág. 96.

(15) Ibidem, pág. 97.

(16) En el *Ihâta*, cit. por L. Eguluz, *Informe*, Granada, 1881.

(17) Mojtár Abbadi, «Las fiestas profanas y religiosas en el Reino de Granada», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, t. XIV, Granada, 1965, citando también el *Ihâta*.

(18) E. Lévy-Provençal, *España Musulmana*, Espasa-Calpe, Madrid, 1957, pág. 292.

(19) Mojtár Abbadi, op. cit., pág. 94.

(20) Transcripción y trad. de J. Vázquez Ruiz: «Un calendario anónimo granadino del siglo XV», *Revista del Instituto de Estudios Islámicos en Madrid*, vols. IX-X, Madrid, 1961-2.

(21) L. Mercier, *La Parure des Cavaliers et l'Insigne del Preux*, Paris, 1924, pág. 403.

(22) P. Aznar Cardona, *Expulsión justificada de los moriscos españoles*, cit. por Mercedes García Arenal, *Los Moriscos*, Editora Nacional, Madrid, 1975, pág. 232.

(23) Promulgada el 17-XI-1566, a petición del Sínodo de Granada convocado el mismo año por el arzobispo Guerrero, tal como señala Julio Caro Baroja, *Los moriscos del reino de Granada*, Istmo, Madrid, 1976, pág. 158.

(24) J. A. Llorente, *Historia crítica de la Inquisición de España*, Barcelona, 1836, t. VIII, pág. 336.

La agitada historia del Condestable Iranzo

Por María Luisa Parrondo y Demetrio E. Brisset

Historiadora y antropólogo

PARECE irrefrenable el actual esplendor de la novela histórica, con el beneplácito de crítica y público. Uno de los últimos éxitos de este género literario, el planetario *En busca del unicornio*, de Juan Eslava, trenza las ficticias aventuras africanas de su protagonista sobre el tapiz de una auténtica situación en el belicoso reino de Castilla, donde comenzaban a germinar las ideas y comportamientos renacentistas. Y uno de los personajes que aparecen al principio de la novela, el condestable Iranzo, esforzado guerrero y mecenas que convirtió la plaza fuerte fronteriza de Jaén en un emporio festivo, tuvo en la realidad una vida tan intensa y espectacular que no desmerece la comparación con la que Eslava inventa para su ficticio escudero en persecución del legendario unicornio.

EN la quincena de años que don Miguel de Iranzo ejerció el cargo de condestable de Castilla se hizo acreedor a un puesto de honor entre los forjadores de las diversiones hispánicas, como pusiera de relieve el especialista en nuestro teatro clásico Charles Aubrun (1). Sin embargo, no deja de ser sorprendente el casi total desconocimiento que se tiene de este contradictorio personaje histórico, que aunaba exaltada religiosidad y ansia militar con sentido organizativo y desbordante afición a todo tipo de festejos, en los que invertía los cuantiosos botines conseguidos en su particular guerra contra los nazaries granadinos.

La razón para su olvido por la historiografía oficial se puede hallar en las escasas referencias que sobre él dan los coetáneos cronistas del reino castellano. Así, para mosén Diego de Valera fue un hombre de baja cuna... cruel y tirano... que siempre favorecía a los populares, motivo por el que le aborrecían los hidalgos y caballeros de Jaén (2).

Por su parte, Alonso de Palencia recalca su verginoso ascenso social, ya que siendo de ínfima cuna, casó con mujer muy rica (3). Este encumbramiento, muy similar al de Beltrán de la Cueva, predispuso a los nobles de la época en contra de ambos.

La recensión de algunas de sus victoriosas batallas y los datos sobre las extrañas circunstancias de su asesinato mientras oraba dentro de la catedral de Jaén, constituyen la restante sombra de su paso por la Historia de España, fijada en la misma línea de poca benevolencia por las plumas del P. Mariana y de Salazar de Mendoza (4).

Pero el condestable Iranzo —cuyo interés por la cultura se manifiesta en que mandó buscar en Sevilla un buen maestro de Gramática para que

enseñase en su señorío de Jaén y a su costa a quien quisiera tanto Gramática como Retórica y Lógica— encargó a un hombre de letras que se ocupase de redactar la crónica de su vida. Titulada como *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, permaneció casi ignorada hasta que el medievalista Mata Carriazo la publicara en 1940. Para este erudito, se distinguen estas crónicas de la historiografía medieval española por su empleo de fuentes documentales (5), a lo que se puede añadir que también aportan una minuciosa descripción de las costumbres públicas, constituyendo uno de los apoyos más sólidos para entender la evolución de los festejos peninsulares, que hasta ese momento apenas habían suscitado el interés de los cronistas. Desde este prisma de valoración de las fiestas urbanas (tanto cortesanas como populares), se las puede incluir entre los precedentes de la moderna etnografía.

Resulta sorprendente que el anónimo cronista inicie su trabajo con Miguel ya poderoso, sin la más mínima mención a su infancia y juventud. La explicación más plausible es que al biografiado le interesara mantener la oscuridad sobre su pasado, al descender quizá de familia de conversos.

Según el genealogista Galíndez de Carvajal, que vivió en el siglo xvi, Miguel era natural de Belmonte, hijo del guipuzcoano Alonso Álvarez de Iranzo, pobre labrador (6), mientras que en la crónica se considera a este Alonso como su padrastro. Manchego de origen, gozó del apoyo del señor de la comarca, Juan Pacheco, marqués de Villena y uno de los nobles más influyentes de la época, quien le promocionó a paje del príncipe Enrique de Trastámara. Puede ser que el marqués le encomendara a Miguel alguna misión de

confianza o espionaje, pero el mancocho empleó con tal arte ante el príncipe sus indudables cualidades intelectuales y físicas, que formaron una inseparable pareja de amigos —*un tanto especial*— para los gustos de la ruda corte. El marqués se debió sentir engañado por su antiguo protegido, ya que se convirtió en su implacable enemigo.

El príncipe, que disfrutaba del feudo de Jaén, nombró a su compañero de correrías halconero mayor y corregidor de Baeza. Luego, al acceder en 1454 al trono de Castilla como Enrique IV, le designó alcaide de Alcalá la Real, importante plaza fuerte fronteriza. Miguel se la transfirió a su padastro sin inmutarse: su ambición era nada menos que el cargo de maestre de Santiago, vacante desde que Alvaro de Luna fuera llevado al patíbulo, y en su defecto, ser el maestre de Alcántara. A pesar del despliegue de todos sus esfuerzos y del favor real, no consiguió que los grandes linajes le admitiesen en sus filas y las intrigas cortesanas provocaron su caída en desgracia y su encierro en una torre del alcázar de Madrid.

Entristecido Enrique IV (el enfermizo último monarca medieval castellano-leonés que Marañón describió como displásico eunucoide), buscó una solución de compromiso para volver a levantar al amigo humillado y le propuso ser su jefe militar y mano derecha. Tras dos meses de cautiverio, la sensatez aconsejó a Miguel aceptar este no desdeñable regalo de consolación y en este momento se inicia el relato de su vida conocido como los *Hechos*.

Comienza la vida pública de Miguel Lucas de Ianzo

El 25 de marzo de 1458, día de la Anunciación de Nuestra Señora, en el salón del trono del alcázar de la villa de Madrid, el rey Enrique IV confiere solemnemente a su criado Miguel Lucas de Ianzo las dignidades de varón, conde y condestable de Castilla, con la potestad de *regir, gobernar y disponer todas sus huestes, ejércitos y legiones, por doquier que vayan o estén... administrar la jurisdicción civil y criminal... en señal de lo cual vos da y entrega este bastón* (7).

Reconciliados los dos entrañables amigos, partieron a guerrear contra los moros. De paso por Talavera, corrieron más de treinta toros. Y al llegar ante los muros de Granada, talaron la vega y trabaron victoriosas escaramuzas, llegando a quemar la mezquita de Illora. Pero la discordia interna en el real castellano ensombreció la campaña, al surgir una pelea entre soldados del condestable y del marqués de Villena, envidioso éste al ser sustituido en el amor del monarca.

Durante más de un año, el rey y Miguel volvieron a ser uña y carne, compartiendo el recogimiento monástico durante las Carnestolendas y divirtiéndose en cacerías de jabalíes y osos, que alternaban con la persecución de liebres con cas-

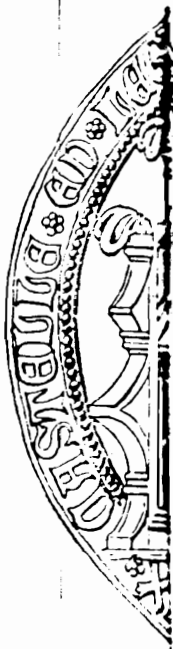
caboles atados. Pero Miguel se sentía insatisfecho, y para tener un pretexto para abandonar la corte, se quemó hasta el hueso un callo del pie. Al marchar el rey a recuperar unos castillos, Miguel huyó a esconderse en su monasterio de Aragón. Apremiado por Enrique IV para reincorporarse a su entorno, contestó que sólo lo haría si le nombraba maestre de Santiago, su vieja y no olvidada aspiración. La contraoferta real fue ofrecerle el señorío de la ciudad que prefiriese, y Miguel eligió Jaén, lo que le permitiría alejarse hasta la frontera y combatir a los moros, que por entonces eran la pesadilla de las guarniciones castellanas.

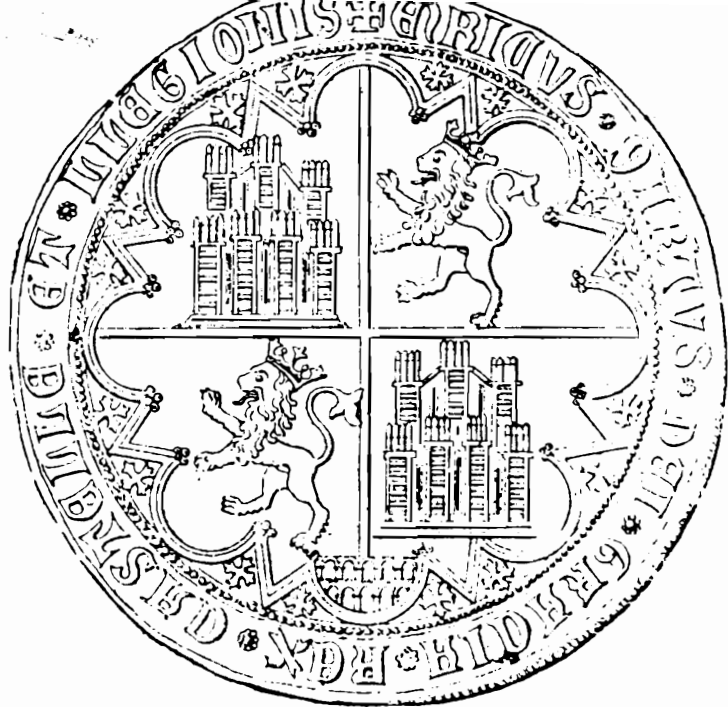
En ruta al que sería su destino definitivo, se aposentó algunos días en un lugar de Cuenca llamada Belmontejo, en donde *tuvo la fiesta de Todos los Santos y mandó hacer un oficio por las ánimas de todos sus finados* (8), lo que sugiere que éste fuera su lugar de nacimiento, ya que alguien tan cumplidor de sus deberes como él desearía honrar a sus difuntos allí donde reposaran sus cenizas, y a pesar de estar muy cerca de la señorial villa de Belmonte, de la que se decía era nativo, prefirió realizarlo en una misera aldea. Dividida como estaba la corte respecto a los derechos de sucesión de la princesa Juana, los enemigos de la *Beltraneja* podían ampliar sus ataques despectivos contra el recién ascendido conde de Belmontejo. Quizá el deseo de evitar tales juegos fáciles de palabras le impulsaron a ocultar el rastro de su infancia.

Ya en tierras jienenses, hizo los honores al embajador francés, mandando en Bailén que se corriesen toros, y entremedias, soltando *una leona muy grande que allí tenía, que espantó a la gente y anduvo a vueltas con ellos, pero quiso Dios que no hizo daño a nadie* (9). Este gesto denota cierta afición por las bromas pesadas y emociones fuertes.

Un matrimonio de alcurnia

Transcurría 1461 cuando decidió celebrar la *jurisdicción matrimonial* con su mujer, tras mucho tiempo de estar desposados. Ella se llamaba Teresa de Torres, he-





Arriba: anverso y reverso de una moneda de 50 enriques; la leyenda dice: Enrique cuarto rey por la gracia de Dios de Castilla y León (calco, Historia General de España, de Modesto Lafuente, Barcelona, 1879). Abajo: personajes medievales con las insignias de diversas órdenes militares: Temple, Alcántara, Santiago y Calatrava, por cuya jefatura tanto persiguió el condestable Iñanzo (litografía de Serra para la Historia de España Ilustrada, de Castillo)



rodora do una casa de ricos-hombres asontados en el reino de Navarra desde el siglo x, los señores de Villar-Donpardo, entroncados con destacados caballeros franceses. La ceremonia religiosa fue oficiada por los obispos de Salamanca y Jaén.

Y aquella noche consumó el matrimonio por cópula, puesto que desde un año antes muchas veces la tuvo consigo de día y noche en una cama, pero jamás quiso cometer tal acto hasta la noche de su velación (10), lo que no deja de ser intrigante y parece indicar algún voto o promesa.

Se sucedían los banquetes nupciales y al tercer día apareció en el salón de su palacio una *infantería de pajes pequeños, que tomaron por invención que eran gente de ignota y lejana tierra, destrozados y vencidos por sus enemigos, quienes les habían destruido sus bienes y templos, pero que entendían recuperar sus bienes gracias a los señores condestable y condesa. Y que puestos de camino hacia aquella ciudad, al penetrar una selva apareció una fiera y fea serpiente que se los había tragado, y pedían subsidio para escapar de ella. De la puerta de otra cámara asomó la cabeza de la dicha serpiente, muy grande, hecha de madera pintada, y por un artificio lanzó por la boca uno a uno a los dichos niños, entre grandes llamaradas. Y los pajes, como traían las faldas, mangas y capirotes llenas de agua ardiente, salieron ardiendo. Fue cosa que mucho gustó* (11).

Durante más de tres semanas se transformó la ciudad en escenario de torneos, juegos teatrales, danzas, mascaradas e invenciones diversas, siendo distribuidas por los contrayentes tal cantidad de dádivas y mercedes, que el cronista describe la partida de tantos atabaleros, pandeteros, tañedores de cuerda, trovadores, locos y truhanes que las habían recibido en recompensa por su participación, con esta colorista imagen: *Salieron todos cargados como si hubieran puesto a saco algún lugar de enemigos* (12).

A partir de entonces, el ciclo litúrgico anual fue estructurado por el condestable de modo que se aunaban diversiones y ejercicios bélicos. Así, en la Pascua de Resurrección subía con su corte a la torre del palacio, bien provistos de huevos cocidos, para entablar combate contra el castillo de madera sobre ruedas donde se parapetaban los hortelanos, y se llegaban a intercambiar el disparo de más de diez mil huevos; en la Pascua del Espíritu Santo soltaban osos y los corrían con perros alanos por las calles de la ciudad; el día de San Juan salían al río a enramarse y cubrirse con flores, escaramuzando luego un bando que hacía de cristiano y otro que se disfrazaba de moro; el día de Santiago se repetía el juego; por la Virgen de Agosto se corrían toros en el mercado del arrabal; el día de Navidad se representaba la *historia del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo y de los pastores*, que se prolongaba el día de Reyes con la His-

toria de cuando los Reyes vinieron a adorar y dar sus presentes a Nuestro Señor, encarnando a menudo el propio condestable el papel de uno de los Reyes Magos; en Carnestolendas celebraban los hortelanos un *torneo muy bravo de calabazas*, pegándose con ellas en la cabeza hasta que no quedaba ninguna entera. Y no se mencionan los continuos juegos de cañas y de sortija, mascaradas y juegos teatrales, justas y procesiones, saraos y convites, alboradas y conciertos. Todo ello impregnado de profunda religiosidad, ya que Miguel Lucas asistía al oficio de vísperas la tarde anterior a los domingos y fiestas de guardar, y en tales días oía misa tanto a la hora de tercia como de vísperas (13).

En el verano de 1462 se atreve a adentrarse por la comarca del Cenete, al pie de Sierra Nevada, pillando desprevenidas las guarrniciones de una zona que siempre había estado a resguardo de incursiones castellanas, obteniendo un considerable botín de cautivos, joyas y ganados. Luego reta al rey Ismael de Granada, quien reitera ser vasallo de Enrique IV. En las siguientes fiestas de Navidad se teatralizarán estos triunfos con unas *Burlas moriscas* en las que es vencido un estrafulario Mahoma, de un modo muy similar al que todavía se efectúa en la fiesta de moros y cristianos de un pueblo de la Alpujarra granadina (14).

En 1464 el rey le llama para una expedición por la vega de Granada, acudiendo vestido con ropa morisca y guiando con tal brío sus bien entrenadas huestes que casi toman la misma capital. Al final se contentaron con asentar nuevas treguas. Y al nombrar Enrique IV como maestro de Santiago al favorito de la reina, Beltrán de la Cueva, los otros dos maestros de Alcántara y Calatrava se rebelaron, viéndose obligado Miguel Lucas a olvidar el agravio personal recibido al ser postergado para el cargo y luchar en favor del rey y de su odiado Beltrán en la defensa de Baeza.

Bautizos, bodas y traiciones

Los Reyes Magos de 1465 trajeron una hija como regalo a la casa del condestable. Bautizada como Luisa, durante ocho días se brindó por su salud, siendo invitados todos los habitantes de Jaén a comer aves, cabritos y cerdos asados en hogueras en medio de las plazas. Hubo tantas danzas, coros, juegos, momos y personajes, que según el cronista: *todos andaban como locos de placer* (15).

A mediados de dicho año se complicó la situación política en Castilla, alzándose gran parte de la nobleza contra el rey, al que destituye-

El destronamiento de Enrique I en la farsa de Avila puso en acción al condestable en ayuda de su amigo y rey
(litografía del siglo xix)

ron simbólicamente en la *farsa de Avila*. Enrique IV replicó cercando Valladolid, y una de las pocas ayudas que recibió fue la de Miguel Lucas, que asoló las tierras de Calatrava, obligando al grueso del ejército de los conjurados a dirigirse contra él, sitiando su bastión de Jaén. Allí se dedicaron a quemar y talar los cultivos, prendiendo y matando a los cristianos realistas como si fueran moros, y con mayor crueldad, como se narra en los *Hechos*. Al quedar indecisa la guerra, se acordaron treguas, y en muchas coplas y cantares que a la sazón se hicieron (16) se dijo que gracias al condestable podía seguir Enrique IV reinando en Castilla. Precisamente una de estas canciones, para cuatro voces, es uno de los documentos de música profana española más antiguos que se conservan.

Vuelta la concordia, el año siguiente ocurrió un suceso que a punto estuvo de variar el rumbo de la Historia de España: el maestre de Calatrava (Pedro Girón, hermano del marqués de Villena y otro de los acérrimos enemigos del condestable) obtuvo licencia papal y se dirigió a Madrid para desposar a la hermana del rey, la infanta Isabel, con el propósito secreto de matar luego al monarca y coronar a su esposa. Pero los hados no le fueron propicios, y yendo de camino *adolescí en Madridejos, y murió, sin seso, a los cuatro días*, como dirá con satisfacción el cronista al servicio de Miguel.

Vuelve a estallar la guerra civil, dedicándose el Condestable a controlar las comunicaciones entre Toledo y Andalucía. En este punto, se intercala en los *Hechos* la siguiente coplilla: *Lealtat, ¡Oh lealtat! Lealtat, dime, ¿do estas? Vete, rey, al Condestable/ y en él la fallaras* (17).

Y por mantener su lealtad Miguel Lucas llega a verse en graves apuros, traicionado en el propio Jaén por varios nobles que, de acuerdo con el obispo, se rebelan y se apoderan de los alcázares, prácticamente inexpugnables. La solución adoptada por el condestable para recuperarlos no deja de ser peculiar: ofrece el matrimonio de su hermana con el hijo del alcaide Quesada, jefe de los sublevados, emparentando así ambas familias.

En 1468 nace su hijo y heredero Luis, pero los tiempos eran sombríos y los recursos escasos, por lo que apenas se festejó el acontecimiento que llevaba largo tiempo esperando. Recuperado Toledo por el rey, Isabel y los nobles le vuelven a reconocer como soberano en Guisando. Calmada la situación, acude Enrique IV a descansar en Jaén, junto a su leal amigo, partiendo luego para recobrar Córdoba y Sevilla. Y mientras esto hacía, cuenta la crónica que *el príncipe de Aragón... entró en Castilla, sin voluntad y placer del rey Nuestro Señor... y vino a Valladolid, y como llegó lo desposaron con la princesa Isabel... Y luego otro día se veló con ella, y se la entregaron y consumó el matrimonio por cópula carnal* (18).

Seguía Miguel Lucas agobiado por los continuos ataques de caballeros moros y de malos

cristianos y se le ocurrió pedir ayuda al papa Sixto IV.

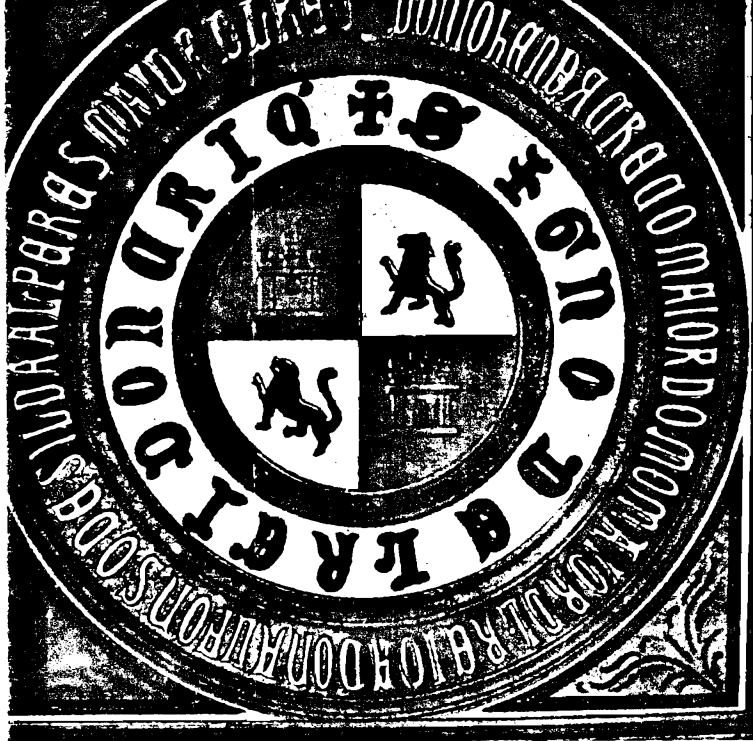
En su carta se presenta como un luchador en primera línea de la defensa de la cristiandad y le comunica el reciente ataque del rey de Granada a dos poblaciones fronterizas, donde *ni perdonaron a la sagrada iglesia... llegaron al altar y al sacerdote revestido y a un monje que habían dicho misa dieron tantas y tan fieras heridas que ninguna figura de hombres en ellos quedó, acuchillaron las santas imágenes, deshonraron el crucifijo, la devota figura de Nuestro Señor quemaron, blasfemaron el nombre de Cristo, arrastraron las reliquias y ningún linaje de injuria supieron que a Cristo le dejasen de hacer* (19).

Escrita el 15-X-1471, en la carta solicitaba al Papa que promulgase una nueva Cruzada para que los caballeros de la cristiandad acudiesen a ayudarlo en su lucha contra los mulumanes. Y por los avatares políticos, poco después de esta solicitud tuvo que enviar sus tropas a combatir, no a sus enemigos moros, sino al marqués de Villena (que había sido nombrado maestre de Santiago), que atacaba al realista duque de Medinaceli en Sevilla, con el estandarte con la cruz roja desplegado al viento. Y con tales graves acontecimientos concluye la crónica de los *Hechos del condestable*.

El final de un linaje

Casi tan pocos datos hay sobre su muerte como sobre su nacimiento. Lo seguro es que el 22 de marzo de 1473, mientras asistía en la catedral de Jaén a la liturgia del día de San Benito, fue atacado por dos ballesteros, al mando de un gentío que se abalanzó sobre su cuerpo malherido, golpeándole hasta desfigurarle. Según un historiador local de 1794: *Su muerte se dice que fue por querer sosegar el alboroto y persecución contra los judíos, que entonces andaba muy sangrienta en esta Ciudad, como en las de Córdoba y Sevilla. Otros la atribuyen a diferente motivo. Lo cierto es que el Rey la sintió mucho, y esta Ciudad perdió un gran Valedor* (20).

El cuadro general que permite indagar en las circunstancias de su asesinato lo proporciona Vicente de la Fuente en su *Historia Eclesiástica de España*, al relatar que, a mediados de marzo de 1473, pasaba una procesión por las calles de Córdoba cuando una moza arrojó agua sobre el palio que cubría la efígie de la Virgen, desencadenando la irritación de los presentes. Don Alonso de Aguilar (que era primo de la esposa de Miguel Lucas) trató de calmar los ánimos, pero terminó alanceando a un herrero, cristiano viejo, que acaudillaba a la multitud. Esto provocó un gran alboroto contra los nobles, la matanza de cristianos nuevos y el saqueo de sus casas. La venganza se extendió a otras localidades andaluzas, como Montoro, Bujalance y Jaén, e incluso en Segovia fueron atacados los conversos (21).



Sello rodado de
Enrique IV (litografía de
Pujadas, siglo XIX)

La calavera del condestable Iranzo, con las huellas de los golpes recibidos, se conserva en la capilla familiar de la misma catedral donde sucedió el percance. Y lo que no podía haber imaginado es que fueran cristianos y no moros quienes pusieran tal colofón a su existencia de defensor de la cristiandad, casi seguro que bajo la acusación —real o infundada— de sus antepasados judíos. Pero su espíritu al menos se habrá aliviado en caso de enterarse de que, meses después, mientras uno de los instigadores de su muerte se vanagloriaba en una taberna de Sevilla, fue preso por orden del duque de Medinaceli aliado de Miguel. Y la condena fue que lo ataran a cuatro caballos y terminase desmembrado o cuarteado.

Respecto a la suerte de su familia, su viuda, la piadosa señora de Torres, escapó de Jaén disfrazada de labradora y con la dote de algunas joyas que se llevó. Tomó el hábito de Santa Clara, en Écija, bajo el nombre de Luisa de la Cruz. Pronto adquirió fama de santidad por sus virtudes y durante una estancia de los Reyes Católicos en dicha villa, su hijo Luis, que había entrado al séquito de la reina, la reconoció. Isabel la nombró primera abadesa del monasterio que decidió fundar en el Albaicín, en el que fuera palacio de la madre de Boabdil, llamado de Dar-al-horra o de la mujer libre. Allí se instaló con veinte monjas de su orden de clausura y hasta tal punto siguió gozando de aureola de santidad que el virrey de Granada le quitó una de sus tocas sin que ella se percatase, a fin de hacer una camisita con la que fue vistiendo a sus hi-

jos como medio para atraerles la protección divina (22).

En cuanto a su hijo Luis, también se entregó a la vida religiosa, tomando el hábito franciscano en 1499 y falleciendo al año siguiente en Guadix tras dejar un corto pero intenso ejemplo de piedad. Por su parte, el hermano y asistente de Miguel Lucas, el comendador de Montizón, perdió todo su poder militar, como refleja el que al ser llamados los hombres de armas castellanos para el sitio de Baza, sólo pudo acudir con dos jinetes a su servicio. A partir de entonces se perdió su rastro. Y el palacio de Jaén, donde tantas fiestas e invenciones se habían desarrollado, fue convertido en sede del Tribunal del Santo Oficio.

En resumen, como escribió Galíndez de Carvajal en 1517:

Así, en este condestable don Miguel Lucas comenzó su linaje y en él acabó (23).

NOTAS

- (1) En «La Chronique de Miguel L. de Iranzo: Quelques clartés sur la genèse du théâtre en Espagne», *Bulletin Hispanique* XLIV (1942-3).
- (2) En su *Crónica de Enrique IV*, según Mata Carriazo, en el estudio introductorio a la edición de los *Hechos del Condestable*, p. XXXVII.
- (3) *Crónica latina de Enrique IV*, Lib. III, Cap. 3.
- (4) El P. Mariana en su Lib. 2, Cap. 19 y Lib. 23, Cap. 19. Salazar de Mendoza en sus *Dignidades seculares*, Lib. 3, Cap. 20.
- (5) En la p. XXXI de su introducción a los *Hechos del Condestable*, editada por Espasa-Calpe, 1940.
- (6) En *Adiciones genealógicas a los «Claros varones» de F. Pérez de Guzmán*, cit. por Mata Carriazo, p. XXXVIII.
- (7) *Hechos*, Cap. I.
- (8) *Ibidem*, p. 31.
- (9) *Ibidem*, Cap. IV.
- (10) *Ibidem*, p. 49.
- (11) *Idem*.
- (12) *Idem*.
- (13) *Ibidem*, Cap. XV.
- (14) Ya José Amador de los Ríos, en su *Historia Crítica de la Literatura Española* (Madrid, 1865), indica que estas burlas pueden ser el origen de las actuales fiestas de moros y cristianos (T. VII, p. 469).
- (15) *Hechos*, Cap. XXIV.
- (16) *Ibidem*, p. 288.
- (17) *Ibidem*, p. 328.
- (18) *Ibidem*, p. 413.
- (19) *Ibidem*, p. 473.
- (20) José Martínez de Mazas, *Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén* (Jaén, 1794), Ed. facsímil El Albir, Barcelona, 1978, p. 101.
- (21) 2.^a ed., Madrid, 1874, T. V., pp. 25-26.
- (22) Fray Alonso de Torres, *Chronica de la Santa Provincia de Granada* (de la Orden franciscana) (Madrid, 1683), fol. 489.
- (23) *Op. cit.* nota 6, p. 453.

Las fiestas de los jesuitas en España

Por M.^a Luisa Parrondo y Demetrio E. Brisset
Historiadora-Antropóloga

PARECE indudable que, entre las diversas entidades reglamentadoras de los festejos públicos, las órdenes religiosas han ejercido un intervencionismo más sostenido. Se puede considerar a los benedictinos como iniciadores de tal actitud, con su máxima expresión en los reformistas de Cluny, que consiguieron la unificación litúrgica según el rito romano. Les seguirían los dominicos y franciscanos, con el traslado de las preces a los espectáculos profanos, mientras que los jerónimos incorporaban elementos profanos a sus solemnes oficios litúrgicos. Pero quizás los que perfeccionaron el método de entrelazar lo piadoso con lo lúdico fueron los jesuitas, la orden organizadora de algunas de las fiestas más lucidas que se hayan efectuado en España, como se apreciará a continuación.

En 1540 fue aprobada por el Papa la *nueva orden de caballería* llamada Compañía de Jesús. En 1556, cuando ya supera el millar de miembros, enferma de gravedad su fundador, Ignacio de Loyola:

Hallábase en la agonía, y su pensamiento creaba todavía, puesto que en el lecho del dolor compuso para la Sociedad las Cuarenta Horas, que después adoptó la Iglesia universal, y que sigue celebrando en los tres días de Carnestolendas (1).

Mientras el P. Ignacio expiraba en pleno combate mental contra la concupiscencia carnavalesca, la Compañía se extendía por España de la mano de inflamados militantes anticarnales, como el andaluz P. Basilio, del que se refieren buen número de proezas oratorias, como la conseguida en Sevilla, donde *los esclavos morenos entreteníanse las fiestas en unas bárbaras danzas, que ellos llaman zambras; el baile no muy honesto, por la junta de varones y hembras ocasionada y peligrosa. Sacólos de ella el P. Basilio, y llevólos en orden de procesión cantando la doctrina cristiana por la ciudad*. Designado Rector del colegio inaugurado en Granada, nada más llegar a la ciudad se enteró que había una multitud en la plaza de Bibarrambla aguardando el inicio de la fiesta de toros y cañas, y allí se presentó abrazado al estandarte de la cruz, cantando la doctrina. Tras su prédica se encaminó a rezar a la catedral, seguido por buen número de compungidos fieles que así se libraron de *ocasiones de muchos pecados*, como sentenciará admirado el anónimo cronista de la orden (2).

Volviendo a su sede romana, al año de morir el

P. Ignacio, los estudiantes representaron un drama en el colegio. Poco después se establecía la distribución pública de premios al final del curso, con espectáculos preparados entre alumnos y profesores.

Disfrazar los sermones

Autorizado por Roma el uso didáctico del teatro, varios padres de la Compañía empuñarán la pluma, destacando el P. Pedro Pablo Acevedo. En la ya citada crónica manuscrita del XVII se nos informa que el P. Acevedo *se ocupó en leer la retórica más de veinte años en las escuelas de Córdoba, Sevilla y Madrid... Hizo mil ensayos para hacer sabrosa la virtud a los mozos, y en estilo y nombres de comedias, enseñó al pueblo a reconocer sus vicios en personas ajenas... Trocó los teatros en púlpitos, y despidió a los hombres de sus representaciones más corregidos y contritos*. Se puede tomar como programático de su intento por *disfrazar los sermones*, lo que escribió en el prólogo a una comedia suya representada en Medina del Campo entre 1560-66:

Y por eso es menester / con lo sabroso envolver / lo que amarga, / Porque no nos sea carga / lo que nos cumple saber (3).

Al principio escribió sus obras en cinco actos y en latín, pero luego transigió con la lengua romance. Las más conocidas son la *Tragedia de S. Hermenegildo* (con escenario en forma de castillo) y *Lucifer Furens*.

Cavilando sobre el indolente carácter de los españoles, unos jesuitas extranjeros creyeron percibir la nefasta influencia de las corridas de toros, condenando *esta diversión nacional que sólo inspira inclinaciones sanguinarias... (y) Convencido Pío V de los motivos de humanidad que impulsaron a los jesuitas, expidió un breve pontificio dirigido a los habitantes de Córdoba, en que después de hacerles conocer toda la extensión de su horror, mandaba que se aboliesen las corridas de toros (4)*. Corría el año de 1567, y la medida no gustó ni a Felipe II ni a sus súbditos, por lo que la prohibición de los toros en toda España

San Ignacio de Loyola, exorciza a los endemoniados, por Rubens (K. K. Gemäldegalerie. Viena)



bajo pena de excomunión tuvo que ser abolida poco años después.

Perdida la batalla de los toros, los jesuitas desencadenaron la de las comedias. El primer paso fue prohibir a sus discípulos, *ir a comedias y otras representaciones profanas* (5).

El segundo, regular las representaciones escolares. Así, en la *Ratio Studiorum*, esa recopilación de reglas sobre la distribución del tiempo, deberes, libros de texto, prácticas y otras materias, que constituyen su método propio de enseñanza, se dictamina que:

Es indispensable que las tragedias y comedias, que sólo deben ser compuestas en versos latinos, y cuyo uso debe ser muy raro, tengan un objeto santo y piadoso... y que jamás se introduzcan personajes hembras, y mucho menos el traje del otro sexo (6).

En esta política global restrictiva se puede ver la mano del portugués P. Fonseca, uno de los autores de la *Ratio* (en 1582). Nombrado Visitador de Portugal, la provincia de la Compañía con mayor fuerza, se encargó de formular la postura oficial en contra del fenómeno del auge de los Corrales de Comedias, en los *Fundamentos por los cuales parece se deben prohibir las comedias que hoy se representan*, que debió escribir hacia 1584. Su objetivo es que se prohíban las comedias hechas por mujeres y hombres vagabundos, tolerando tan sólo:

Los autos y farsas que de cuando en cuando, por ocasión de alguna fiesta, se representan por hombres de la tierra y mancebos honestos sin los escándalos y daños que se siguen de las comedias que ahora se usan... (ya que) las comedias son puertas de las heregias... que todas se fundan en libertad de carne y soltura de vida. Ni siquiera admite su consecuencia beneficiosa de recaudar dinero para el mantenimiento de hospitales y obras pías, ya que la primera enfermedad de la República es la pérdida del pueblo. Procede luego a clasificarlas según sus temas a lo divino, de historias humanas e indiferentes, y otras son de materia de amores, con algunas palabras blandas y también un poco lascivas, pero no son ilícitas en sí, pero, al ser infames los actores, ¡y especialmente las mujeres!, ya se convierten en materia de escándalo. Con gran perspicacia, llega a rechazar que la censura previa sea eficaz, ya que exigiría la asistencia a cada función de un oficial del Santo Tribunal con un libretto aprobado en la mano, y dejando aparte el número de funcionarios requerido, meneos y gestos no se escriben para que puedan ser primero examinados por el Santo Oficio, y es evidente cuánta fuerza tienen y cuán provocativos son para todo mal los requiebros, el aire del rostro y ojos de tales mujeres. Por ello, la solución que propone es que se libre este reino de un tan grande mal, porque sería aún peor que representasen los hombres en traje de mujeres.

En 1593, en la granadina Guadix, tuvo lugar la primera de las fiestas públicas de los jesuitas que conocemos en España, para celebrar que unos

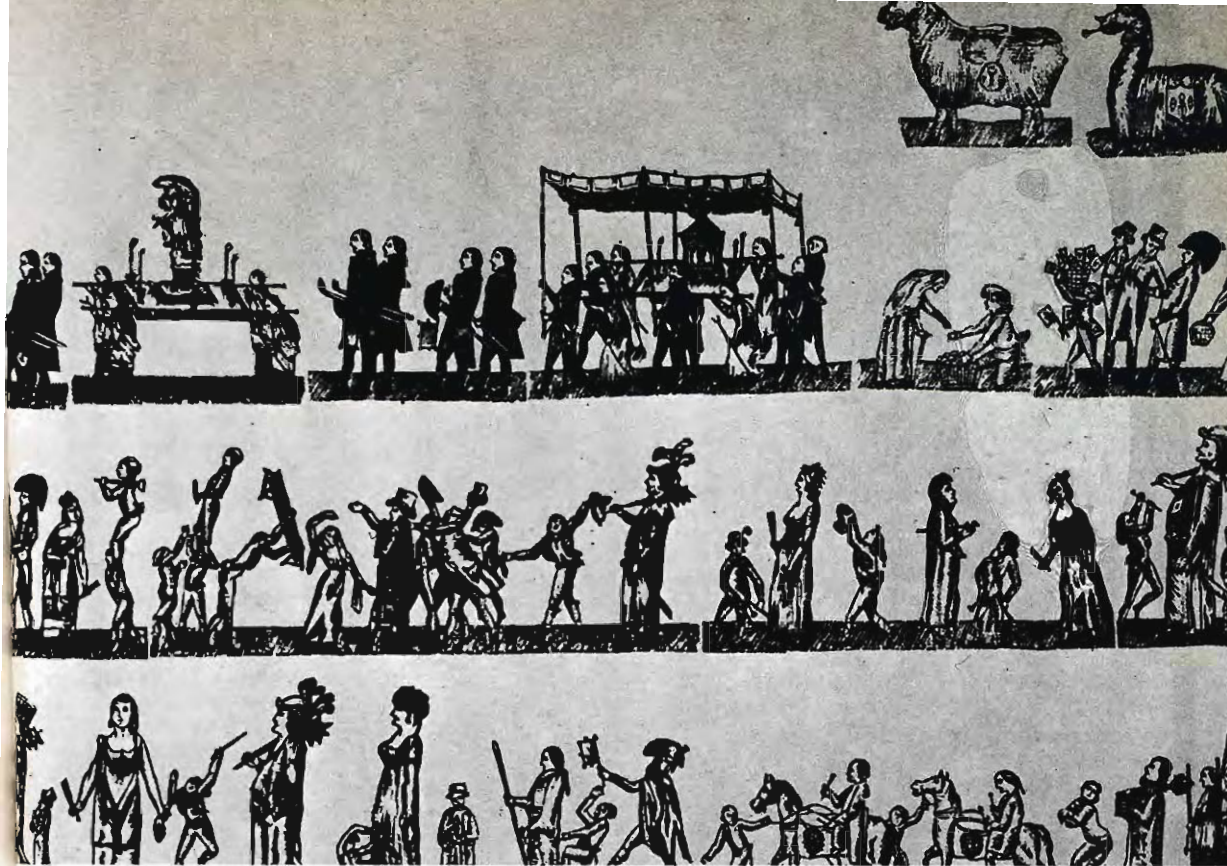
padres de la Compañía hubieran llegado desde Celanova (Galicia), transportando un dedo y la canilla de un brazo del legendario fundador del obispado de Guadix, San Torcuato, uno de los Varones Apóstolicos. Por tal fasto motivo se organizó una procesión con danzas, música, soldados y otros regocijos, aderezados con un sermón de un predicador de la Orden (7).

Con el siglo XVII llegarán las grandes fiestas jesuitas. Ya en 1604, para honrar la entrada del nuevo Arzobispo de Tarragona, los alumnos de su colegio organizaron una batalla callejera de Moros y Cristianos (8).

Prueba de fuego

Poco después, en 1609, el historiador jesuita P. Mariana, que fuera preceptor de Felipe III, publica su *Tratado contra los juegos públicos*, donde propugna que *los faranduleros se deben de todo punto desterrar de las fiestas del pueblo cristiano y de los templos* (en el cap. VII). A los ya conocidos argumentos del P. Fonseca, especialmente el de la infamia de las actrices, se añade la condena de los meneos lascivos en las honras festivas de los santos e incluso en las procesiones del Corpus. Según él, la consigna a cumplir era utilizar al máximo las formas de los espectáculos, alejando a los profesionales de la escena, para conseguir así elevar la piedad pública. Era un reto intelectual, pero la Compañía disponía de herramientas forjadas en la pedagogía escolar, y miembros con desbordante imaginación. La ocasión para plasmar el proyecto no tardó: al año siguiente (1610), el Papa beatificaba al fundador de la Orden. Fue la prueba de fuego de su intervencionismo festivo, planteado con la misma mentalidad de combate que el P. Ignacio les había insuflado.

En la ciudad de Granada, mientras se aplicaban las medidas de expulsión de los moriscos, los cincuenta enseñantes de su colegio se esforzaron en ofrecer una de las más grandiosas fiestas registradas en los anales locales. Hubo una Justa Literaria (entre sus premios, uno dedicado al mejor soneto sobre la castidad del santo), máscara de caballeros, escaramuzas de los jinetes de la costa, y otras diversiones, que culminaron en la víspera del gran día con los actos que describe una *Relación* coetánea: una de sus amadas cofradías, la Congregación del Espíritu Santo, formada por *mercaderes, escribanos y gente honrada de plaza*, montó unos espectaculares fuegos de artificio. De un lado estaba la Torre de Babel, coronada por un Lucifer gigantesco. Enfrente, otro gran castillo dominado por el Beato P. Ignacio. Al descender la paloma del Espíritu Santo sobre el hombre del beato, después que se hubieran intercambiado ambas fortalezas innumerables disparos, de su mano alzada partió un rayo flamígero que impactó e incendió el castillo enemigo. Acabados los fuegos, salieron los estudiantes de sus escuelas formando una *pandorga* o



Procesión de las reliquias de san José Oriol en Barcelona a finales del siglo XVIII, un cortejo parecido a los organizados por los jesuitas con motivo de canonizaciones y fiestas sacras

mascarada ridícula, cuyo plato fuerte era un carro con una especie de órgano compuesto por ocho perros, que ladraban desafortunadamente al ser pinchados por el *organista*.

El siguiente jalón en la escalada festiva llegó en 1620, con la beatificación del P. Francisco Javier. Sería en el emporio jesuítico de Lisboa, aún bajo la corona de los Austrias hispánicas, donde las alegrías públicas obtuvieron su eco más resonante, con la apoteósica Entrada Triunfal del beato que, simbólicamente, regresaba en barco desde sus tierras de misión. Los 1.800 colegiales participaron en un multicolor cortejo que acompañó la imagen del misionero por las calles de la urbe, disfrazados como ríos, cordilleras, monstruos marinos, tifones, nativos de China y Japón, ídolos y reyes asiáticos cautivos, vencidos todos por las virtudes del nuevo beato. También destacaron el diálogo de los niños de la Doctrina para dilucidar cuál de los continentes debía más a S. Francisco, y el combate de fuegos artificiales entre Hércules y la Hydra de Siete Cabezas. Consiguieron los jesuitas movilizar con tal arte a los lisboetas, que a punto estuvo la comitiva ciudadana del Corpus de salir también a honrar al nuevo

miembro de la corte celestial. Y es destacable la mezcla de mitos, personajes reales y abstracciones (9).

Dos años después llegaba un nuevo triunfo para prestigiar aún más a la ya poderosa Compañía de Jesús: simultáneamente son canonizados los beatos Ignacio de Loyola y Francisco Javier, junto con Teresa de Jesús, en lo que semeja acto de gratitud pontifical por la labor contrarreformista de las Ordenes por ellos encabezadas.

Coronas de santidad

Conocemos dos de la grandiosas fiestas con las que se celebró la concesión de la corona de la santidad a los beatos Ignacio y Francisco:

En Granada debieron esmerarse, ya que según los *Anales* locales, fueron *de las mayores fiestas celebradas en la ciudad*, resumidas por el cronista oficial como *Fiesta de jesuitas y descalzas carmelitas por sus canonizaciones. Se juntaron en procesión general, como en Corpus, para la que trajeron los padres de la Compañía a sus dos santos, ricamente aderezados y costosísimamente bordados sus vestidos en terciopelo negro* (10). A lo largo de quince días se sucedieron las danzas, adornos de altares, carros triunfales, paseos de caballeros, máscaras, juegos de cañas y otras invenciones, sin que faltara la inevitable justa literaria y poética. Para terminar de con-

figurar este *universo festivo jesuítico*, hasta se incluyeron las corridas de toros, aceptadas finalmente como mal menor.

Y en la imperial Toledo tuvo lugar una interesante novedad formal, que se podría calificar como *manipulación argumental*.

Primero se hizo la solemne procesión con las imágenes de los santos. En la plaza de Zocodover, sobre un tablado se construyó un galeón inmenso, con todos los elementos de navíos del Océano, rodeado por una escuadra de más de un centenar de mosqueteros y arcabuceros, a las órdenes de un Capitán. Al paso de la procesión dispararon salvas, entablándose luego una explosiva batalla con el empleo de *cohetes troneros, boladores, buscapiés, carretillas, globos de fuego* y tantos truenos, *que parecían hundir la ciudad*.

El domingo siguiente fue la fiesta de los Congregantes de la Anunciata, con un juego de cañas de pólvora en caballos fingidos. Luego, 14 actores representaron la *Comedia de nuestro señor Padre Ignacio: Se fingió una alegoría de la Sagrada Escritura, el desafío del Gigante Goliat y la destreza del Patriarca David entretejida con la vida del Santo Ignacio*.

Goliat se transformó en *Luthero desafiando a la Iglesia...* *Saúl* pregonó que quien se enfrentase al gigante obtendría a su hija Merob (la gloria de Dios). Los tres hermanos mayores de David (el santo P. Ignacio) le persuadieron a que tomase la hazaña por suya... la Virgen María (un niño ricamente vestido) se le apareció y ciñó el cinto con la castidad y pureza. Salió con báculo (obediencia al Sumo Pontífice) y cinco piedras (los cinco votos)... Tuvo un grande coloquio con el Gigante de la heregía. Después que se le apareciera S. Pedro para prometerle salud y victoria, derribó al gigante y le degolló, y trajo su cabeza en una pica alta... con lo que se remató el *Diálogo o Comedia, que duraría dos horas* (11).

La transformación del bíblico duelo en alegoría del triunfo ignaciano sobre el protervo Lutero, posee enjundia psicológica, y demuestra la aplicación práctica de las teorías festivas jesuíticas.

La Compañía se sentía eufórica, y se lanzaba a fiestas callejeras por los más peregrinos motivos, como la que hizo su colegio de Sanlúcar de Barrameda al concluir las obras de canalización del agua, con los niños disfrazados de soldados llevando en las manos vasos con el agua de la nueva fuente, y así *maregaron por las calles principales de la ciudad, cantando unas coplitas al propósito* (12). No extrañará pues, que en 1640, al cumplirse el I centenario de existencia de la milicia ignaciana, los fastos públicos se extendieran por la mayoría de las ciudades hispánicas.

Por aquellos años, que marcaron la crisis irreversible del Imperio, miles de *caballeros y nobles* rehuían la llamada a los campos de batalla y solicitaban su ingreso en la Compañía, que se constituyó en un auténtico poder. Por entonces florecía uno de los máximos representantes del ca-

suísmo o aperturismo en la consideración de lo pecaminoso, el P. Escobar y Mendoza, *bestia negra* que para Pascal y los jansenistas encarnaba su odiada moral jesuítica. Junto a su vasta producción moral, este autor escribió obras de teatro tales como: *El caudillo vizcaíno* (Iñigo, por supuesto), *La toma de Cáliz* y *El cerco de Santa Fe*, de las que no se tienen noticias, pero que por sus títulos habrían de mezclar lo épico y lo piadoso, y que al menos la última de ella debía estar conectada con el ciclo de comedias de *Moros y Cristianos* (13).

Los colegios de los jesuitas habían sido un semillero de autores teatrales tan prestigiosos como Lope de Vega, Calderón, Corneille y Molière, incitados por la pedagogía educativa que propugnaba el uso de los textos y técnicas teatrales a mayor gloria de la moral.

Pero el sector integrista no cejaba en su empeño, y nada más morir ese gran amante del teatro y las actrices que fue Felipe IV, consiguen su ansiada prohibición de todas las representaciones teatrales. Su artífice fue el P. Juan E. Nithard, ex militar alemán que se convirtió en confesor y valido de la regente, y que fue nombrado Gran Inquisidor (14). Las protestas arreciaron desde todos los sectores sociales, lideradas por D. Juan de Austria, hijo bastardo del rey y la cómica *la Calderona*, y al poco tiempo el jesuita alemán fue expulsado de España.

Regocijo en las canonizaciones

El intervencionismo festivo de los jesuitas había sufrido una estrepitosa derrota, pero muy pronto se repusieron. En 1671 se canonizaba al beato Francisco de Borja, uniéndolo ya eternamente con sus compañeros de gloria. El acontecimiento fue debidamente resaltado por los festejos organizados por el colegio de la Compañía en Granada:

El primer día, en medio de la iglesia, los escolares representaron un Coloquio o Comedia Simbólica del Santo. En el intermedio, sobre un tablado, se ejecutó una *danza de torneos militares*, con lanza y espada.

Al día siguiente salió la procesión general para conducir la imagen del santo a la catedral. Formaban la comitiva 50 arcabuceros marchando al ritmo de los tambores de dos negrillos, la *soldadesca* infantil, la comunidad jesuítica con sobrepellices y cirios, los caballeros de la ciudad y tres danzas que alegraban a los asistentes (15).

Poco años después, en 1683, con motivo de la decisiva victoria de la Casa de Austria al liberar Viena del asedio turco, los jesuitas sevillanos unieron tal alegría con la efemérides de San Francisco Xavier, apóstol de la India, celebrándolo conjuntamente con una *Máscara Burlesca*.

Así, los estudiantes de su colegio salieron a recorrer la ciudad en el siguiente orden: un clarinero, dos sacristanes sobre un pollino pegados por los cogotes; doce moros con escopetas, bande-

ra, capitán y paje; dos dueñas con dos niños con cencerros (representando a Rómulo y Remo); Ulises y la hechicera; las diosas de la belleza Venus, Juno y Palas, y el pastor Paris con la manzana dudando a cuál premiar; un carro con la fábula de Vulcano y Marte, sobre un castillo con un cíclope y cuatro negros armados; el dios Pan, como cabrón, tocando la gaita, con el rey Midas; Hércules y Aquiles; la Luna a caballo; un Aventurero Alemán con la cabeza de un turco en lo alto de la pica; dos matachines disputando por una novia; otro carro con la fábula de Baco, representando una taberna; un barbero rasurando un gato; Flora y Cupido; nuevo carro en forma de galera con dos diablos tratando de raptar a Proserpina, rodeados por Plutón, Júpiter y Ceres; una parturienta que paría un gato; el carro de las Musas;... y muchos más personajes que sería enojoso enumerar, seguidos por varias cuadrillas en plan serio y militar (16).

Por la descripción que ofrece el manuscrito coetáneo, parece más una fiesta pagana que católica. De hecho, elementos simbólicos y temas como los del macho cabrío, Hércules, la Luna, la taberna de Baco y el rapto de la doncella, se encuentran tan profundamente inmersos en el inconsciente colectivo, que son capaces incluso de penetrar a través de una procesión-mascarada jesuitica en la Sevilla de finales del Siglo de Oro.

Ejerciendo su característico pragmatismo, por esos años la Compañía propuso la candidatura de S. Francisco Javier para el patrocinio contra la peste, que era uno de los patronatos más lucrativos.

Los jesuitas dominaban ya media Iglesia católica, y disponían de abundantes locales propios en donde recogerse y organizar allí sus actos (17), diluyéndose el antiguo énfasis combativo que impregnó sus fiestas públicas. Sólo nos consta una gran fiesta callejera a lo largo del siglo XVIII:

El motivo fue otra canonización doble, la de S. Luis Gonzaga y S. Estanislao de Kostka. Corría el año 1727, y los jóvenes teólogos de la Compañía que estudiaban en Salamanca (en su mayoría navarros), fueron los impulsores del festejo celebrado en dicha ciudad. El primer acto consistió en una mojiganga pedagógico-barroca con un carro triunfal, en la ya canónica expresión simbólica de los jesuitas. Y recalando sus métodos, para hacer que *quedara más impresa en la memoria* la gloria de los nuevos santos, inventaron un segundo acto sorprendente. Después de un encierro clásico de toros, salieron los futuros sacerdotes en otra mojiganga menos erudita, que incluía personajes del *Quijote* y que culminó con bailes en la plaza de toros. A la hora de la verdad, los toros fueron lidiados por los novicios navarros, varios de ellos disfrazados de damas, y el resto de galanes y volantes (18).

Da la impresión de que la brava orden se había vuelto acomodaticia, y el que sus mismos novicios toreasen disfrazados de mujer hubiera sido inimaginable en la etapa heroica de los com-

bates espirituales. Parece ser una de las consecuencias de su transformación de mística milicia en imperio político-económico.

Cuando los reformistas ilustrados les expulsan de España en 1773, la Compañía de Jesús dirigía nada menos que 15 universidades, lo que da idea de su enorme influencia intelectual. Aunque ya no logran recuperar su antiguo esplendor, sus ideólogos mantuvieron un gran control sobre la conciencia colectiva merced a la eficacia de los Ejercicios Espirituales ignacianos, uno de cuyos fantasmas eran los carnavales, días en los que *crucifican los hombres de nuevo a Cristo*.

Y para concluir con este repaso a la aportación festiva de los jesuitas, les cabe el honor de ser los precursores del *cine de mensaje*, al emplear desde antiguo el invento de la Linterna Mágica para visualizar los horrores del infierno.

NOTAS

- (1) Creteanu-Joli, *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús*, Barcelona, 1853, 4 vols. La biografía de Inigo ocupa casi todo el primer tomo, su muerte en la pág. 257.
- (2) En la *Historia desta provincia de la Compañía de Jesús de la Andalucía* (manuscrito del S. XVII), I, cap. XIV.
- (3) Othon Arroniz, *Teatros y escenarios del Siglo de Oro*, ed. Gredos, Madrid, 1977, pág. 32.
- (4) Creteanu-Joli, op. cit., II, pág. 12.
- (5) P. Juan de Pineda, *Diálogos familiares*, fol. 351, citado por O. Arroniz, op. cit., pág. 43.
- (6) Creteanu-Joli, op. cit., IV, pág. 111.
- (7) Pedro Suárez, *Historia del Obispado de Guadix y Baza*, Madrid, 1696, pág. 81.
- (8) Joan Amades, *Las Danzas de Moros y Cristianos*, Valencia, 1966, pág. 102.
- (9) P. Diego Marqués Salgueiro, *Relaçam / DAS FESTAS / que a religião / da Companhia de Iesu / fez em a cidade de Lisboa, na Bea-/ ilicacçam do Beato P. Francisco de / Xavier*, Lisboa, 1621.
- (10) F. Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada* (1588-1646), ed. por Marín Ocete, Granada, 1934. Tuvieron lugar en agosto.
- (11) Un devoto de la Compañía, *Breve relación de las / fiestas que se hizieron en la Ciudad de Toledo a las cononizaciones de S. Ignacio de Loyola y S. Francisco Xavier*, Toledo, 1622.
- (12) Anónimo, *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia de Andalucía*, (manuscrito del S. XVII), I, fol. 12.
- (13) Ricardo García Villoslada, *Manual de Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid, 1941, pág. 298. También da los nombres de los dramaturgos del párrafo siguiente.
- (14) O. Arroniz, op. cit., pág. 47. La prohibición se promulgó el 22-IX-1665.
- (15) Un devoto del Santo, *Descripción breve / del Solemne y Festivo Culto / que dedicó / el Colegio de la Compañía de Jesús / de Granada / a su gran padre / SAN / FRANCISCO DE BORJA, grande de España*, Granada, 1671. Se califica la milicia escolar como *pígamea y donosa soldadesca, hijos de lo ilustre desta ciudad*.
- (16) Felipe Becerra, *Descripción / de la máscara / burlesca con que el día 3 / de diciembre de la India S. Francisco Javier / solemnizaron la victoria de las armas católicas, los estudiantes del colegio de S. Hermenegildo de la Compañía de Jesús de Sevilla*, Sevilla, 1683.
- (17) Los salones de actos de sus colegios son, a menudo, en provincias, el único lugar de espectáculo del pueblo y gustaban mucho, pues no había otra ocasión de ver obras de teatro (Jeanne Hamelin, *El teatro cristiano*, Ed. Casal y Vial, Andorra, 1950, pág. 134).
- (18) P. Isla S. J., *Descripción de la máscara o mojiganga que hicieron los Jóvenes Teólogos en la Ciudad de Salamanca...*, Madrid, 1787 (según Julio Caro Baroja, *El estio festivo*, Taurus, Madrid, 1984, págs. 271-2).

La Navidad

I. LA NOCHEBUENA
II. LOS SANTOS INOCENTES

III. EL CAMBIO DE AÑO
IV. LOS REYES MAGOS

Por Demetrio E. Brisset



Entre las fiestas que celebra ritualmente nuestra cultura, se pueden detectar dos bloques temporales: las que anuncian la primavera, sacralizadas en la Semana Santa, y las mascaradas invernales. Estas últimas conservan indudables rastros paganos, aunque han sido depuradas e integradas al orden pasional del calendario cristiano. En este dossier se procederá al análisis etnohistórico (en la línea del maestro Caro Baroja) de nuestras fiestas navideñas, que configuran un ciclo de 12 días en el que se conmemoran de modo entrelazado el nacimiento de Cristo y el del Nuevo Año. Se rastrearán las influencias de las religiones orientales y del Imperio romano y se describirán antiguas y enigmáticas tradiciones, que en parte siguen vigente y se acudirá tanto a la historia como a las leyendas para encontrar explicaciones.

La planificación y elaboración del presente Informe ha corrido a cargo del profesor titular de Antropología de la Universidad de Málaga, Demetrio E. Brisset, con la colaboración de la historiadora María Luisa Parrondo.

La Nochebuena

Cristianización de las fiestas del solsticio de invierno

LAS noches han ido aumentando su duración, hasta convertirse en las más largas del año. Esta época fría y oscura, conocida como *solsticio invernal*, es propicia para marcar el paso de un ciclo vital a otro. Lo que es señalado en gran parte del hemisferio Norte por la aparición de grotescos personajes enmascarados, que representan farsas como la del Oso y su domador y la del Cortejo nupcial. Estas tradiciones populares, que hoy día aún se conservan en numerosos núcleos rurales desde la cordillera Cantábrica hasta los Urales, nos recuerdan los lejanos tiempos en los que el ser humano tuvo que combatir contra los osos para apoderarse de los refugios en las cuevas, y también los rituales de fertilidad en los que se pretendía ayudar al astro solar a luchar contra las tinieblas que le estaban debilitando. Para que regresara el calor y la vegetación reviviese, era necesario expulsar a los espíritus malignos que se habían apoderado del territorio de los vivos. Y el fuego de las hogueras se convertía en valioso aliado.

Dentro de este contexto naturalista, el triunfo del invierno europeo, es donde debemos situar el marco ecológico que rige las festividades navideñas en la Península Ibérica.

El ciclo de las doce noches

El paso del tiempo se manifiesta en un doble ciclo: las fases lunares y los solsticios solares. Para los romanos del período imperial,

era crucial integrarlos, y con este propósito elaboraron sus fiestas cívico-religiosas que se intercalaban entre el final de un ciclo anual y el comienzo de otro, constituyendo en sí mismos otro ciclo temporal.

Este ciclo ritual comenzaba el 19 de diciembre, en plenas fiestas de Saturno, dios de las sementeras que había reinado en el Lacio en la época en que todos los hombres eran iguales y les habían enseñado a vivir con gran abundancia, en paz y casi sin trabajar; la esclavitud y la propiedad privada eran desconocidas. Por eso, se consideraba su reinado como la Edad de Oro de la humanidad, y la memoria de este dios civilizador era muy amada. Durante las *saturnales* se instalaba un interregno en el que se trastocaban los roles sociales: los esclavos ocupaban el puesto de sus amos; los hombres se transformaban en mujeres; los niños se convertían en reyes. El *desorden* se apoderaba de la sociedad, entre solemnes sacrificios, banquetes colectivos, intercambios de regalos y el enarbolar de antorchas. En la mitad del ciclo, el solsticio de invierno ejercía como pivote: también estaba en el justo medio entre dos solsticios de verano (seis meses antes y seis después). El ciclo concluía el 1º de enero con la fiesta de Jano, rey mítico de Italia que se representaba con dos caras (con una miraba el año viejo y con la otra el nuevo), en cuyo día comenzaba el año civil: los cónsules romanos entraban oficialmente en funciones y daban su nombre al nuevo año. En total habían transcurrido 12 días y 14 noches, por lo

que la luna se encontraba en la fase opuesta a la del comienzo de las fiestas.

La Iglesia latina trasladó ligeramente el *ciclo de los doce días*, comenzándolo con la Nochebuena y acabando en la Noche de Reyes. Pero no pudo evitar que en esta jornadas proliferase lo grosero y lo obsceno, rivalizando la gente en burlas y canciones paródicas. Incluso se mantenía la superstición de asumir que cada día representaba a un mes: según como transcurría la jornada (temperatura, lluvia, etc.) servía como presagio para el tiempo que haría en el correspondiente mes.

En cuanto a fijar civilmente la duración de estas fiestas, es curioso el sistema empleado por el rey de Noruega, Haakon el Bueno, a mediados del siglo X, cuando se convirtieron al cristianismo. Dado que sus súbditos celebraban una *fiesta de la cerveza* en mitad del invierno, decidió cristianizarla marcando un límite temporal, al margen de toda consideración teológica: así, prescribió que en tales fechas se celebrara la Navidad con banquetes en cada casa, y que la fiesta duraría hasta que se hubiera bebido una medida de cerveza, equivalente a 17,5 litros. De todos modos, ►



En la portadilla, *la Sagrada Familia*: la Virgen, santa Isabel, Jesús, san Juan y, al fondo, san José (lienzo conocido como *La Perla*, por Rafael, Museo del Prado, Madrid, según una plumilla del siglo XIX). En el pase, uno de los símbolos culinarios de la Navidad: el pavo. Derecha, *Jano bifronte* (anverso de la moneda romana más antigua que se conoce, siglo IV a. C.). Abajo, *La Adoración de los Reyes Magos* (por Durero, Uffizi, Florencia).



para no agravar a los buenos bebedores, si pagaban un impuesto especial podían repetir el volumen de bebida y continuar con la celebración. Respecto a España, fue Carlos V quien reglamentó en su Imperio que: *Para mejor solemnizar la fiesta de la Natividad (...) sean feriados desde la vigilia de la dicha fiesta hasta la fiesta de los tres Reyes inclusive, en la Real Audiencia y otras Cortes* (IV Cortes de Monzón, 1542), lo que parece un precedente de nuestros *puentes festivos*.

Precedentes en las religiones orientales

A la hora de rastrear los rituales religiosos que pudieran haber servido como precedentes para las fiestas navideñas, encontramos que en el Antiguo Egipto estas fechas del año estaban consagradas a la procreación y energía vital, con la celebración de los *Misterios de Osiris*: en el interior de los templos se modelaban, en honor de este dios, unas figuritas de arcilla húmeda, dentro de las que insertaban granos de trigo. Tras unos días de penitencia de los fieles, cuando las semillas germinaban se consideraba que el dios había revivido. Y es muy significativo que hoy en día, los coptos o cristianos egipcios, en el ayuno de la Natividad, meten granos de trigo, garbanzos o lentejas en algodón húmedo, para que germinen, continuando, quizá sin saberlo, el gesto mágico del *misterio osiriaco*. Luego, con tales granos confeccionan pasteles que se regalan mutuamente. Pero quizá el más directo predecesor sea el culto al dios persa Mitra, que los legionarios extendieron por todo el Imperio romano en el siglo II d. C., asociándolo con el *invencible sol*, cuyo nacimiento celebraban el 25 de diciembre con hogueras.

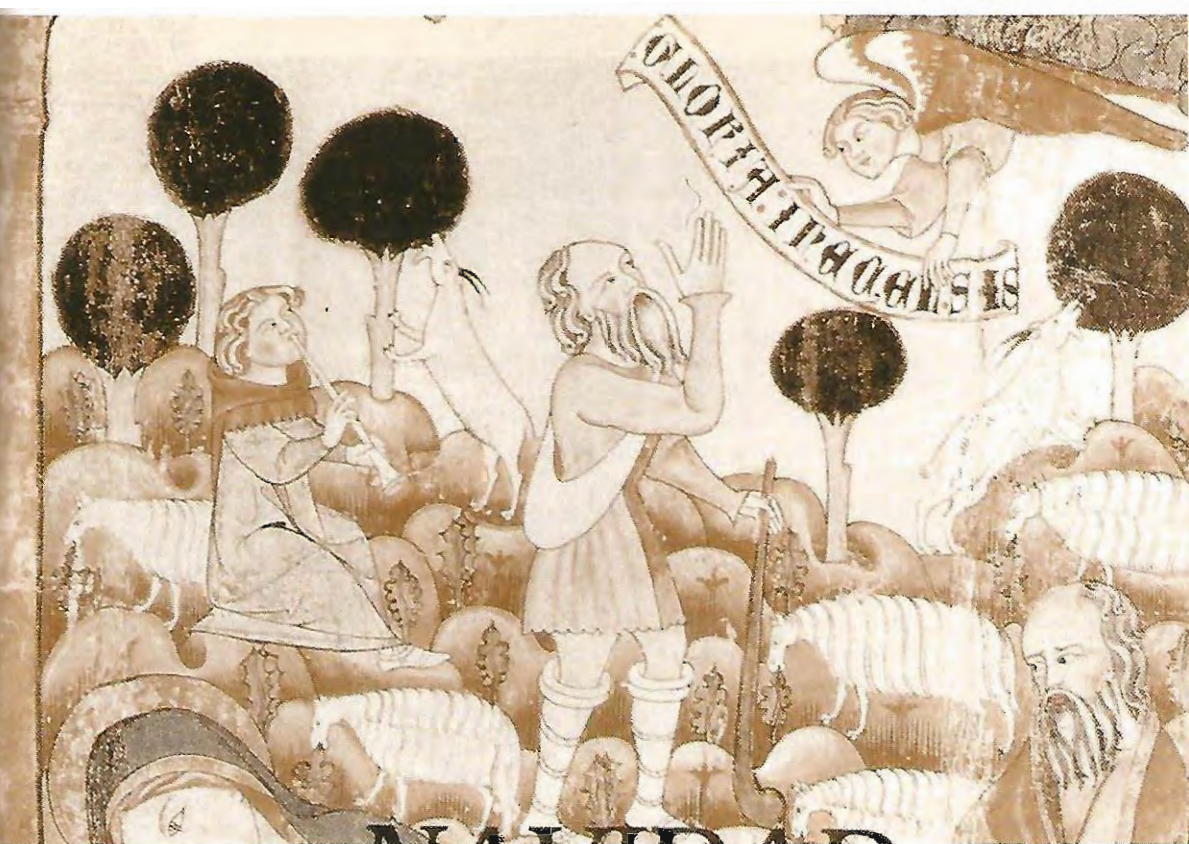
Según las investigaciones de Fritz Sax, Mitra es una divinidad aria anterior a la separación entre indios y persas. Su referencia más antigua es del siglo XIV a. C., en Asia Menor. Asociado en la literatura sánscrita con el sol y con el dios de las batallas para las tribus persas, es un guerrero victorioso con el nimbo de dios del cielo, que otorga la lluvia y la fertilidad, vigila el carácter sagrado de los contratos y protege el ganado. Esta religión era misteriosa y sus cofradías reducidas, como lo atestigua la pequeñez de sus santuarios, que se encontraban en cavernas o criptas subterráneas, donde no se permitía entrar a las mujeres.

Los cultos giraban en torno a comidas colec-



tivas en conmemoración del banquete de Mitra con el sol tras sacrificar al toro. La sangre de este toro, convertida en pócima de la inmortalidad, y el rito de su nacimiento de una roca cada 25 de diciembre, eran el centro de su fe. Esta religión iraní rivalizó con la cristiana, con la que compartió la santificación del domingo (día del Sol) y la oblación del pan, además de varias analogías iconográficas, como eran la representación de Mitra naciendo en medio de los pastores, haciendo brotar el agua milagrosa y resucitando a los muertos al final de los tiempos. Y en el culto de este dios de la luz y los guerreros, los fieles se disfrazaban con máscaras de animales. En el siglo III d. C., estuvo tan cerca de convertir al Occidente greco-latino que, en palabras de Renan: *Si cualquier enfermedad mortal hubiese frenado el auge del cristianismo, el mundo habría sido mitraísta*.

Era tal la popularidad del culto *mitraico*, las *saturnales* y las *januarias*, que marcaron su huella en el calendario cristiano. De hecho, los evangelios nada dicen respecto a la fecha del nacimiento de Cristo, y por ello, no se celebraba en los primeros tiempos. Hasta que los cristianos orientales acordaron conmemorarlo el 6 de enero, hecho que se extendió al resto de la Iglesia. Pero los fieles seguían participando de las fiestas paganas que se hacían en el solsticio al nacimiento del sol, por lo que, alarmados los



Izquierda, *Representación de Mitra* (procedente de la Casa de Mitra, Cabra, Museo de Córdoba).
 Arriba, La adoración de los pastores (retablo de Ayala, siglo XIV, Chicago Art Institute)

doctores de la Iglesia latina, a comienzos del siglo IV resolvieron que la Navidad o celebración del nacimiento de Cristo sustituyese al del Sol Invencible, dejando la Epifanía para el 6 de enero. El propio san Agustín admitió tácitamente el origen pagano de la Navidad al exhortar a los cristianos a no celebrar el día solemne *en consideración al Sol, como los paganos, sino en relación al que hizo el Sol*.

En la Hispania visigoda la Natividad ya era uno de sus ejes litúrgicos, puesto que el bautizo de los catecúmenos se llevaba a cabo tanto en este día como en la Pascua de Resurrección. Sin embargo, en las iglesias orientales se siguió festejando conjuntamente el Nacimiento, Adoración de los Magos y Bautismo de Jesús el 6 de enero o Epifanía.

Animaciones litúrgicas

Aparte de las celebraciones estrictamente religiosas, la Navidad conlleva una riquísima variedad de acompañamientos que se mueven

entre lo estrictamente religioso y lo festivo, como las escenificaciones de la Navidad, el teatro relacionado con ella, los villancicos y la gastronomía típica de estas fiestas.

Según el rito romano, la liturgia de la Natividad constaba de la celebración de 3 misas: la primera a medianoche (la *Misa del gallo*), para conmemorar el Nacimiento de Jesús; la segunda al amanecer, recordando la visita de los pastores al santo pesebre, y la tercera a pleno día, conmemorando la redención de todo el género humano.

Posiblemente, desde muy pronto se acompañasen las misas con algunas dramatizaciones del acto recordado. La más antigua de las que tenemos noticia (en el siglo IX) es *el canto de la Sibila*, que aún se conserva en iglesias mallorquinas. Las Sibilas ejercían de pitonisas en el mundo romano, y era tal el prestigio de sus oráculos, que propició la integración en el imaginario cristiano, de tal modo que es una profetisa pagana quien anuncia la bíblica llegada del Salvador. Cada año, en la noche del 24 de diciembre, un niño de voz aguda, vestido con ropajes femeninos orientales y blandiendo una espada, entona un estremecedor canto, melopea gregoriana adornada con brillantes melismas populares, en el que vaticina el Juicio Final y la venida de Jesús para conmutar el pecado original de la Humanidad.

A través de los monjes de Cluny la liturgia romana se impuso en España a la mozárabe y llegaron a Francia los primeros dramas litúrgicos, como el *Officium Stellae*, que en el siglo XI desarrolla el tema de la estrella, los magos y su adoración. Para acercar la liturgia a los fieles, pronto comienzan a escenificarse dentro de las iglesias dramas sacros en lengua vulgar.

En los siglos XI o XII aparece otro drama semilitúrgico para la noche de Navidad: el *Officium Pastorum* (Oficio de los pastores), que muy pronto se extiende por las catedrales peninsulares. En él, unos eclesiásticos se vestían de pastores y se dedicaban a danzar durante la celebración de la misa. A su término, se establecía un diálogo cantado entre ellos y el coro, que comenzaba con los versos:

Bien vengades Pastores, / que bien vengades.

¿Pastores do anduvistes? / decidnos lo que vistes.

Y luego relatan el nacimiento del Rey del Cielo envuelto en pobres pañales. Hay que notar la relación entre esta vigilia nocturna de los pastores con el culto al sol que se efectuaba durante el solsticio invernal.

El 6 de enero continuaba la representación con la llegada de los Reyes Magos. Debían ser tan animadas las juergas festivas que tenían lugar dentro de los templos, que en el famoso código de las *Siete Partidas*, promulgadas por Alfonso X el Sabio en 1263, se prohíben los juegos de escarnios, recomendando en su lugar piadosas representaciones como de la *nascencia de Nuestro Señor Jesu Christo, en que muestra cómo el ángel vino a los pastores e como les dixo como era Jesu Christo nacido. E otrosí de su aparición, como los tres Reyes Magos lo vieron adorar. E de su Resurrección (...)* Mas esto deven fazer apuestamente e con gran devoción. (Part. I, ley 34, tit. VI). Las obras sacras recomendadas pertenecían a los ciclos de Navidad, Epifanía y Resurrección debieron difundirse por medio de la clerecía francesa o afrancesada y la ayuda de algunos monarcas y nobles.

Un caso ilustrativo es el de Miguel Lucas de Iranzo, condestable de Castilla. Nombrado señor de la plaza fuerte de Jaén, fue al monasterio de Guadalupe a cumplir un voto y allí pasó las fiestas de Navidad y Reyes de 1460. Instalado en Jaén, desde el año siguiente instauró la costumbre de celebrar tales festividades con juegos de dados, de sortija y de cañas; danzas y banquetes; y como centro, la representación en la iglesia mayor el día de Navidad de la *Estoria del Nacimiento del Nuestro Señor y Salvador Jesucristo y de los pastores*, que se concluía la noche de Reyes en el gran

salón de su palacio con la *Estoria de quando los Reyes vinieron a adorar y dar sus presentes a Nuestro Señor Jesucristo*, en la que él mismo y dos pajes salían disfrazados con máscaras y coronas, siguiendo una estrella en lo alto del salón que era tirada por un cordel, llevando unas copas como presentes para María, José y Jesús.

Representaciones teatrales

Los autores cultos de finales del siglo XV recibieron encargos de componer nuevos autos, farsas o representaciones para las fiestas de Navidad, tanto en conventos (Gómez Manrique) como en palacios (Juan del Enzina, con sus *villancicos* para los duques de Alba; Lucas Fernández), incorporando a los ingenuos y chistosos pastores sayaguenses, en su teatro *pastoril y castellano* que seguía el Evangelio de san Lucas con afán didáctico. Este género teatral fue muy popular durante el Siglo de Oro, teniendo su cumbre poética en varios romances de Lope de Vega.

Parece muy probable que estos primitivos dramaturgos se inspirasen en escenificaciones tradicionales que tenían lugar dentro de los templos del antiguo reino de León, y que aún hoy día perduran. Según la complejidad de estas representaciones de Nochebuena, se las puede dividir en tres bloques:

a) *Los ramos*: se trata de la ofrenda de un soporte de madera adornado con cintas, el *ramo*, del que cuelgan velas rizadas, dulces y frutas; lo portan mozas que, divididas en dos coros, van cantando romances del nacimiento de Jesús.

b) *Las loas de la cordera* (en Zamora): un grupo de pastores relatan con cánticos el nacimiento de Jesús y entregan como ofrenda una *cordera*.

c) *La pastorada*: tras cantar villancicos, los pastores prenden una hoguera en la que frien migas mientras cantan y bailan; luego se duermen y se les aparece un ángel con la buena nueva; entonces se dirigen al belén para entregar sus ofrendas (cordera, zamarra, queso, almendras, miel, huevos, vino, higos) al Niño-Dios, momento que aprovechan para recitar versos improvisados en los que comentan los acontecimientos del año y critican a los amos y autoridades del pueblo.

Las *corderadas* y *pastoradas leonesas* son autos navideños de transmisión oral propios de los pastores asalariados. Las rutas de difusión, con su núcleo en torno al monasterio de Sahagún, seguían las cañadas de la trashumancia,



Representación popular de la Navidad en Corbera de Llobregat (cortesía de la Comunidad de Madrid y MATP)

por lo que se aprecia un vínculo con la Mesta. Extendidas por las provincias de Valladolid, Zamora y Palencia, poseen una estructura similar, aunque en cada localidad tiene su variante específica (en varios casos, incluyendo un desafío entre un moro y un cristiano). Casi desaparecidos los pastores, sucedió lo mismo con ellas a finales de los 70, pero en la siguiente década han resurgido a cargo de grupos de teatro locales.

Otras zonas en las que consta la existencia de parecidos *autos pastoriles* en Nochebuena son Murcia (hasta el siglo pasado), la Rioja alavesa (donde dan de comer sopas de ajo al Niño), La Mancha, Cataluña y las Canarias (donde les acompaña la lucha entre san Miguel y el diablo). Y en la zona aragonesa, siguen siendo populares las *pastoradas*, con danzas de paloteo, loas, ofrendas, mojigangas críticas y combates de moros y cristianos, aunque se han trasladado a las fiestas patronales y por tanto no dependen ya del folclore navideño.

Un caso especial es el del *Coloquio al Santo*

Nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Christo entre un Moro y un Cristiano, un romance editado varias veces en pliegos de cuatro hojas. Compuesto muy probablemente en el siglo XVII, en pleno fervor concepcionista, integra hábilmente un vibrante desafío bélico entre los dos antagonistas religiosos con una explicación teológica del misterio de la Inmaculada Concepción. Ideado para escenificarse dentro de las iglesias como espectáculo semilitúrgico de la Nochebuena, cumplió tan bien su función didáctico-divertida que es posible sea la obra de teatro más veces representada en España. Y aún se sigue repitiendo en varias localidades en esta noche ritual.

Al siglo XII parece remontarse el que Menéndez Pidal considera *nuestro primer drama sacro en romance*: la representación o *auto de los Reyes Magos*, que tenía lugar el día de la Epifanía en la catedral de Toledo.

Este tipo de representación semilitúrgica alcanzó gran fortuna, extendiéndose a la fiesta del Corpus, donde los *asesinos de Herodes* practicaban la *degollá*, medio trágica y medio burlesca, transformándose luego en tropel de *diablillos*. Y arraigó en los templos de los núcleos rurales, con numerosas versiones.

En 1764 el clérigo malagueño Gaspar Fernández redactó en verso *La infancia de Jesu-*

¿En qué se contienen tres mane

ras de coplas en loord del Nascimientode Christo,
y estas primeras son contrahechasa aquellas
quedizgen: Hay dela nígurí nígurí, etc.

Izquierda, *cabecera de una serie de villancicos del siglo XVI* (La Ilustración Española y Americana, 1898). Derecha, *la cena de Navidad (detalle de una litografía inglesa de 1840 coloreada a mano)*



cristo, obteniendo tal éxito que fue reeditado más de 12 veces. En esta obra intervienen 33 personajes, destacando los divertidos pastores Jusepe y Rebeca, el maligno rey Herodes y la matanza de los niños inocentes. En diferentes regiones se utilizó como modelo de teatralización, suprimiendo o modificando algunos de sus pasajes, alcanzando su máxima difusión a finales del siglo pasado. A punto de desaparecer el *auto de los reyes* hacia 1960, ha resurgido actualmente, siendo muchas las localidades que lo escenifican, destacando por el número las regiones de Murcia y Canarias. Y en cuanto a la antigüedad de la tradición, sobresalen la alicantina Cañada (desde el mismo año que se publicó este texto) y la cordobesa El Viso, donde se hace desde 1835.

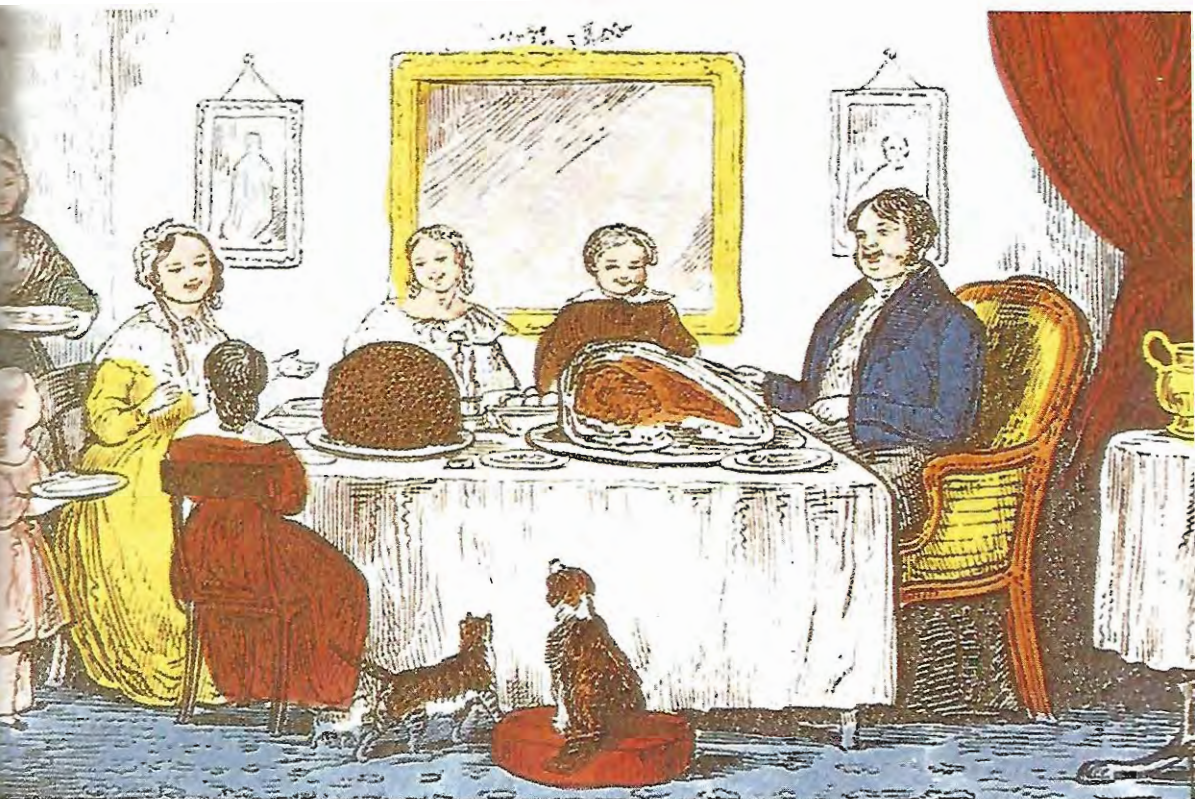
Los villancicos

Los villancicos son otra de las prácticas rituales de Navidad y acaso sea España una de las naciones que más y mejor ha exaltado poéticamente el misterio navideño: santa Teresa, san Juan de la Cruz, Lope, Góngora, Calderón, son una mínima parte de los autores que han dejado insignes poemas. Es sabido que en Castilla recibieron primeramente el nombre *villancicos* ciertas cancioncillas breves de tema generalmente amoroso que repetía el

pueblo llano: *canción de villanos*. Para que llegara a designarse así a una cancioncilla religiosa, durante el Siglo de Oro todos los maestros de capilla de nuestras catedrales e iglesias importantes tuvieron que musicalizar miles de ellas para ser cantadas en los maitines de las solemnes festividades litúrgicas. Como las que mejor se recordaron por los fieles fueron las compuestas para los maitines de Navidad, este término quedó como sinónimo de *canción para la Nochebuena*. Y muchas de estas composiciones tuvieron tal éxito que se imprimieron.

Una prueba de la extensión temporal y espacial de los villancicos está en un arrullo brasileño recogido por dos folcloristas a mediados de nuestro siglo, cuya melodía posee una impresionante semejanza con una laude italiana de hacia 1270. Sin entrar en el delicado tema de las influencias musicales, podemos seguir una pista musulmana sobre su uso religioso en España.

Empecemos con *el Mawlid*, fiesta del nacimiento del Profeta Mahoma, que en el siglo XIII sustituyó en el Occidente musulmán (incluyendo a Granada) al *Milád* o Navidad. Se buscaba arrinconar la Nochebuena en el interior de los hogares cristianos y, para difundir la nueva fiesta, competían los poetas en cantar loores a Mahoma el día de su nacimiento. Esta especie de villancicos se llamaban *mawli-*



diyyât. Cuando Granada pasó a manos de los castellanos, el fraile jerónimo Hernando de Talavera fue nombrado su primer obispo. En su biografía, publicada en 1605 por un historiador de su orden, se dice que ordenó *que en las fiestas hubiese música y villancicos, para atraerlos a todos con este gusto. Procuraba que las letras que se cantaban dijese lo mismo que las lecciones, porque los que no sabían latín entendiesen lo que aquello era, y lo supiesen de coro. Muchas de estas trobas componía y cantaba él mismo, que tenía buena gracia en esto, y era de lo mejor en aquel tiempo (...)* y así estaba la iglesia tan llena de gente a los maytines como a la misa, de donde quedó la costumbre en toda España de hacer estas fiestas y regocijos de música en los maytines y oficio divino a primera noche.

De hecho, en varios pueblos de Granada oriental todavía se cantan en las misas de gozos o aguinaldo —que se dicen al alba los 9 días anteriores a la Navidad— unos villancicos de tipo instructivo sobre el culto, que parecen prolongaciones de sus lecciones cantadas. Como ejemplo tenemos: *Sacerdote revestido / mira cómo te dispones / que ha de bajar a tus manos / Jesucristo, Dios y Hombre.*

Y un típico aguinaldo es: *San José fue carpintero / y la Virgen costurera, / y el Niño recoge astillas / para cocer la puchera.*

También sabemos que en las iglesias de

Granada se cantaba el villancico pastoril que comenzaba: *Pastores si aveys oydo / el Jesucristo es nascido*, en la aciaga y tormentosa noche de Navidad de 1568. Aprovechando la masiva reunión de fieles en tan importante fiesta, y que un ataque-sorpresa contra un enemigo en tales condiciones ha sido antigua y eficaz táctica militar, los moriscos granadinos se alzaron y asaltaron las desprevenidas guarniciones, iniciando una sangrienta guerra que duraría varios años y terminaría con la expulsión de los supervivientes, vencidos por los tercios de Don Juan de Austria.

Para concluir, un popular villancico extremeño:

Esta noche es noche güeña / y mañana Navidad, / echa vino tabernera / que me voy a emborrachar.

Costumbres gastronómicas

No hay duda que la época invernal reclama la ingestión de sólidos guisos con abundancia de calorías. Y como las inclemencias del tiempo obligaban a permanecer dentro de los hogares, los banquetes de estas fiestas eran los más copiosos del año, unido a la creencia de que servían como presagio de abundancia de víveres para el resto del nuevo año. Y en ciertas zonas todavía se practican tradiciones que



Actores populares de escenificaciones navideñas. Arriba, del Misterio de los Reyes, de Sangüesa, Navarra, 1926; derecha, del Auto de los Reyes Magos, de El Berro, Murcia, 1950 (ambas fotografías, cortesía de la Comunidad de Madrid y MATP)

poseen un carácter bien antiguo. Así, en Galicia, después de la colación familiar, se dejan en la mesa cubiertos para que vengan las ánimas a por su ración, mientras se mantiene el fuego encendido toda la noche para que puedan calentarse. En Cataluña, se dejaban porciones de los manjares en un plato a la vera del fuego, esperando *la visita de la Madre de Dios*, que sería reconfortada y podría calentar a su hijito; en el país vasco-navarro, quien acudía esa noche era *Olentzero*, un personaje mítico que bajaba por la chimenea y al que se intentaba agradar. Las cuadrillas de mozos confeccionan estos peleles tripones y glotones con paja o hierba, colgándoles una bota de vino, una sartén y un chorizo, y se supone que simbolizan a un carbonero que vive en las montañas y baja al pueblo a dar la noticia del nacimiento de Jesús. Después de pasarlo por las casas, lo queman en la plaza.

Estas tradiciones, similares a las de varios países centroeuropeos, se pueden explicar como el deseo de acoger bien a los parientes

difuntos, que cumplían con su visita anual al antiguo lar familiar, y que al sentirse recordados y bien recibidos, regresaban luego felices a sus sepulturas.

En este apartado destacan los manjares típicos de las cenas de Nochebuena, que si bien en cierta época fueron escasos por haberse convertido en una vigilia con ayuno, la secularización de las costumbres y el aumento del nivel de vida han favorecido la sustitución del humilde bacalao de aquella época y su coliflor acompañante por la exhuberancia de entremeses surtidos y mariscos, que junto con besugos, pavos y corderos asados, y bebidas espumosas son ya parte esencial de la gastronomía navideña. Donde sí se mantienen constantes es en los postres, donde el omnipresente turrón comparte plato con los mazapanes, polvorones y las golosinas elaboradas en los conventos de monjas.

Suele admitirse el origen árabe del turrón, dada la variedad de dulces característicos de su cultura compuestos por almendra y miel. Hay una leyenda que remite el invento del turrón a un confitero de Barcelona llamado Miguel Torró, lo que se apoya en que la primera referencia sobre este manjar se trata de una carta enviada en 1453 desde Valladolid por la reina María de Trastámara a las monjas de Santa Clara en la ciudad condal, y que dice así: *Venerable abadesa: Por cuanto aquí no hay tal disposición ni saben hacer bien los turrones*

como vosotras ahí, os pedimos y encargamos así afectuosamente como podemos, que por amor y complacencia nuestra, en vuestro monasterio, vos nos hagáis hacer turrónes que sean finos y buenos, los cuales queremos así para darlos al Ilustrísimo Rey de Castilla, nuestro hermano, así como para Nos.

En cuanto al mazapán, que propiamente es una variante suya, hay una ingenua leyenda que lo hace remontar a la época de uno de los asedios árabes a Toledo. Los vecinos de la ciudad del Tajo se encontraban ya sin alimentos, cuando las monjitas de San Clemente el Real recordaron que guardaban en sus trojes gran cantidad de almendras, y las machacaron en el mortero, formando una pasta a la que añadieron azúcar, con la que pudieron alimentar a los defensores cristianos. Lo cierto es que uno de los mayores impulsores del mazapán toledano fue el emperador Carlos V, que se entusiasmó con él.

Finalmente, estas fiestas se cierran con los *roscones de reyes*, con sus trozos de frutas azucaradas y la figurilla oculta (el *haba*) por la que la suerte designa al *rey de la fiesta*.



Los Santos Inocentes

EL 28 de diciembre es una fecha clave en el ciclo festivo de las mascaradas navideñas: la *Muerte de los Inocentes o Infantes*. Sin embargo, esta efemérides se celebraba entre hispanovisigodos y mozárabes el 8 de enero, siguiendo el relato del único evangelista que los cita (san Mateo), quien sitúa su degollación por orden de Herodes Ascalonita después de la visita de los magos. Hay autores que piensan que esta fiesta sustituyó a la de los *siete hermanos macabeos* del Antiguo Testamento, que sufrieron atroces suplicios por negarse a comer carne de cerdo. De hecho, ambos grupos de niños son los únicos humanos fallecidos antes de que la palabra de Yahveh se emitiera a través de Cristo, que la Iglesia Católica honra como santos. En cualquier caso, el culto a los *inocentes* eclipsó al de cualquier otro niño, llegando a ser venerados los cuerpos incorruptos de algunos, como el que aún se guarda en la catedral de Valencia. Y es un enigma el adelanto de su fiesta antes de fin de

año, forzando el orden cronológico, a menos que se tratase de otra cristianización de preexistentes rituales paganos.

A este respecto, hay varias conexiones destacables:

1) *Elección de reyes burlescos* y otros personajes con autoridad festiva momentánea. Ya se ha hablado de los *obisillos* (estudiantes de las catedrales cuyo mandato duraba hasta hoy) y de los *reyes de navidad*. El 6 de enero solía nombrarse al *rey de la faba* (el nombre viene del *haba* que se metía antes de cocerse en el gran roscón del día de Reyes, que luego se dividía entre los asistentes y al que le tocaba, hacía de rey). Y dentro del ciclo navideño, también podía designarse al *obispo de los locos*. Pero el día clásico para la elección de unos personajes de este tipo, los *reyes de inocentes*, era hoy. A menudo, estos mandatos duraban todo el año, siendo los encargados de dirigir todas las fiestas burlescas que se llevaran a cabo.

Parece evidente entroncarlos con las *saturnales* del Imperio romano, cuando se elegía a los dados entre las clases inferiores un *rey* de los bufones, quien gobernaba un mundo al revés, dando órdenes irracionales que todos obedecían, incitando a su séquito a beber, bailar, alborotar y volcarse en los placeres. Al final de su gobierno, el rey de los locos era ejecutado. A partir del siglo iv, la ejecución del *rey de los saturnales* fue sustituida por el sacrificio ritual de su retrato. La coronación burlesca de Jesús en su Pasión parece ser una réplica. Pero más remotas aún eran las *saccaeas* babilónicas en honor de su dios Marduk, donde amos y servidores intercambiaban sus puestos, y vestían a un prisionero condenado a muerte con ropajes reales, le sentaban en el trono y le permitían hacer lo que quisiera, incluso yacer con las concubinas del rey. Acabado su efímero reinado, se le quitaba la vida.

2) *Licencias para liberar las pasiones: fiestas clericales.* Durante la Alta Edad Media y por casi toda Europa occidental, se mantuvieron las costumbres saturnalicias de volver del revés las situaciones y valores, lo que inevitablemente tendía a la sátira, divertida o ácida. Como dice Heers, dentro del marco del coro y el claustro canonical nació *una crítica de costumbres que, apoyada en la risa, sorprende por sus tonos libres e impertinentes. No son rebeliones, sino gestos pueriles.*

En la descripción de una de tales fiestas de subdiáconos, se dice: *El obispo de los bufones se sentaba en el trono episcopal y comenzaba la misa cantada en la que participaban todos los clérigos con las caras tiznadas o con más caras repulsivas o ridículas. Durante la misa, clérigos disfrazados de mujeres danzaban en el coro y cantaban allí canciones indecorosas. Los demás comían salchichas sobre los altares, jugaban a las cartas o los dados.* Al término de la misa, muchos fieles se desnudaban y entregaban a la *lascivia más desvergonzada*. Luego salían a la calle y *subían a carretas llenas de basura, lanzando excrementos al populacho*. Estos actos licenciosos y desenfrenados fueron defendidos por grandes personalidades intelectuales de la Iglesia, quienes veían en ellos una especie de válvula de escape que debía abrirse de vez en cuando para el pueblo y el clero bajo. Pero muchos obispos y sínodos los condenaron, sin conseguir doblegar a los canónigos que luchaban por sus prerrogativas. Y así, en tiempos del Papa Honorio III (1216-27), en pleno fervor de las Cruzadas y la lucha contra los albigenses, mientras se aprobaban las órdenes francisca-

na y dominica, se intentan regular los excesos de las fiestas clericales, lo que da lugar a su reglamentación en los dos rituales siguientes, que exaltan la inocencia y la humildad.

Siguen las fiestas...

3) *La fiesta del asno.* El asno en las calendas de enero es el fiel compañero de la Santa Familia en su viaje a Egipto. En la fiesta de la Circuncisión de Jesús, un asno vistosamente enjaezado y montado por una doncella ricamente adornada que sostenía un bebé, recorría el templo en procesión, mientras los fieles rebuznaban y cantaban en su honor un himno grosero. Luego salían por las calles en desfile profano y burlesco. Esta ceremonia tan extravagante no era una farsa irreverente, sino un acto de devoción, el deseo de rendir justicia al modesto y al débil, personificados en el paciente y abnegado asno.

Parecida actitud mental es la que llevaba a homenajear al pobre de espíritu, al débil mental o demente, en una ceremonia similar.

4) *Las fiestas de los locos.* En palabras de Jacques Heers, se presentan como un juego de sátiras y de parodias, que se inscriben en la tradición cómico-satírica de la farsa y, más todavía, de la fiesta de los clérigos. Es la revancha de un día para los subalternos, exaltación de los humildes y los niños. Por algunas horas se instaura en la misma iglesia un nuevo poder lúdico: el *abad o papa de los locos*, generalmente un joven clérigo. Este ceremonial paródico se extendió por el norte de Francia, Inglaterra y Alemania.

5) *Las locas mascaradas profanas.* Con el crecimiento de los burgos y el enriquecimiento de los gremios y de los notables, en el siglo xiv aparece un nuevo fenómeno festivo: las *compañías locas o alegres*, unas sociedades profanas que se encargaban de organizar diversiones burlescas para los burgueses. Inspirándose en las fiestas eclesiásticas, elegían un *obispo* o un *abad de los cornudos*, o también un *rey* o una *madre loca*. Estos altos personajes desfilaban a la cabeza de los cortejos callejeros constituidos por carros injuriosos; se rodeaban de una corte de servidores; parodiaban los juicios e impartían su peculiar justicia. De nuevo se apreciaba una inversión de las jerarquías, normas y valores. Pero esta vez sin implicaciones religiosas, sino con el apoyo de los ricos y la protección de los nobles. Pero ser el *rey* de los juegos de estas sociedades implicaba costear las di-



*Representaciones
medievales de la
Navidad.*

Arriba, detalle
de una de las
tablas laterales
del altar de
Sagás, Lérida,
siglo XII; abajo,
izquierda, La
virgen de los
Angeles (Pere
Serra, Museo de
Arte de
Cataluña);
derecha, detalle
de La Adoración
de los Pastores
(Museo de Arte
de Cataluña)



versiones, lo que constituía una gravosa carga económica, que podía llevar a la ruína al que no fuera rico. Pero a cambio, le otorgaba gran prestigio social.

Cuando se impone el Renacimiento a partir del siglo xv, de la doble herencia de las fiestas clericales y las alegres sociedades profanas, rivalizando con ellas pero aportando más fantasía, surge como nuevo fenómeno el carnaval urbano, al que terminaron incorporándose los cortejos de las sociedades *locas*. Es el triunfo de lo irracional y lo efímero, de la locura amable, la licencia y la libertad del juego en contra de las opresiones. Esta crítica carnavalesca es uno de los derechos más antiguos de las *máscaras*. Y en casi todos los juegos estaban presentes los locos o bufones, quienes conquistaban las fortalezas de la *decencia* o la moral rígida. Pero no sin continuos conflictos con las autoridades y los censores, que se emplearon a fondo hasta conseguir controlar o confiscar la fiesta. Y ya en el siglo xvii se encerró al carnaval callejero en un estrecho marco temporal y supeditado al calendario litúrgico.

6) *Los auténticos dementes*. Es lugar común comparar a los locos con los niños, puesto que ambos son *inocentes*. Basten dos documentos para mostrar los vínculos conceptuales entre los dementes y los inocentes: en 1409 los frailes mercedarios fundaron en Valencia el primer manicomio europeo, regido por la cofradía de *N^a S^a de los Inocentes y los Desamparados*; y en unosuntuosos carnavales callejeros en Toledo en 1555, que para celebrar la boda de Felipe II con la reina de Inglaterra se denominaron con exagerado optimismo *fiestas por la conversión de Inglaterra al catolicismo*, entre otras diversiones salía *una cuadrilla de ynocentes con las mismas ropas de los locos de casa del Nuncio y con su bacín pidiendo como ellos andan*.

Y queda un último eslabón que aporta una conexión muy significativa.

7) *Las almas de los difuntos*. Por lo menos desde el siglo xiv comienzan a funcionar las *cofradías de ánimas*, encargadas de costear el culto a las ánimas benditas del Purgatorio. Y por la misma época surgieron las *danzas macabras*, que para Mas y Prats fueron un *género de protesta lanzada por las clases menos favorecidas, en virtud de la explosión de sentimientos igualitarios provocados por los albigenses y demás revolucionarios de la Edad Media*. Como dice el personaje de la Muerte en un antiguo códice del monasterio de El Escorial: *A todos los que aquí no he nombrado, / de cualquier ley e estado e condición, /*

les mando que vengan muy toste priado / a entrar en mi danza sin excusación. Ante el llamado de la muerte, todos los humanos deben responder, de donde se deduce que nadie es superior a los demás.

Resumiendo los siete puntos anteriores, tenemos que:

Las tradiciones festivas paganas del solsticio invernal (mascaradas para protegerse de los difuntos, ruptura del orden social y elección de autoridades burlescas) fueron integradas en el culto cristiano a través de las medievales fiestas clericales. Al aumentar el control de las jerarquías religiosas, se refugiaron en la liturgia de las fiestas del asno y de los locos, y se infantilizaron con el ritual de los obispillos. La burguesía ascendente retomó tales diversiones en su carácter profano, mediante las locas mascaradas a cargo de las alegres sociedades. Se constituyeron cofradías para ocuparse específicamente del culto a los difuntos en estas fechas, y el ansia igualitaria se manifestó con las danzas de la muerte. Los dementes e inocentes se asimilaron a los locos de las mascaradas. Hay que añadir que la Reforma protestante, con sus ataques a las supersticiones y restos paganos del culto católico, provocó como defensa una reorganización de la liturgia. Así, el Concilio de Trento ordenó depurar las representaciones que tenían lugar dentro de los templos, mientras que en su sesión xxv propugnó incrementar el culto a las ánimas. Como consecuencia, a mediados del siglo xvi se prohibieron rituales y trasladaron al espacio marcadamente profano de los carnavales y las fiestas de inocentes aquellas diversiones populares más conflictivas. Y por otro lado, se encargó a las cofradías de ánimas, bajo la supervisión de los obispos, el control de estas mascaradas invernales. Ahora ya tenemos completo el marco histórico-religioso-cultural dentro del que se han de ubicar las *fiestas de inocentes* a partir del reinado de Felipe II, y que prácticamente apenas se ha modificado hasta la actualidad.

Las inocentadas

Para no alargar en exceso los ejemplos, comenzaron en el siglo pasado con la romería que se organizaba el 28 de diciembre en Ecijas, antigua urbe romana: un grupo de doce *locos* vestidos con enaguas blancas y adornados con amuletos y relicarios, al mando de la *loca* (otro mozo), tocan castañuelas mientras convulsivamente danzan en corro repitiendo con ritmo monótono *¡A la danza*



Preparativos para la noche de fin de año en Madrid, detalle (por Manuel Domínguez, La Ilustración Artística, 1893)



de los locos!, mientras proceden a pedir dinero para la Humanidad de las Animas benditas. Ciertamente parecen las *Pandas de tontos* de los Montes de Málaga, que al mando de sus respectivos *alcaldes* compiten entre sí en tocar y cantar los *verdiales*, en su reunión anual del día de los Inocentes.

Bailes de ánimas

Las Hermandades o Cofradías de Animas, entre sus cuestaciones para sufragar el culto por las almas del Purgatorio, organizaban por las noches los bailes *subastados*, en los que los hombres pujaban por su compañera de cada baile. Al cesar la música, se *rifaban los abrazos*: un joven ofrecía una cantidad

para que la bailadora no abrazara a su pareja y sí al interpelante, ó a otro de la reunión, como por ejemplo, a un pretendiente desairado o al novio que tuviera antes, para causar celos al actual, y éste a su vez podía ofrecer más dinero para evitarlo.

Aunque los bailes de ánimas casi han desaparecido en las últimas décadas, todavía subsisten varios modos clásicos para recaudar los donativos, especialmente en las provincias de Granada, Almería, Albacete y Murcia. En muchos sitios se hace mediante unos enmascarados ridículos, los *calcaborras*, provistos de un palo con un látigo o una bolsa rellena de trapos con la que golpean a la gente, que para evitar el castigo tiene que dar dinero y enviar a los fustigadores contra otro vecino. Otro es a través de las burlescas multas que impone el *ayuntamiento de inocentes*, que suele estar compuesto por el *alcalde*, el *juez*, el *cura* y los *alguaciles*, con potestad para detener en la calle a cualquier persona y meterla en la cárcel, o subirla a un carro ridículo que se pasea por el pueblo, hasta que pague su rescate. Los pretextos para exigir la limosna pueden ser tan absurdos como *por no tener sombra* (o tenerla, si el día es so-

leado) o *por ser guapo*. En un pueblo de Castellón, se castiga a todos los que no consiguen hacer reír al *rey*, que es una persona impertérrita a quien no se puede tocar.

El uso al que se dedicaban los donativos recogidos (que a menudo eran en especies comestibles) así como las acusaciones de *libertinaje*, fueron continuo motivo de oposición por parte de las autoridades eclesiásticas, que deseaban se restringieran los gastos al mantenimiento de la iglesia y las misas y sermones. Para defenderse, y tal como consta en un proceso penal de 1774 en la alpujarreña Orjiva, su hermandad argumentaba que *de tal modo está radicada esta costumbre que en diciendo no hay inocentes, no hay comedia, no hay quien de limosna*.

Otra de las funciones encomendadas al *alcalde de inocentes* era redactar y leer desde un balcón del Ayuntamiento el *pregón de las ánimas*, unas retahílas diversificadas al estilo romanceado que narraban de modo satírico los acontecimientos del último año.



El Nacimiento de Jesús: arriba, por Ramón de Munt (retablo de Guimerá, Museo Episcopal de Vic); abajo, miniatura del Libro de Horas, de Alonso Fernández de Córdoba (Biblioteca Nacional, Madrid). Página derecha, ilustración decimonónica inglesa del tronco de Navidad

Hasta muy recientemente han sobrevivido las antiguas *fiestas de los subdiáconos*. Rodrigo Amador de los Ríos, describiendo en 1889 costumbres de varios pueblos del campo murciano que siguieron haciéndose en nuestro siglo, dice que antes de la misa, uno de los *inocentes* se subía al púlpito y allí pronunciaba su *pregón*, mientras los otros se apoderaban del misal y lo escondían bajo las faldas de una moza. Al salir el sacerdote a oficiar, y preguntar por su misal, se dedicaban los *inocentes* a buscarlo, levantando *con la más grande irreverencia* las faldas de todas las mujeres. En otros lugares de la misma zona, uno de los *inocentes* con un disfraz ridículo, se colocaba detrás del sacerdote en la misa, remedando sus movimientos, y *en el solemne momento de consumir, al levantar el cáliz el ministro, levanta él y consume en una bota, repleta de zumo de mosto, produciéndose entre los asistentes barullos y risotadas impropias de la ocasión y el sitio*.

En cuanto a rituales más enigmáticos, jun-



to a la soriana Medinaceli hasta hace pocos años, el día de los Inocentes el capellán se ocultaba, y en su busca salía el *ayuntamiento burlesco*. tras encontrarlo, lo llevaban a la plaza y simulaban darle muerte de un disparo y enterrarlo luego. Y en nuestros días, en la *fiesta de los locos* del valenciano Jalance, los quintos ejercen como *ayuntamiento de*

inocentes y van en busca del cura para *colgarle de las axilas* si no les paga. Pero éste, bien precavido, se ausenta del pueblo durante la jornada. ¡Babilonia no está lejos!

Esta fiesta prácticamente se reduce hoy día a dar falsas noticias en los medios de comunicación, y alguna que otra broma entre amigos.

Costumbres tradicionales

Troncos: En muchos lugares rurales de España, de Italia, de Francia, de Inglaterra y de los países eslavos pervive la tradición del tronco o leño de Navidad (que en Aragón se llama tronca o tizón y en los países catalanes tió). La antigua costumbre era encenderlo con un fragmento de su predecesor, que se guardaba durante todo el año, protegiendo así la vivienda contra el demonio. Este tronco goza de personalidad propia para los niños, que lo consideran como algo vivo, especie de animal fabuloso con el que mantienen relación: los padres simulan que lo alimentan, dándole de comer forraje. En la Nochebuena, los niños se congregan alrededor de él, provistos de palos con los que le golpean para que suelte los regalos que les tiene destinados.

En la zona vasco-navarra, eran varios los troncos que se encendían en Nochebuena: uno para Dios, uno para su Madre, uno para todos los santos y otro para cada miembro de la familia. Se encendían todos a la hora de cenar y se dejaban consumir excepto el dedicado a Dios, que lo apagaban y guardaban hasta el día de fin de año, en que lo sacaban a la puerta de la casa, lo volvían a prender, y saltaban por encima todos los miembros de la familia y los animales domésticos. En los Pirineos aragoneses, se colocaba una parte de los restos medio calcinados de la troncada bajo el tejado de la casa, para protegerla del rayo y del fuego, y la otra parte la esparcían por los sembrados a fin de evitar el granizo.

En la Provenza francesa, el tizón de Navidad se quemaba un poco cada una de las doce noches, para que adquiriese el poder mágico de proteger a los habitantes de la casa de sabañones y otras enfermedades. En otras zonas francesas y en Serbia, se pensaba que se tendrían tantos pollos, terneras, corderos y chivos como chispas saliesen al golpear el leño pascual; y en Alemania, para el mismo fin de que medrase el ganado, se mezclaban las cenizas de la hoguera en la bebida de los animales. Muy extendidas es-

tas ideas de protección y fecundidad por el mundo céltico, a menudo tenía que ser la última persona que se casó quien encendiese la hoguera, lo que ratifica el carácter fertilizador que se le atribuía.

El árbol de Navidad: Se trata de un pino o abeto de hojas no caducas, decorado con luces,



bolas y adornos, que preside los salones de las viviendas durante estas fiestas. Ya en varias de las antiguas culturas se simbolizaba la vida eterna con árboles perennes. El culto a los árboles, común entre los europeos, sobrevivió después de su conversión al cristianismo en la costumbre escandinava de decorar la casa y el establo con ramas de hojas perennes en el día de Año Nuevo para ahuyentar al demonio y dar refugio a las aves durante el invierno. Una de las especies con mayores propiedades mágicas era el acebo.

Sin embargo, el moderno árbol de Navidad es originario de Alemania. En la popularísima obra de teatro medieval sobre Adán y Eva, destacaba como elemento escenográfico un abeto adornado con manzanas que simbolizaba el Jardín del Edén. Los germanos solían montar en sus casas un árbol del Paraíso el 24 de diciembre, para la fiesta de Adán y Eva. Hacia el siglo

XVI, para sustituir a los belenes se constituyó el árbol actual, al añadirle dulces y velas, y unirlo con la pirámide navideña, una construcción triangular en madera decorada con figuritas y una estrella. Según una leyenda fue el propio Lutero quien lo inventó: una noche de Navidad estaba contemplando el firmamento y decidió reproducirlo dentro de su hogar, para lo que cortó un pino del jardín, lo plantó en el salón y lo iluminó para que reprodujera el fulgor de las estrellas. El caso es que las primeras referencias concretas del árbol de Navidad son alsacianas, del año 1557, y que fueron los luteranos quienes lo difundieron. A principios del siglo XIX se le consideraba en Berlín como tradición de la gente humilde. Poco después se fue implantando en las cortes, ya que la duquesa Elena de Orleans la importó a Francia en 1830 y fue el príncipe Alberto quien lo llevó a Inglaterra en 1840 al casarse con la reina Victoria I, a partir de entonces se fue extendiendo por el imperio victo-



riano. Fueron los misioneros estadounidenses quienes lo introdujeron en China y Japón en el mismo siglo XIX, añadiéndole muy elaborados adornos en papel. Y a través de las películas de Hollywood terminó de imponerse por todo el orbe como elemento decorativo por excelencia de las fiestas navideñas.

Los belenes o pesebres: Otra de las tradiciones extendidas por todo el mundo católico es la de reconstruir en miniatura el escenario en el que supuestamente tuvo lugar el nacimiento de Jesús. Para conseguir esta representación alegórica del pueblo de Belén y sus personajes, se emplean figuritas y objetos hechos con los más diversos materiales, lo que ha llegado a constituir un arte propio: el pesebrismo. La escena central y esencial es la de la Virgen con su esposo nominal, el bebé y un buey y un asno que lo calientan con su aliento, sin atreverse a comer el heno. De los componentes de este grupo canó-

nico, los dos animales no aparecen en los Evangelios y por tanto se han añadido por motivos funcionales. Se creía que la Virgen montaría en el asno, y que José llevaría al buey para venderlo en el mercado y sufragar así los gastos del viaje. Sin embargo, hay una lejana fuente bíblica inspiradora. Justo al comienzo del Libro del Profeta Isaías, narra éste la visión en la que se le apareció Yahveh quejándose de que: He alimentado, he hecho crecer hijos, y ellos se han rebelado contra mí. Conoce el buey a su señor, y el asno el pesebre de su amo. Israel en cambio no conoce (Isaías, 1, 2-3). Para interpretar el hecho de que el asno y el buey hayan saltado desde aquí hasta Belén, tenemos tan sólo el lazo de unión de la palabra pesebre. Pero este fragmento de Isaías debía ser muy conocido, puesto que continúa luego con una diatriba sobre los seculares enemigos de Cristo, los hijos de Israel: pueblo cargado de crímenes y ralea de malvados. En cuanto a leyendas, en Galicia se creía que la Sagrada Familia había pasado por allí en su viaje, como probaban unas inscripciones pétreas de las herraduras del asno, la nana que se había escuchado a la Virgen (y que se cantó en Camariñas hasta el siglo XVIII) y la ciudad sumergida bajo el lago de Maside, castigada por negarles el albergue.

En lo que respecta a los orígenes de los belenes se pueden rastrear en varias direcciones. Por un lado, las esculturas y pinturas que adornaban las fachadas y bóvedas de los templos con propósitos adoctrinadores, enseñando con las imágenes a unos fieles analfabetos y que apenas entendían el latín. Por otro, las representaciones teatrales semi-litúrgicas que se organizaban en las grandes festividades. Pero fueron tales los escándalos provocados por muchas de estas representaciones, que se convertían en farsas burlescas, que al comenzar el siglo XIII el Papa Inocencio III decidió prohibirlas. Fue entonces, en 1223, cuando un san Francisco de Asís muy anciano obtuvo permiso del Papa para celebrar de modo original la misa de Nochebuena. Es muy conocido que en el bosque de Greccio, cercano a Roma, dispuso un altar frente a una cueva, en la que había algunos animales domésticos y un pesebre con heno para que el Niño reposara allí bajo las formas de pan y vino. Los pastores de la vecindad acudieron con antorchas encendidas, y debieron quedar muy conmovidos por la atmósfera del acto. Más que un belén, fue una escenografía para hacer más real el sacrificio de la misa, y la buena acogida hizo que la orden franciscana adoptase para el culto este tipo de representación piadosa. Unas décadas más tarde, ya la han introducido en España. El Renacimiento constituyó un gran impulso para la tra-



Dos elementos típicos de la Navidad: izquierda, el belén, tal como era tradicional a finales del siglo XIX (La Ilustración Artística, 1893) y grupo de niños cantando villancicos (grabado inglés, finales del siglo XIX)

dición artística de los pesebres o belenes, aunque todavía reclusa en el ámbito de los conventos e iglesias, estando documentado el de un palacio italiano en 1567.

Los reformistas protestantes atacaron esta manifestación semirreligiosa, lo que provocó una reacción en su defensa en la época barroca, especialmente entre los jesuitas, convirtiéndose el hispano reino de Nápoles en centro de producción de figuritas. En el siglo XVIII se amplía su aparato escenográfico y se introducen en globos de cristal. Cuando Carlos III era todavía rey de Nápoles, se convirtió en impulsor de su propagación dentro de los hogares, construyendo un presepio en una de las habitaciones del palacio real, que permitía que fuera visitado por los súbditos. El se dedicaba personalmente a elaborar las figuras, y su ejemplo fue seguido por la aristocracia y los mercaderes, invirtiendo fortunas en la vistosidad y riqueza de los presepios, donde se prodigaban el oro y la plata y las figuras se vestían con seda y piedras preciosas. Al ser coronado en España, Carlos III encargó a artistas valencianos el que se denominará Belén del Príncipe, en estilo napolitano, para su hijo. Desde entonces se popularizan por el reino, vistiéndose las figuras con la indumentaria regional, destacando por su afición Cataluña, Mallorca y Murcia. Y una modalidad que sigue viva es la de los pesebres portátiles, que van pasando de casa en casa para acoger en ellas la visita domiciliaria de la Sagrada Familia.

Los regalos: Otra de las tradiciones inseparables de estas fiestas es la de repartir los

aguinaldos con los que se obsequia tanto a parientes y amigos como a sirvientes y funcionarios públicos. Hasta hace muy poco fue clásica en estas fechas la imagen del sereno, cartero, basurero y casi todos los oficios repartiendo unas tarjetas en las que felicitaban las pascuas a la población, a cambio de una dádiva por sus esfuerzos a lo largo del año. En la prensa del siglo XIX abundan las quejas por tantas peticiones de aguinaldos, que se calificaban de calamidad pública.

El origen de la tradición se puede rastrear hasta la época romana. Según la leyenda, surgió con Rómulo, el primer rey de Roma, quien regaló a sus ayudantes unos ramos

cortados de un frutal del bosque de la diosa sabina Strenia, que fueron recibidos como indicio de buen augurio para el año venidero. Más adelante, con tal nombre se intercambiaban objetos de valor entre los romanos, en la fiesta del 1 de enero. Con el emperador Augusto se le llegó a dar un carácter oficial. De la palabra latino strenae derivan las españolas estrenas y entrenas, ambas con el mismo sentido de estrenar algo nuevo.

Los regalos mutuos se hacían entre los cristianos en la fiesta de Navidad. En el siglo XIII, el rey independiente de Ceuta Abu l-Qasim al-'Azafi, se quejaba de que sus súbditos musulmanes imitaban a los vecinos de la Andalucía cristiana, ya que en la Navidad se hacen unos a otros preciosos regalos y ciudades (dulces en forma de ciudad rodeada de murallas) con mesas adornadas para comilonas (...) Todas estas cosas se han propagado como enfermedad a este lado del estrecho (...) van los niños musulmanes a las iglesias y aceptan regalos (...) Quien imita a gente extraña se convierte en uno de ellos.

Parece que en el siglo XVIII surgen en Alemania las tarjetas de felicitación, y en 1837, salió en la prensa de Barcelona el anuncio de tarjetas finas muy elegantes y de excelente papel, para las personas de gusto que quisieran felicitarse las pascuas. Hoy día son millones las tarjetas de Navidad que se echan a los buzones en España, colapsando los servicios de correos.

Otras costumbres: En algunos países se suponía que la semilla de helecho florece la noche de Navidad, y el que la recoja esa noche

puede obligar al diablo a que le traiga un saco de monedas, con lo que se volverá riquísimo. Entre los gallegos, era tradición que al término de la cena, salieran los chiquillos a apedrear los árboles para que diesen abundantes frutos. En Verín (Ourense), para el mismo fin se establecía el siguiente diálogo entre adultos: Dueño del árbol: Eiqui estamos, heino de cortar. El otro: Por Dios e polas animas, deixalo quedar. Pro año que ven, hallas de dar. Luego, el dueño apedreaba el árbol y se retiraba sin darle la espalda. Y es intrigante que un ritual idéntico se ha registrado en Japón en sus fiestas de fin de año.

También tenemos la que se puede considerar último resto en esta fecha de las primitivas tradiciones de los reyes saturnalicios. En varios pueblos burgaleses, hasta la década de los 50 se conservó el ritual del reinado. En Navidad, los

mozos del reinado —solteros— elegían su rey (el mazarrón, personaje grotesco adornado de cintajos de colores) y su reina, y durante el baile en la plaza, los casados intentaban apoderarse de la bandera o una prenda personal de alguno de los reyes, que se llevaban a la taberna con lo que obligaban a los mozos a invitarles a beber para pagar el rescate. Por su parte, los mozos buscaban atrapar a algún casado, para llevárselo en volandas hasta la misma taberna, debiendo costear el gasto que hicieran. Otra vez nos aparecen elementos relacionados con la fecundidad, en esta pugna entre casados y solteros.

Por último, y para volver al solsticio, en Siria y en Egipto al llegar la medianoche salían los sacerdotes al exterior de los templos gritando: ¡La Virgen ha parido! ¡La luz está aumentando!

El cambio de Año

LA última noche del año suele ser la que se vive con mayor excitación, buscando compulsivamente multiplicar los placeres. En nuestro comportamiento social, confluyen el abandono de las desdichas que pudieron haber sucedido a lo largo del año transcurrido y la esperanza de que el año que comienza aporte toda la felicidad que se puede desear.

En realidad, la elección de esta jornada como fractura temporal, cierre de un ciclo anual e inicio de otro, es una convención reciente y aleatoria. Incluso la palabra *calendario* en su origen a lo que se refería es a registro de cuentas, relacionada con la usura y el interés. Su uso para indicar un sistema de división del año, con sus fiestas, es mucho más moderno y en el latín medieval se ilustra con ejemplos hispanos.

Desde un punto de vista psicológico, es muy antigua la noción de que el año es algo así como un ser animado que tiene sus momentos de nacimiento, niñez, juventud, plenitud o madurez y vejez, lo que para los agricultores era percibido sobre todo sensorialmente: el año nace, el año muere. Como la vegetación: a tono con el mayor o

menor calor solar. El año condiciona la vida de los trabajadores del campo, sus éxitos y sus fracasos.

Y desde el punto de vista ecológico, la primavera parece la época más propicia para servir como frontera entre dos ciclos anuales. Es el momento en el que revive la vegetación, brotando nuevas hojas y manifestándose la Naturaleza en su máximo esplendor, con su despliegue floral. De hecho, nuestro *año astrológico* comienza el 20 de marzo, cuando el sol entra en Aries, marcando el equinoccio primaveral: igualdad de duración entre el día y la noche. Y, según remotas tradiciones, en este día fueron creados el mundo y el primer hombre.

Las fórmulas del cómputo del tiempo más antiguas de la Humanidad se relacionaban con la luna. Ya en el Paleolítico Superior existió un tosco sistema de notaciones del tiempo, basado en las fases lunares, con la que se fijaban las ceremonias estacionales. Los astrónomos antiguos fijaron la división del año en 12 meses lunares = 354 días. Cuando surgieron las ciudades-templos en Sumeria, en la primavera se celebraban las fiestas colecti-



Arriba, *La Adoración de los Pastores* (Murillo, Museo del Prado, Madrid); abajo, *alegoría del Nuevo Año* (por José Méndez Bringa, Blanco y Negro, 1916)



vas de Año Nuevo, en la que los dioses fijaban el destino de los doce meses venideros. En el Imperio babilónico, el *akitu* o fiesta de Año Nuevo se realizaba a lo largo de 12 días. Y la concepción circular del tiempo se expresaba simbólicamente en estas fiestas con la repetición ritual de los míticos combates y las bodas divinas que dieron lugar a la creación del mundo. En los últimos días del año tenían lugar excesos orgiásticos —del tipo de las *saturnales*— con la anulación del orden social, extinción del fuego en los hogares y retorno de los muertos (representados por máscaras). Muchos episodios del *akitu* reaparecen, sin salir del Próximo Oriente, en Egipto, Ugarit, Irán y entre los hititas, por lo que se puede suponer la influencia que ha tenido.

La destrucción de la maldad

En la antigua China, la fiesta del Año Nuevo también es primaveral, acogiendo un nuevo ciclo agrícola, y por basarse en la luna es móvil. Dura dos semanas, y se inicia con la despedida del dios del hogar, que sube al cielo a informar de la situación familiar. El día de entrada del año se dedica al culto a los antepasados, y la última noche tiene lugar la *fiesta de las linternas*, ceremonia del poder mágico del fuego para estimular la fertilidad de hombres, animales y plantas. En el cercano Tibet, el Año Nuevo también se celebra en el primer mes lunar, a mediados de febrero. En el patio de los monasterios budistas se representa una danza ritual con máscaras: el demonio *Llama* es apuñalado, y con su muerte desaparecen los pecados cometidos a lo largo del año que termina. Y son numerosísimos los ejemplos históricos y los recogidos por los etnógrafos que muestran lo extendida que estaba la persecución y expulsión o destrucción de un símbolo de la maldad.

Del minucioso análisis que hizo el eminente antropólogo irlandés James G. Frazer del rito práctica-

mente mundial de expulsión pública de los demonios y pecados, concluyó que: a pesar de las variantes, el objeto principal de la ceremonia era la limpieza completa de los males que infestaban a un pueblo; el intervalo entre dichas celebraciones solía ser anual, coincidiendo con alguna estación de cambio bien marcada (invierno en el Norte, lluvias en el trópico), que se convertía en principio del nuevo año; esta expulsión pública y periódica de los demonios va por lo común precedida o seguida de un período de libertinaje general, durante el cual se abandonan las restricciones sociales; y, en último lugar, era frecuente el empleo de un hombre divino o un animal como víctima propiciatoria.

Acercándonos a nuestra cultura, entre los antiguos romanos, que en un principio también tenían un cómputo lunar, comenzaba el año con la luna nueva inmediatamente posterior al deshielo, que coincidía con el actual mes de marzo. Más adelante se fijó la fecha del 1º de marzo como comienzo del año. Pero como residuo de la anterior etapa quedó a mediados del mes, la *quema de la vieja*, una legendaria *Anna Perenna*, y se creía que cada persona viviría tantos años como copas bebiese en tal día, por lo que es de suponer la categoría de las borracheras de los aspirantes a la longevidad. En el año 45 a. C., Julio César instauró el año solar con comienzos el primero de enero, dejando arrinconado el sistema anterior.

El final del año

En cuanto a la despedida del Año Viejo, a menudo se ejecutaba sin contemplaciones, representándolo por papeles o muñecos burlescos, o por pellejos, a los que se prendía fuego. A esta quema simbólica, que hasta hace poco se mantenía en pueblos de Alava y Lugo, se le puede considerar *rito de expulsión* en el anteriormente definido por Frazer. Como las tradiciones paganas de los hispánicos tuvieron que adaptarse al calendario litúrgico y su control por parte de la Iglesia, no es de extrañar que se trasladasen a otras celebraciones rituales en las que podían refugiarse bajo formas diversas que les hacían intolerables. Así, en Carnaval se queman los papeles que lo representan, como se hace el Sábado Santo con los *judas*, y con otros personajes en fiestas ígneas como las fallas y San Juan.

Un significativo remanente de las costumbres paganas de cambio de año que consi-



Arriba, *salutación al Año Nuevo* (por José Lieck, La Ilustración Artística, 1888); derecha, *Por el Año Nuevo (alegoría del comienzo del año, por Daniel Perea, La Ilustración Española y Americana, 1883)*

guió perdurar en las montañas cántabras hasta la década de los 50, y que se ha revitalizado en los 80, son las *vijaneras*. Consisten estas carnavaladas rurales del 31 de diciembre (cuyo nombre puede relacionarse con *janero* = enero, mes de Jano, al que abren la puerta) en la agrupación de los pastores en una comparsa que recorre las calles, cubiertos con pieles de animales y llevando a la cintura numerosos cencerros que agitan con ruido atornador. Junto con tales *zamarracos*, componen las comparsas una *pareja de viejos* y el *oso y su domador*. La *vieja* tiene imprevistos partos, en los que da a luz una criatura o un gato, y al *oso* lo apalean y dan muerte simulada. Al final de la representación, se cantan coplas burlescas sobre los sucesos comunitarios más destacados del año. He aquí agrupados varios de los que se podría considerar entre los más antiguos de nuestros rituales, emparentados con otras simbólicas *cacerías del oso* en los Pirineos, que en algunos casos ocurrían en Navidad o el 1º de enero, aunque lo

habitual era su celebración en Carnavales.

Mientras que la Nochebuena es una celebración de ámbito familiar, la Nochevieja adopta un carácter público, buscando compartir el mágico momento del cambio anual. Para las actuales despedidas de año, se ha ido imponiendo la costumbre de prolongar interminablemente las cenas y no dormir, de donde viene la palabra francesa *réveillon* (estar despierto), y no cejar hasta alcanzar el paraíso etílico. Tomar las doce *uvas de la suerte* mientras suenan las doce campanadas es un reciente y profano rito en auge. Como acudir a las plazas mayores de las ciudades para escuchar las campanadas y divertirse colectivamente.

El comienzo del Nuevo Año

Cuando comience nuestro año 2000, para los judíos será el año 5761, para los chinos el 4698 y para los musulmanes el 1378. Y es que la numeración anual varía según las culturas. Así, entre nuestras más cercanas *eras cronológicas* tenemos: la de las *olimpiadas*, cómputo usado por los antiguos griegos para contar el tiempo por períodos de cuatro años según el ritmo de celebración de las olimpiadas; la de la *fundación de Roma*, para los primitivos latinos; su renovación en el año 38 a. C. cuando el emperador Augusto dio por terminada la conquista de Hispania, por lo que se llamó *era hispánica o del César*, la *era de Cristo*, establecida en Roma en el año 540; y la *mahometana*, a partir del 622, en que se produjo la *hégira* o huida de Mahoma de La Meca a Medina.

En la Cataluña altomedieval se contaban los años por los reyes de Francia, hasta que el Concilio Provincial de Tarragona, en 1180 lo prohibió. Pero siguió manteniéndose la fecha de la Encarnación (25 de marzo) como inicio del nuevo año, hasta 1350, que se sustituyó por la Navidad. En cuanto a Castilla, se contó por la *era del César* hasta las cortes de Segovia de 1383, en que se pasó a la *era de la*



Natividad de Cristo, con el 1º de enero como inicio anual.

La circuncisión de Jesús

Con el propósito de desviar a los fieles de las mascaradas erótico-salvajes que tenían lugar el primer día del año, en la Galia y en Hispania, en el año 567, se instituyó un ayuno obligatorio en conmemoración de la *circuncisión* de Cristo, que según la ley hebrea se efectuó al 8º día de su nacimiento, y fue cuando se le impuso el nombre de Jesús.

La *circuncisión* es una operación quirúrgica que consiste en cortar una porción exterior del prepucio del varón, y que tiene motivos higiénicos, preventivos o curativos. Como rito religioso judaico, fue prescrito por Yahveh a Abraham, como sello de la *alianza* o de las promesas que hizo a este patriarca y a sus descendientes a cambio de ser su único dios (Génesis: 17, 9). Pero más adelante, cuando Moi-

sés reelaboró la religión hebrea, Yahveh estuvo a punto de matarlo por haber descuidado la práctica sagrada (Exodo: 4, 25). Ahora bien, según Sigmund Freud, esta costumbre les llegó a los judíos de los egipcios: *Heródoto, el padre de la Historia, nos informa que la costumbre de la circuncisión existía en Egipto desde mucho tiempo atrás, y sus palabras han sido confirmadas por los exámenes de momias y aun por las figuras murales de las sepulturas. En la medida de nuestra información, ningún otro pueblo del Mediterráneo oriental tenía esa costumbre; se acepta con certeza que los semitas, babilonios y sumerios no eran circuncisos (...) Quienes no la practican, le tienen cierto horror; los otros, en cambio, los que adoptaron la circuncisión, están orgullosos de ella, se sienten elevados, como ennoblecidos, y consideran des-*

para nuestra *circuncisión mística y moral*, corrigiendo el vicio de la concupiscencia. En la Edad Media se creía que *el trocito de carne que eliminaron del cuerpo del Señor fue llevado por un ángel a Carlomagno* quien lo colocó reverentemente en una iglesia de Aquisgrán. *Y esta insigne reliquia, andando el tiempo fue a parar a la iglesia de 'Sancta Sanctorum' de Roma (junto con) sus venerables sandalias y su cordón umbilical.* En el Renacimiento son varios los templos, entre ellos uno de Burgos, que se vanaglorian de albergar como reliquia *el prepucio de Nuestro Señor*, lo que desencadenó controversias teológicas sobre la posibilidad de que Cristo hubiera resucitado sin esa parte de su cuerpo.

En cuanto a los musulmanes, se practicaba cuando el niño tenía 13 años, y era motivo para que el padre demostrara su riqueza. Precisamente, la circuncisión en 1582 de Mohammed, hijo del sultán Murad III, gran rival de Felipe II, dio lugar a la que se considera mayor



Pesebre del siglo XII-XIII (detalle frontal del altar de Santa María de Aviá, Museo de Arte de Cataluña)



pectivamente a los demás, que les parecen impuros. Los árabes, que se suponían descendientes de Abraham por Ismael, conservaron esta ceremonia. Y hay otras culturas que la practican: en el África tropical es un rito casi indispensable de la pubertad, y lo mismo se puede decir de los aborígenes australianos. Desde hace unos años se ha generalizado por todo el orbe como medida sanitaria con los recién nacidos.

Para los cristianos, que la rechazaban violentamente por ser señal de identidad de las dos grandes religiones rivales, se la asumía respecto a sus fundadores judíos a nivel metafórico, como una figura del bautismo (la que efectúa el Espíritu Santo mediante la gracia separando de nuestro corazón todo lo que se opone a la Ley de Dios) y como ejemplo

fiesta del Imperio otomano y, por tanto, entre las mayores del mundo. Duraron 6 semanas, asando 20 bueyes cada día, y tan sólo para la limpieza del hipódromo de Estambul, donde tuvieron lugar los principales actos, se destinaron 500 barrenderos. Para acompañar al príncipe heredero, se circuncidaron 100 renegados cristianos, y el toque penitencial lo puso una docena de prisioneros de Bosnia, que se automutilaban para recibir una recompensa; uno de ellos *llevaba el asta de una bandera metida entre la carne y la piel, los brazos agujereados a flechazos y en la espalda algunas herraduras de caballo clavadas con todos sus seis clavos: por todos lados iba chorreando sangre* según un anonadado testigo presencial. Entre simbólicas conquistas de galeras y castillos cristianos, los 900 esclavos cristianos de la viuda de Sokolli representaron en una danza de espadas el combate entre san Jorge y el dragón, y ciento de derviches, luchadores, juglares, titiriteros, sátiros, bufones y músicos alegraron a los asistentes.

Las fiestas de los niños

Los Reyes Magos y Santa Claus

EL ciclo de la Navidad se cierra con la festividad de los Reyes Magos, que para los niños del mundo hispánico es la fiesta de los regalos. En el resto del mundo cristiano, el santo de los juguetes es Santa Claus, San Nicolás o su transformación en Papá Noel, que va extendiéndose también por el mundo Iberoamericano por mor de la publicidad y de que su

Gaspar, Melchor y Baltasar, montando dromedarios para justificar la rapidez de su viaje. Y su sepulcro se sigue venerando en Colonia, a orillas del Rin. En cuanto a su procedencia prevaleció la opinión de que fuese Persia, ya que con la dinastía sasánida tenían allí gran prestigio los astrónomos, hombres sabios y poderosos conocidos como *magos*. En lo que toca a la estrella, modernas teorías creen ver en ella al cometa Halley.

Pero una sugestiva interpretación es la elaborada por James G. Frazer, partiendo de la conocida afirmación de san Jerónimo de que Belén estaba sombreado por un bosque del dios sirio Adonis. Como la divina amante de este dios, Astarté, estaba identificada con el planeta Venus, sus mudanzas de estrella matutina a estrella vespertina fueron cuidadosamente observadas por los astrónomos babilónicos, que fechaban los festivales de Adonis cuando Venus reaparecía en una mañana, como queriendo levantar del lecho terrenal a su

amante muerto. Así, la visita de los magos persas sería para asistir a las fiestas de Adonis en Belén.

Ya vimos que en la primitiva liturgia se celebraban el 6 de enero conjuntamente la Natividad, los Magos y el Bautismo de Jesús. Con la separación latina de la Navidad, quedó el 6 de enero dedicado a la *Epifanía* o manifestación divina de Cristo. Así, en el calendario mozárabe de Córdoba del año 961, se dedica este día al *Bautizo de Cristo*. Y es probable que se celebrara, como en los actuales ritos ortodoxos, con la consagración de las aguas, introduciendo en el río o fuente una cruz, y llevando luego parte de esa agua para bendecir las casas, fincas y ganado. Igual que el culto al Nilo que los egipcios hacían el mismo día.

Pero de hecho fueron varias las *epifanías* que se superpusieron en una fiesta única: a



celebración se hace coincidir con los primeros días de la Navidad, de forma que los niños pueden aprovechar las vacaciones para disfrutar de los regalos.

Esta es la grandiosa noche de los niños en la cultura hispánica, aunque un pragmático aprovechamiento de las vacaciones la está trasladando a la Nochebuena. Es la *noche de los juguetes* que aparecen por arte de magia, depositados por los Tres Reyes Magos de Oriente.

La base evangélica para este episodio es la narración de san Mateo de *unos magos de oriente* que seguían una estrella para ir a adorar al rey de los judíos (2,1-2). Sobre tales escuetos datos, se han ido tejiendo diversas leyendas para darles personalidad propia. El título de *reyes* parece datar del siglo VI, elevando su número a 12, aunque en el siglo siguiente ya empieza a hablarse en latín de



Página izquierda, los Reyes Magos (probablemente, siglo XIII, detalle del altar de la iglesia de Mosoll, Girona, Museo de Arte de Cataluña). Página derecha: alegoría de la fiesta de Reyes (La Ilustración Española y Americana, 1872)



nos, donde la gente pasa la noche en la calle en torno a hogueras, comiendo *puches* y entonando villancicos. Al amanecer, llegan por distintos caminos los Magos con amplias comitivas, siendo acompañados por los vecinos en busca de la estrella, hasta dar inicio al *auto de reyes*. La falta de caballerías en el campo está haciendo decaer esta tradición.

Quizá todavía se encarguen el rey y el virrey elegidos en La Mezquita (Orense) de aportar a sus vecinos un tonel de vino, que traen, revestidos con sus coronas y mantos, en un carro que entra triunfalmente al pueblo.

Y lo que está alcanzando un extraordinario auge son las *cabalgatas de reyes*. Con patrocinio municipal (suelen

disfrazarse los concejales como Magos) y el apoyo de los comerciantes, se engalanan carrozas y lanzan caramelos. En sitios costeros, los reyes llegan en barco.

través de la estrella sucedió con los magos; justo 30 años más tarde, durante el bautizo en el Jordán, se manifestó la Santísima Trinidad a los asistentes; un año después, en las bodas de Caná, con la conversión del agua en vino se contabilizó el primer milagro de Jesús. Y estas tres acciones se conmemoraban el mismo día en la Edad Media.

Otras tradiciones

En el siglo XIX era habitual ir a esperar a los reyes magos, formando ruidosas comparsas callejeras que convidaban y eran convidadas con música y vino. En algunas ciudades tenían lugar grandes borracheras en los ventorrillos del camino de Madrid (de donde *llega siempre lo grande*).

Todavía hay sitios, como la manchega Via-

San Nicolás o Santa Claus

San Nicolás es uno de los santos más populares en la Edad Media, patrono de los escolares y protector de los cautivos, los débiles y los pobres. En la cultura bizantina se le tenía como el sucesor de Dios cuando éste envejeciese.

Nació en el siglo III en la griega Patras, en una familia muy rica. Muy pronto exteriorizó su carácter puro, ya que siendo bebé no aceptaba mamar del pecho materno más que una vez diaria durante los días de la semana en los que los primitivos cristianos ayunaban. Ya

adulto era muy caritativo, y gracias a su costumbre de ser el primero en entrar por las mañanas en la iglesia, fue designado obispo de Myra (en la región costera de Anatolia). Por su cargo episcopal acudió al Concilio de Nicea, en donde tuvo una seria controversia con el herético Arriano, al que golpeó en la cara, recibiendo como castigo la cárcel y la desposesión de su dignidad. Pero Cristo y la Virgen le sacaron del apuro. Luego se apareció en sueños al emperador Constantino para ordenarle que liberase a tres generales injustamente encarcelados. En el año 343 falleció en Myra, y de su sepulcro brotó un manantial de aceite. Este óleo santo que fluía de sus huesos era muy solicitado para la curación de los enfermos. Por su milagrosa intercesión se salvaron del naufragio varios marineros (motivo por el que también le veneraron como patrón de los navegantes) y resucitaron unos estudiantes. Era tal su fama legendaria, que en el 1087 unos mercaderes italianos rescataron su cuerpo del poder musulmán y lo llevaron a la italiana Bari, ciudad que le erigió una gran basilica, desde la que prosiguió su celestial ayuda a los débiles y se convirtió en centro de peregrinaciones en busca del *salutífero bálsamo, santo maná o licor que destilaban sus huesos*.



graves quejas en el siglo XV, pero no impidieron su difusión. Todavía en el siglo XVII se prohibían en el obispado de Lugo las *intervenciones ridículas, figuras impertinentes y mojigangas* de esta fiesta, de la que todavía queda un mínimo rescaldo en la misma Galicia: en la ca-

tedral de Orense es un niño el que en este día dirige el coro.

La transformación de este milagroso santo en *Papá Noel, Father Christmas* o *Padre Navidad* tuvo lugar entre los reformistas alemanes, extendiéndose luego al resto de los países protestantes. Los colonos holandeses que se asentaron en Nueva Amsterdam (actual Nueva York), reemplazaron a San Nicolás o *Sinter Claes* por el benevolente mago con traje y gorro rojo, campanilla y larga barba blanca, residente en la zona polar de la Laponia finlandesa (donde es llamado *Joulupukki*), que se empezó a conocer como *Santa Claus*, configurando de esta forma su culto. Desde los países anglófonos se ha ido imponiendo como el héroe mítico de las fiestas infantiles de Navidad, bajando por las chimeneas para repartir los regalos que acarrea en su trineo tirado por renos.

Sátiras eclesiásticas

En el siglo XIII en Inglaterra, Francia, Italia y Cataluña, los estudiantes conmemoraban a su patrono San Nicolás con la tumultuosa fiesta llamada *episcopus puerorum* (*bisbató u obispillo*). Consistía en la elección en las catedrales de un infante de coro para actuar como auténtico obispo hasta el día de Inocentes. Con gran ceremonial, unos ángeles descendían del techo para imponerle una mitra. Vestido con los ornamentos sagrados, impartía la bendición con el báculo episcopal y pronunciaba un sermón en el que relataba la adoración de los magos y que él había conseguido escapar del degüello de los inocentes, pasando luego a satirizar las costumbres sociales. Mientras él y su cabildo gozaban de cierta jurisdicción, dirigiendo los oficios desde el coro, los canónigos desempeñaban los bajos oficios de criados, perreros y barrenderos, para ejercitarse en la virtud de la humildad.

Los cantares torpes, pláticas burlescas y desórdenes que se causaban fueron motivo de

BIBLIOGRAFÍA

- Caro Baroja, J.: *El carnaval*, Madrid, Taurus, 1979.
- Frazer, J. G.: *La rama dorada. Magia y religión*, Madrid, F. C. E., 1981.
- Gaignebet, C. y Ricoux, O.: *Visión histórica en Carnavales et mascarades*, París, Bordas, 1988 (Ed. Pier G. d'Ayala y M. Boiteux).
- Heers, J.: *Fêtes des fous et carnavales*, París, Fayard, 1983.
- König, F.: *Diccionario de las religiones*, Barcelona, Herder, 1964.
- Lázaro Carreter, F.: *Teatro medieval*, Madrid, Castalia, 1976.
- VV. AA.: *El auto religioso en España*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1991.
- VV. AA.: *El libro de Navidad*, Barcelona, Montaner y Simón, 1956.
- VV. AA.: *Grupos para el ritual festivo*, Murcia, Editora Regional, 1989.
- Violant i Simorra, R.: *El llibre de Nadal*, Barcelona, 1949.
- Vorágine, S. de la: *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza, 1982 (2 vols.).

La fiesta del Corpus

Por Demetrio E. Brisset

Antropólogo.

Universidad de Málaga

LAS transformaciones socio-culturales sucedidas en España en las últimas dos décadas han repercutido sobre los rituales profanos de las festividades religiosas, que en muchos casos se mantenían prácticamente invariables desde hace siglos. Uno de los ejemplos más notables es el del Corpus Christi o Día del Señor, la fiesta por antonomasia del catolicismo hispánico, que servía como máximo exponente tanto del poder de la Iglesia y los dignatarios civiles como de la cohesión del *cuerpo social*. El que se destacaba como *Jueves de oro*, a pesar de los esfuerzos de los eclesiásticos cesó de ser fiesta nacional en los noventa, siendo trasladada su celebración al domingo posterior.

En euskera, el Corpus es conocido como

Bestaberri, la Fiesta Nueva, que intentó y en gran parte consiguió suplantarse la fiesta del solsticio de verano. Su origen es medieval tardío, por lo que efectivamente es reciente dentro del ciclo festivo de la cultura ibérica. Entre los siglos XV y XVIII fue sin duda la festividad central del año, con más elementos profanos que la Pascua de Resurrección y disfrutando mejor tiempo que la de Navidad. Si se tiene en cuenta que está íntimamente entrelazada con los Autos Sacramentales, forma literaria específicamente hispánica (se calculan más de mil los compuestos tan sólo en el siglo XVII), se comprende que hayan sido muchos los investigadores volcados en su estudio, sobre todo en su historia local, por lo que se ha convertido en la fiesta española sobre la que más se ha

Procesión del Corpus Christi en Granada, 1900



escrito. Frente a tal avalancha documental, el antropólogo que busque interpretarla puede sentirse tan hundido como un barril con desechos radiactivos en la Fosa Atlántica, por lo que para arribar a puerto se precisa un método comparativo formal-histórico-cultural, como el aplicado por Caro Baroja (1).

Una gran fiesta de Corpus urbana constaba de efímeros adornos callejeros, tanto de carácter vegetal (juncias, helechos, altares de flores) como tejidos, y una solemne procesión presidida por una florida e impresionante custodia con la Santa Hostia, acompañada por danzas de carácter gremial o campesino, representaciones simbólicas de animales o

cer, ya que en muchas localidades pequeñas se sigue celebrando con algunos de nuestros elementos festivos de mayor antigüedad: danzas de espadas, paloteos, caballitos fingidos, toros, enramadas, loas, bailes dentro del templo, diablos y dragones. Por este motivo, un observador procedente de otra cultura podría considerar que es la más arcaica fiesta peninsular.

El doble origen

A principios del siglo XIII, se extendía por Europa la revolución igualitarista cátera, con influencias de la herejía de Berengario de Tours que negaba la presencia de Cristo en la Eucaristía, rechazando además el purgatorio, las indulgencias, el sacerdocio y la veneración de los santos; acatando literalmente el Sermón de la Montaña y oponiéndose a los privilegios de la jerarquía

El Corpus en Toledo: paso de la carroza que conduce la gran custodia de Arfe

eclesiástica y a los fastos litúrgicos. El Papa Inocencio III, con señorío feudal sobre los monarcas cristianos, en 1209 decretó una Cruzada contra los herejes de Albi. Pocos años después de su exterminio, la superiora del convento agustino de Lieja, la beata Juliana, tuvo visiones de una luna llena, que el propio Jesús

le descifró: al calendario litúrgico le faltaba la celebración de su Sagrado Cuerpo, y ella sería la encargada de conseguirlo. Hubo resistencias para tomar en serio sus revelaciones y adoptar una nueva fiesta, aunque el decidido apoyo del arcediano local consiguió que el culto almibarado que las monjitas derramaban sobre la Sagrada Forma fuese solemnemente entronizado en la ciudad en 1247, en la noche del Jueves Santo, que tiene que coincidir con la luna llena.

Tres años antes los musulmanes habían reconquistado Jerusalén, impidiendo la peregrinación a los Santos Lugares. El arcediano de Lieja fue elegido papa con el nombre de Urba-

monstruos, figuras exageradas tales como gigantes y cabezudos, otros personajes más o menos burlescos, tipo vejigueros o diablillos y la comitiva compuesta por los miembros de las cofradías (residuo de los antiguos gremios y corporaciones), las autoridades religiosas, civiles y militares, y los niños y niñas que han hecho su primera comunión. Actualmente, salvo en Granada (con una feria que funciona como fiesta patronal), en Valencia (donde se están recuperando los antiguos elementos procesionales) y en Toledo (con su riquísima custodia y su aparatoso cortejo de dignatarios), el día del Corpus apenas conserva su antiguo esplendor. Pero se resigna a desapare-



no IV, y su brevísimo pontificado destaca por la bula de indulgencias concedida en 1264 a la festividad del Cuerpo de Cristo, con una procesión pública el Jueves Santo y el adorno de los altares o *monumentos*. Este es el origen *oficial* de la fiesta del Corpus, pero hay otra conexión que se ha ignorado y que puede ser relevante.

Fue en el año del Señor de 1239 cuando tuvo lugar el *milagro de los corporales de Daroca*: tropas del monarca catalano-aragonés Jaime I el Conquistador sitiaban uno de los últimos castillos en poder de los musulmanes valencianos, celebrando una misa antes de lanzar el ataque. El oficiante, sacerdote de Daroca, había consagrado seis hostias para alimento espiritual de los seis capitanes, pero al irrumpir los enemigos en el campamento cristiano, optó por esconderlas mientras chocaban las espadas. El combate concluyó con victoria cristiana, y al proseguir la misa descubrieron que las hostias se habían convertido en auténtica carne, y no se podían separar de los *corporales* o tela litúrgica que las envolvía, debido a la sangre vertida y coagulada. A resultas del conocido expediente de colocar las reliquias sobre una mula a la que se dejaba libre, llegaron a Daroca, en donde decidieron albergarlas en una suntuosa basilica y mostrarlas a los fieles con la veneración exigida al ser auténticos *trozos del hombre-dios*.

A partir del año siguiente al del milagro, se inició el rito de su exposición anual en una gran fiesta, que gozaba del portento de expulsión de los demonios adueñados de las mentes débiles (2). Y en 1263, el ya mencionado papa Urbano IV concedió una bula de indulgencias a quienes visitasen los Corporales de Daroca (3), por lo que se pueden considerar precedentes directos del Corpus, ya que son un año anterior a la bula institucional de la fiesta de las monjas de Lieja.

Sea el origen uno u otro, el caso es que la nueva festividad sintonizó con los gustos hispánicos. Consta que un hábil monarca centralizador, el castellano Alfonso X el Sabio, participó en la celebración de Toledo en 1280, y un par de años después ya se celebraba en Sevilla. En el resto de Europa no llegó a prender, hasta su ratificación por el Concilio de Viena (1311), cuando la cristiandad romana se halla-

ba inmersa en una profunda crisis política, la corrupción y el nepotismo impregnaban a sus obispos y abades, y la Santa Sede permanecía cautiva en Avignon. Fue precisamente uno de los papas de Avignon, Juan XXII, quien había condenado la doctrina franciscana de la pobreza absoluta de Cristo y de los apóstoles, quien otorgó en 1316 la configuración definitiva al Corpus Christi, al establecer en su honor una procesión pública e independiente del Jueves Santo, en una fecha más cercana al verano (4). Este Corpus renovado tendría aceptación masiva, apropiándose de elementos propios de ritos paganos, y sus solemnes procesiones se extendieron por Europa.

Su institución en España

Antes de 1314 comenzaron los canónigos de la catedral de Gerona a representar en la nueva fiesta relatos de la Biblia tales como *La venta y sueño del patriarca José* y *El sacrificio de Isaac*, lo que indica la intencionalidad catequista que desde el principio la acompañó. Por su parte, la procesión del Corpus de Barcelona ya está documentada en 1319, con la asistencia de gremios, cofradía, ciudad y *representaciones* así del Viejo como del Nuevo Testamento, destacando la de *la creación del mundo* con su batalla de espadas entre el bando de los ángeles y el de los demonios (5). A finales de este siglo, entre las representaciones se mencionan la del Paraíso (con Adán, Eva, el árbol y la serpiente); el *Arca de Noé*; y la de *David y Goliath* (6). Bien sea por la independización de la serpiente paradisíaca o de una de las bestias que podían acompañar a Noé, o por la asimilación de un antiguo rito, el caso es que pronto aparecerá el dragón: en 1424 intervenían *S. Jordi* a caballo, *lo vibre* (la víbora o dragón) y la roca con la *doncella* (7), personajes que constituyen el núcleo dramático de una de las más heroicas hazañas, el rescate de la dama por el caballero. Hay que resaltar la polivalencia de los montajes escénicos del Corpus, ya que los gremios y autoridades también los sacaban a la calle para dar fasto a los acontecimientos locales, tales como las entradas de altos dignatarios y las conmemoraciones. Para la mejor conservación de tales *rocas* o plataformas móviles, co-



so (con Adán, Eva, el árbol y la serpiente); el *Arca de Noé*; y la de *David y Goliath* (6). Bien sea por la independización de la serpiente paradisíaca o de una de las bestias que podían acompañar a Noé, o por la asimilación de un antiguo rito, el caso es que pronto aparecerá el dragón: en 1424 intervenían *S. Jordi* a caballo, *lo vibre* (la víbora o dragón) y la roca con la *doncella* (7), personajes que constituyen el núcleo dramático de una de las más heroicas hazañas, el rescate de la dama por el caballero. Hay que resaltar la polivalencia de los montajes escénicos del Corpus, ya que los gremios y autoridades también los sacaban a la calle para dar fasto a los acontecimientos locales, tales como las entradas de altos dignatarios y las conmemoraciones. Para la mejor conservación de tales *rocas* o plataformas móviles, co-



Izquierda, *el Corpus*, en la Plaza Mayor de Madrid; arriba, *procesión del Corpus en Sevilla a mediados del siglo XIX* (óleo de Manuel Cabral y Aguado, Museo de Arte Moderno, Madrid)

menzaron a construirse casas para albergarlas (8). Y tenían tanta espectacularidad, que el Corpus también se conoció como la *Fiesta de los carros*.

A lo largo del siglo xv será el Corpus de Valencia el que alcance el máximo esplendor, al multiplicar los gremios sus carros triunfales, sobre los que, a lo largo del recorrido procesional, grupos de actores mimaban escenas bíblicas (entre las cuales la *degollá* de los inocentes, con la grotesca banda de *asesinos de Herodes*). En cuanto a Madrid, en 1481 el Ayuntamiento acordó que *los moros y los judíos saquen el dicho día, los moros sus juegos y danzas, y los judíos su danza* (9), por lo que se aprecia que casi nadie podía escabullirse de esta obligación social.

Los gremios intentaban sobresalir por su riqueza e inventiva, y para motivarles aún más, los cabildos ofrecían premios, como en el caso del acuerdo municipal de Baza en 1524, *que porque los oficiales de esta ciudad que han de sacar los juegos el día del Santísimo Sacramento tengan codicia de sacar buenas invenciones*

para su honra (se premie la mejor con) tres varas de tafetán (10). Estaban ya tan arraigados los montajes del Corpus, que al poco tiempo de la conquista de México, los misioneros franciscanos organizaron procesiones en Tlaxcala con la representación de temas tan clásicos como *El fin del mundo* (1533); *La caída de Adán y Eva* —imitando la del Corpus de Valencia, con el añadido de un exuberante decorado para el Paraíso que incluía papagayos, conejos, ocelotes, plumas y variadas frutas— (1538); *El sacrificio de Abraham* y, como novedad, *La conquista de Jerusalén* (1539) (11). Los autos sacramentales o dramas alegóricos fueron fomentados en todas sus posesiones por Carlos V, adaptando los espectáculos del Corpus para explicar al pueblo el central misterio de la Eucaristía. También proliferaron las cofradías encargadas de su organización, como la establecida en la granadina Huéscar en 1544, agraciada con *28.000 años de indulgencia* por asistir a los cultos del día, especificando en sus constituciones que: *si hubiere posibilidad para ello hacerse han algunos juegos. O invenciones. O danzas como se acostumbra hacer las semejantes fiestas en honra y servicio de tan alto sacramento* (12).

Ante los ataques reformistas, el Concilio de Trento encareció defender el Sacramento del Altar, utilizando las procesiones del Corpus



Arriba, izquierda, uno de los pasos de la procesión del Corpus en Sevilla; derecha, gigante de la procesión del Corpus en Granada; abajo, los seises de Sevilla en la procesión del Corpus. Página derecha, la custodia en el Corpus de Granada



para que la verdad victoriosa triunfe de tal modo de la mentira y herejía, que sus enemigos a la vista de tanto esplendor (...) se consuman de envidia (13). Al mismo tiempo, se controlarían las diversiones del Corpus, ya que los cabildos catedralicios se reservaron el derecho de supervisar todo texto que se declamase o cantase. Una de las prohibiciones más explícitas pertenece a las *Constituciones Sinodales de Burgos* (1577), cuando se refieren al Corpus y los juegos y juglares que se hacen en las procesiones del día (...) e incluso la clerecía está con mucho desorden y confusión (mandamos) de aquí adelante (...) no se hagan los dichos juegos y juglares. Así, los actores profesionales tuvieron que encargar la composición de los textos a los clérigos literatos. De todos modos, cada obra del Corpus contaba con su danza, loa y paso o entremés para acompañar y aligerar los densos autos sacramentales. Una idea de la variedad de posibles argumentos de las danzas, que tenían una estructura narrativa y en Castilla eran habladas, se tiene en algunas de las que salieron en los Corpus de Madrid: en 1579, *Batalla de don Sancho de León y el Cid contra sus hermanos los reyes de León y de Galicia, Rodrigo de Narváez y el moro Abindarráez. Los siete pecados y las siete virtudes*; 1596: *El Triunfo de Baco y El robo de Helena*; 1609: *Don Gayferos y el rescate de Melisendra* (14), que ofrecían compañías de actores profesionales, que luego las representaban en los pueblos cercanos.

Antes se han mencionado dos elementos formales que llegarían a fusionarse con las procesiones del Corpus por todos los ámbitos peninsulares, y que rastreamos brevemente en su vertiente teatral.

Los demonios callejeros

En un códice (titulado *Mascarón*) del monasterio catalán de Ripoll, de finales del siglo XIII o inicios del XIV, hay un fragmento teatral que muestra la demanda del apoderado de los demonios, Mascarón, contra el linaje humano ante el tribunal celestial. Intervienen como personajes: el propio Dios nada menos; el abogado del género humano, que no podía ser otro que la Virgen María; y el maléfico demo-

nio mayor; con la intervención de un coro o narrador (15). En 1459, un *pregón del Corpus* de Zaragoza prohíbe circular por las calles con máscaras o hábito de diablos, si no se participa del entremés del Infierno (16). Algo después, en 1498 se representó en Sevilla el que se considera uno de los precedentes de los dramas sacro-morales o autos sacramentales. Se llamaba *La tentación*, y presentaba a un diablo, disfrazado como fraile descalzo, tentando a un piadoso ermitaño; en eso aparecía Santa Melania y descubría los pitones escondidos bajo la capucha, enarbolando entonces el ermitaño una cruz con la que ahuyentaba al maligno (17). Por aquellos tiempos, los vascos sacaban en sus *pastorales* dentro de las fiestas populares, un coro de *satans*, con poder para matar y resucitar (18).

Las enmascaradas tropas infernales (que se pueden relacionar con los locos o endemoniados), armadas con rollos de pergamino o vejigas infladas, desbordaron el marco teatral para desparramarse a lo largo del recorrido procesional, golpeando a los espectadores incautos, como un contrapunto profano a la seriedad del ritual eucarístico. En esta misma línea de pro-

vocar la risa de los fieles se pueden ubicar los *bobos* o *simples* que comenzaron a aparecer en muchos de los autos sacramentales.

En la actualidad, todavía existen estos diabólicos personajes en los Corpus de: Berga (Barcelona), donde un grupo de *diablos* con careta lanzan petardos y cohetes en todas direcciones y terminan siendo vencidos por San Miguel; un par de pueblos de Badajoz (Helechosa y Fuenlabrada de los Montes), en donde la chiquillería arroja brevas a los dos *diablos* que recolectan donativos; el toledano Camuñas, identificados con los *pecados* que se enfrentan a los danzantes o *virtudes* en una especie de auto sacramental mudo; su similar danza de los *momos* o *pecados* de Valencia; y los *diablillos* o cabezudos de Granada, que mantienen enérgicos combates contra la chiquillería.

Los todopoderosos dragones

Los monstruosos dragones alados tienen su modelo plástico en los bajorrelieves babilóni-



cos y su modelo procesional en rituales chinos. Desde sus inicios, la religión cristiana manifestó el temor a estas fieras. En el *Apocalipsis*, San Juan cuenta su visión de una Mujer encinta, coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies, ante la que surgió *un dragón color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas*, con la intención de devorar al hijo en cuanto naciera. Para evitarlo, llegaron Miguel y sus ángeles que lucharon y vencieron, *y fue expulsado el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero*. Esta figura, como antagonista de los justos que guardan los mandamientos de Dios, es una creación del judaísmo post-exílico, retomada por los primeros padres de la Iglesia. Pronto se atribuyeron victorias contra dragones reales a santos como el papa san Silvestre (para satisfacer una petición del recién converso Constantino) y el obispo san Donato, que mató al dragón que envenenaba las fuentes de Epiro, lanzándole un escupitajo a la cara. En las procesiones de rogativas altomedievales, intervenía la imagen de un dragón de larga cola. Llegaría a tal extremo la obsesión dragónica, que san Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* estableció una clasificación de la especie de los dragones (del latín *draco*), según sus atributos corporales y poderes mágicos, diferenciándolos en *sierpes*, *hydras*, *basiliscos*, *grifos*, etc. Luego, la nómina de los santos dragonicidas se fue ampliando con Demetrio, Jorge, Bernardo, Marcelo..., hasta terminar con don Teodosio

de Goñi, caballero navarro contemporáneo del rey godo Witiza, al que un dragón cautivó en una cueva del monte Aralar, y que pudo librarse gracias a la ayuda del arcángel Miguel, quedándose en dicho monte para consagrarse al culto del ángel, levantando un santuario que hoy día sigue gozando de gran devoción en Navarra (19). Pero la más famosa de las hazañas emprendidas contra un dragón se debe a una mujer, santa Marta, y es la que más influencia ha tenido en los rituales del Corpus.

Al dispersarse los discípulos de Jesús después de su Ascensión a los cielos, Lázaro y sus dos hermanas María Magdalena y Marta se dirigieron en barco hasta la costa provenzal. En un bosque cercano al Ródano moraba un fiero dragón anfibio, que aterrorizaba a la población. Marta salió en su busca y le roció con agua ben-

edita, consiguiendo amansarlo como un corderito. Este dragón era llamado el *tarascón*, y a partir de entonces se denominó con tal nombre el lugar, en donde Marta erigió una basilica y un convento en el que sería luego enterrada, derrochando curaciones milagrosas. Hasta aquí la leyenda medieval. A fines del siglo x se indicaba en los planos una *terra sancte Marthe* en los alrededores del pueblo de Tarascón. Los restos de la santa fueron descubiertos en 1187, y pocos años más tarde se consagró una iglesia sobre su tumba (20). Por aquel entonces la Provenza pertenecía a los catalanes. En Tarascón, a mediados del siglo xv sacaban por el Corpus un monstruo llamado *vieja abuela o tarasca*, que poseía una gran joroba escamada erizada de pinchos y una cabeza móvil manejada por un hombre escondido en su interior. Debía ser tan ingenioso el mecanismo, que atrapaba los sombreros de los espectadores desprevénidos, que esta efigie fue imitada en otras ciudades.

A principios del siglo xvi ya se llama *tarasca* al dragón del Corpus en Jaén (a cargo aquí del gremio de mesoneros y taberneros) y en Sevilla (a cargo de los cavadores de pozos). Dicho nombre haría fortuna, puesto que en el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias (1611) se define la voz *tarasca* como *sierpe contrahecha, que suelen sacar en algunas fiestas de regocijo* (que) *quita las caperuzas de la cabeza de los embobados labradores*. Como decían algunos poetas del Siglo de Oro: *la tarasca, caperuzas masca*.

Era frecuente que se representara cabalgando sobre este enorme monstruo a una bella joven, alegoría de la fe dominando al demonio, pero también podía significar a la *meretriz de Babilonia* o a una sensual negra, depositarias de los vicios sexuales (en el caso de Toledo encarnaba a la lujuriosa *Ana Bolena*, causante de la pérdida de Inglaterra para el catolicismo); otras veces era una lúbrica representación de Mahoma, del propio Lucifer o de un moro asomando la cabeza sobre una torre (llamado el *tarasquillo*).

Por Real Cédula de 1780, los dragones, *gomias* o *tarascas* fueron prohibidos como herencia supersticiosa. Aunque esta prohibición les asestó un duro golpe, todavía se pueden encontrar algunos dragones por las calles en la fiesta del Corpus. En la ciudad de Granada sale anualmente la *tarasca* con su esbelta y ridícula damisela sobre el lomo, y en Redondela su *coca* con





Izquierda, *tarasca de Granada*; arriba, *los hombres de musgo de Béjar*

las niñas; mientras que en Cataluña se concentran (bajo los nombres de *mulassas*, *tarascas* o *cucaferes*), escupiendo fuego en Berga, Reus, Solsona, Tortosa y Vilafranca. Otra consecuencia de las prohibiciones ilustradas fue que varios de los elementos del Corpus se desplazaran a las procesiones de Semana Santa, como las centurias de romanos, los personajes bíblicos y algunos autos: especialmente el *Sacrificio de Isaac*, que se sigue representando todavía hoy día en el pueblo murciano de Lorca, el gallego Laza y el cordobés Baena, así como en el catalán Vallibona.

Por último, en la salmantina Béjar preceden a la Sagrada Custodia seis *hombres de musgo* con enormes garrotes, que se pueden conectar con los *hombres salvajes* o *demonios de los bosques*, en uno de los rituales peninsulares más enigmáticos.

NOTAS

(1) D. Julio dedica al Corpus dos capítulos de su libro *El estío festivo* (Madrid, Taurus, 1984, pp. 51-89) que trataremos de complementar aquí.

(2) Esta leyenda está recogida, entre otros, por Carlos Pascual, *Guía sobrenatural de España*, Al-Borak, Madrid, 1976, p. 172.

(3) Francis G. Very, *The Spanish Corpus Christi procession: a literary and folkloric study*, Valencia, 1962, p. 5.

(4) *El jueves siguiente a la octava de Pentecostés*, que

puede oscilar entre el 21 de mayo y el 23 de junio, por lo que es un verdadero pórtico al solsticio hiemal.

(5) En la *consuetud* catedralicia de 1360 se menciona que esta fiesta había sido instituida allí por Berenguer de Palaciolo, muerto en 1314. Según J. Sol y Padrós, en nota a L. Fernández Moratín: *Orígenes del teatro español* (1828), B.A.E. II, Madrid, 1944, p. 152.

(6) F. Lázaro Carreter, *Teatro Medieval*, Castalia, Madrid, 1976, p. 49.

(7) J. Amadés, *Las danzas de Moros y Cristianos*, Diput. Valencia, Valencia, 1966, p. 98.

(8) Hacia 1422, según Very, op. cit. n. 3, p. 40. En cuanto a Valencia, su *casa de las rocas* fue edificada en 1435.

(9) J. Portús, *La antigua procesión del Corpus Christi en Madrid*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1993, p. 191.

(10) L. Magaña Bisbal, *Baza histórica*, Baza, 1978, t. I, p. 463.

(11) H. Corbató, *Misterios y autos del teatro misionero en Méjico durante el s. XVI*, CSIC, Valencia, 1949, pp. 8-16.

(12) *Ordenanzas de la Hermandad del Santísimo Sacramento*, aprobadas por el Cardenal Tavera de Toledo el 23-VI-1544, mss. en el archivo parroquial de Huéscar.

(13) *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, París, 1857, p. 129.

(14) *Ibidem* nota 9, p. 192.

(15) *Ibidem* nota 5.

(16) Tengo un estudio sobre las *diabladas* callejeras del Corpus en *Anuario Etnológico de Andalucía 1988-90*, Junta de Andalucía, Sevilla, 1991, pp. 175-182.

(17) N. Díaz Escobar, *Historia del Teatro Español*, Montaner, Barcelona, 1924, p. 71.

(18) En toda *pastoral* hay tres partes actantes: *Los buenos, que son los cristianos; los malos, que son los turcos o moros; en tercer lugar existen los satans que constituyen el coro y que tienen, sin embargo, la función inversa a la que se le asignaba a aquél en la tragedia griega* (ya que) *se pone siempre a favor de los malos*, J. Caro Baroja, *Los Vascos* (1949), Istmo, Madrid, 1980, p. 368.

(19) J. Caro Baroja, descendiente lejano de los Goñi, se encargó de desmontar históricamente esta leyenda genealógica, emparentada con la de Edipo, en *Ritos y Mitos equivocados*, Istmo, Madrid, 1974, pp. 155-214.

(20) L. Duchesne, *Fastes Episcopaux de l'Ancienne Gaule*, Paris, 1907, p. 340.